

Paula Guzmán

UN
CORAZÓN N
PARA
ANA

Solo hay que atreverse a vivir.



UN
CORAZÓN
PARA
ANA

Paula Guzmán



Título Original: Un corazón para Ana

Autor: Paula Guzmán © 2015

Edición: Octubre de 2023

Ilustraciones de interior: Pngfree

Diseño e ilustraciones de Portada: Ricardo González

Corrección de texto; Isaura Tapia

Maquetación: Luis Endrino Fuentes

El contenido de este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del titular del *copyright*. Todos los derechos reservados.

*Ana, tu esencia es mágica, gracias por enseñarme
el significado de la palabra resiliencia.*

*A mi ángel de la guarda
que siempre llenó mi vida de tanto amor,
estés donde estés, te llevo conmigo, María Luisa.
Sé que esta historia te hubiera gustado,
siempre fuiste una romántica mami.*

*Te recordaré en el susurro del viento,
alejándote mientras caminas sobre la alfombra de hojas
que ha tejido el otoño.*

*Te recordaré en las noches de tormenta, aferrándote a mi cuerpo,
mientras el agua dibuja en el asfalto tus últimos besos.*

*Te recordaré perdido entre la niebla,
escapando tu risa hacia el oscuro cielo
que delimita una caricia.*

*Te recordaré cuando duela, cuando ría,
cuando lllore, cuando grite.*

Te recordaré mientras tú olvidas.

Mercedes Alonso (Escritora)
Madrid, España

ÍNDICE

[***CAPÍTULO 1***](#)

[***CAPÍTULO 2***](#)

[***CAPÍTULO 3***](#)

[***CAPÍTULO 4***](#)

[***CAPÍTULO 5***](#)

[***CAPÍTULO 6***](#)

[***CAPÍTULO 7***](#)

[***CAPÍTULO 8***](#)

[***CAPÍTULO 9***](#)

[***CAPÍTULO 10***](#)

[***CAPÍTULO 11***](#)

[***CAPÍTULO 12***](#)

[***CAPÍTULO 13***](#)

[***CAPÍTULO 14***](#)

[***CAPÍTULO 15***](#)

[***CAPÍTULO 16***](#)

[***CAPÍTULO 17***](#)

[***EPÍLOGO***](#)

[***NAVIDAD, AÑO NUEVO Y... ¿TÚ?***](#)

[***AGRADECIMIENTOS***](#)

[***SELECCIÓN MUSICAL***](#)

[***ACERCA DE LA AUTORA***](#)

UN CORAZÓN
PARA ANA



CAPÍTULO 1

Otra noche sin poder dormir, ¡estaba tan cansada!

Fue una semana dura en el trabajo. No pudo parar un momento ni para salir a comer a un sitio decente, de hecho, se hizo clienta vip del local de ensaladas de la esquina. Sí, seguro que ese tono verdoso que tenía cuando se miraba al espejo, sin tener ni gota de maquillaje encima, se debía a eso, tanto verde. A ese paso se parecería a la rana René.

Era agotador el ritmo de trabajo, sobre todo ahora que ella era su propio jefe y tenía que abarcar los proyectos, las citas con clientes... hasta autorizar la compra de papel de baño y jabón en la oficina. Pero ¿qué remedio tenía?, en su otra vida pediría, no, exigiría ser algo así como la sobrina consentida de Slim. Así podría levantarse tarde, dar órdenes y terminar su jornada a la hora de la comida, ¡ja, ja, ja, ja!

Era más fácil la rutina de los días laborales porque podía desconectar de sus emociones y se centraba solo en su trabajo. Los fines de semana era otro cantar. Los minutos se le hacían horas, todo el tiempo tenía sueño y muchas ganas de NADA. Se sentía tan vacía...

Ya era domingo y no faltaba nada para que amaneciera. Casi podría adivinar que justo cuando por fin llegara el sueño, sonaría su teléfono...

Y no se equivocó, cerca de las ocho de la mañana, ¡¡¡cómo no!!! Sonó la canción *Adiós*, de Ricky Martin.

—¡Por favor! Qué mal gusto llamar a casas ajenas tan temprano.

Movió todas las almohadas con enojo, como queriendo asesinarlas, y por fin dio con el aparato del infierno que muy feliz parecía que bailaba solo.

—¡DIGA! —contestó tal cual, seca, enfadada y adormilada, como se sentía.

—¡Flaca! ¿No me digas que te desperté? —comentó una voz al otro lado de la línea.

A lo cual su afilada lengua mañanera no se pudo contener.

—¡Vaya! ¿No me digas que hoy amaneciste con dotes de adivino y desayunaste payaso, Luisito?

Lo dijo en un tono tan irónico y tan cómico, que Luis no pudo más que soltar una carcajada.

—¡Ay, Flaca!, de verdad que eres difícil, pero no te preocupes, que mi sincera amistad puede con eso y más. Lisa y yo ya estamos listos para ir a buscarte. Solo te llamo para avisarte que estamos saliendo. Calculo que en unos veinte minutos estaremos allí.

—Luissssss, no sé cómo no te rindes, de verdad. Lo mío no es el ejercicio. Agradezco tu paciencia y buena voluntad, pero no pude dormir bien otra vez, siento como si me hubiera atropellado un autobús. Solo quiero dormir toda la mañana para reponer fuerzas. Me encantaría dejarlo para la próxima semana. —Con su mejor voz suplicante le dijo:— ¿Te parece bien, amigo?

—¡Pero, Flaca! Claro que no me parece bien. Te pasas sentada toda la semana en la oficina, tienes un color que parece que te acaban de dar de alta de paperas y, aunque tienes buen cuerpo, no creas que será así siempre. Se te van a acumular las lechugas y las zanahorias por todos lados, y entonces sí que te quedas para vestir santos. Solo te dejaría tranquila si el que te hubiera atropellado anoche fuera algo llamado Carlos, Juan, Pedro, Chucho, yo qué sé, cualquiera menos un autobús. ¡¡AUCH!!

—¿Qué pasa? ¿Te mordiste la lengua de tantas cosas feas que me estás diciendo?

—No, qué va, es que Lisa me dio un pellizco por decirte las verdades a lo bruto. En fin,

estamos perdiendo mucho tiempo, prepárate que no tardamos. —Y sin más, colgó.

Ana se quedó mirando su teléfono como una tonta. Visto lo visto, no le quedó más remedio que levantarse. Arrastrando los pies, literalmente, se encaminó hacia el baño.

Un poco más despejada, pero con un humor de perros, sacó su ropa deportiva, eso sí, muy mona y de marca.

Ya que iba de malas, por lo menos quería sentirse guapa. Empezó por una ropa interior cómoda, y que no se marcara con sus mallas nuevas, las cuales le llegaban a la rodilla. Eran negras con veteado gris. Después se colocó su (también recién adquirido) *top* color naranja chillón que se amoldaba a su cuerpo a la perfección. Para terminar, se puso sus tenis favoritos, esos que tenían muchos colores.

Tomó su botella de agua. En la mini bolsa, que se ajustó a la cintura, metió dinero, una identificación, su *gloss nude*, sus llaves y su inseparable teléfono celular. Tras consultar el reloj de la sala de su departamento salió como una bala por las escaleras para esperar a sus amigos fuera del edificio.

—¡Hola, Anita! —La recibió la siempre sonriente y encantadora Lisa, la novia de su amigo, entrenador y despertador oficial de los domingos.

—Bueno, preciosas, pues en marcha, que hoy nos toca un poco de cardio en el bosque.

Y así enfilaron el camino por la carretera a Toluca que los llevaría a los muchos senderos que les faltaban por explorar en el frondoso y extenso parque de la Marquesa.

Sentía que desfallecía, ya llevaban corriendo alrededor de veinte minutos a trote regular, después de un calentamiento de Dios sabe cuánto tiempo. Esperaba que bajando un poco el ritmo, Luis y Lisa se adelantaran lo suficiente para perderlos de vista, y entonces, solo entonces, buscar algún tronco, piedra, ¡qué caray!, ¡el suelo era suficiente para recuperarse un poco!

Por fin, sus plegarias fueron escuchadas y sus amigos se alejaron de su vista entre los caminos llenos de árboles, riendo y conversando sin percatarse de su ausencia.

—Uff, ¡este debió ser soldado frustrado en su otra vida! Tan mandón... nunca se cansa y tampoco pierde los papeles por muy insufrible que me ponga. Lisa tiene ganado el cielo, sin duda.

Pensaba en voz alta mientras se sentaba en un pedacito de césped muy acolchonadito que, por suerte, encontró en cuanto dio fin a su entrenamiento al aire libre.

Poco a poco su respiración se normalizó y se dispuso a beber sin parar de la botella de agua que había llevado para rehidratarse.

De repente ahí sentada, contemplando aquel paisaje repleto de naturaleza, de sonidos, de olor a hierba fresca, de tantos colores y tanta vida, se sintió más sola que nunca y le entraron unas ganas inmensas de llorar. No era que necesitara una pareja para sentirse bien, más bien necesitaba una ilusión. Se sentía como un robot, todo estaba programado, planeado; su trabajo, sus escasas salidas con amigos, sus visitas familiares, las idas al supermercado, sus series de televisión...

Todo lo que tenía, lo apreciaba y lo agradecía: Un buen trabajo más o menos bien remunerado, un espacio para vivir independiente, una familia que adoraba, unos amigos con los que podía contar (y que se podían contar con los dedos de una mano, porque eran pocos, pero muy valiosos). Sin embargo, no era suficiente. Y sin querer, ni poder contenerlas, empezaron a caer lágrimas empapando sus mejillas.

Esa fue la estampa que se encontraron sus amigos al volver por el otro lado del camino. La sonrisa boba que tenían los dos, después de algunas bromas y palabras almibaradas que venían diciéndose, quedó congelada al verla.

De inmediato se acercaron a ella. Se pusieron a su altura y comenzaron a buscar el raspón, la torcedura o el motivo que tuviera a su amiga en ese estado de llanto.

—¡Flaca! ¿Te caíste? ¿Dónde te duele? —preguntaba Luis mientras ella trataba de serenarse. Solo atinaba a mover la cabeza de manera negativa.—. ¿Porque ese llanto de Magdalena entonces? —inquirió su amigo muy preocupado quien, a la par que Lisa, le acariciaba la espalda para tranquilizarla un poco.

—No...de verdad... estoy bien, es solo... no sé...

Entonces Lisa, captando un poco de qué iba todo, la abrazó con cariño tratando de consolarla.

—Anita, en realidad si Luis insiste tanto en que nos acompañes los domingos, es para que salgas, para que te muevas un poco y te despejes. Su intención no es hacerte sentir mal o forzarte a hacer algo que te haga sentir incómoda. Mírate, eres preciosa y la lechuga no se te va a ir a ningún lado. —Esto último lo dijo con una sonrisa llena de ternura—. Sabes que Luis te quiere, que ambos te queremos muchísimo. —Dicho esto, sacó de su mini bolsita un pañuelo de papel con el que le limpió las últimas lágrimas y le dio un beso en la mejilla.

—Lo sé, Lisa, discúlpame. Aprecio mucho su cariño y amistad. Sé que, en vez de disfrutar ustedes solos estos momentos, siempre piensan en mí y tampoco es mi intención arruinarles el paseo —dijo todavía moqueando un poco.

Luis le tendió la mano para ayudarla a levantarse y le dio un sudoroso, pero amoroso, abrazo de oso.

—¡¡Puaj!

—¡Te aguantas! —se burló su amigo—. La amistad no sabe de fluidos, lo que importa es el sentimiento, mi niña.

Y solo así logró sacarle una sonrisa a Ana.

Y se fueron caminando los tres abrazados hasta el coche, disfrutando del paisaje y el aire fresco. Fueron a tomar un desayuno tardío a un restaurante vegetariano (no fuera a ser que arruinaran la quema de calorías de la mañana). Durante el desayuno no se tocó más el tema de las lágrimas de Ana. Se dedicaron a arrasar con todos los panes de fibra y demás platillos que les pusieron enfrente, incluido el batido extragrande de plátano con chocolate y avena que Luis pidió.

Bromeaban y sacaban de nuevo viejas anécdotas del paso de Luis y Ana por la universidad, ganándose Lisa, un trocito más del cielo, que ya de por sí tenía ganado, porque aquellas aventuras las había escuchado por lo menos quince veces desde que conoció a su novio. Aun así, todo el rato les reía las gracias, pero en el fondo estaba preocupada y triste por Ana. La quería mucho y la consideraba también su amiga, no solo la de su pareja.

Después del delicioso desayuno pasaron a dejar a Ana de nuevo a su departamento, con la promesa de que, si necesitaba de ellos para hablar o cualquier otra cosa, les llamaría.



Lisa conoció a Ana desde el comienzo de su relación con Luis. Nunca tuvo celos de ella, porque siempre tuvo claro que lo que ellos tenían era una sincera amistad sin miras a nada más. Luis era el menor de tres hermanos varones. La diferencia de edades y ser el hijo inesperado (como él mismo se llamaba), hizo que nada más conocer a Ana la adoptara como una hermana, con quien compartía sus juergas, sus estudios y sus situaciones personales ¡Si hasta la molestaba como hacen los hermanos!

Desde que las dos chicas se conocieron hicieron migas. Ana siempre le dio su lugar, la apoyó, la escuchó y la integró al grupo de amigos desde el principio con toda naturalidad. Le ofreció su amistad sincera, era una persona muy valiosa para ella también desde hacía ya cinco años.

Esperaba que pronto pudiera ver en su mirada ese brillo y esa luz que tenía cuando la conoció, cuando se veía a Ana feliz y radiante. Cuando esa luz solo era el reflejo de un futuro lleno de planes y sueños por cumplir, cuando estaba enamorada y tenía un proyecto de vida junto a su pareja de entonces, Alejandro. ¡Pedazo de imbécil!, le daba coraje, porque en fondo le caía bien, no era malo, simplemente era un estúpido.



CAPÍTULO 2

Ana De la Parra tenía 36 años, era una chica guapa, de una estatura media de 1.65 m., delgada, pero con curvas y un buen trasero. Tal vez estuviera un poco escasa de pecho, sin embargo, estaba completamente proporcionada. Tenía el cabello largo y liso de color castaño con mechas cobrizas que siempre traía muy bien arreglado e hidratado. Una cara ovalada adornada por unos ojos grandes y un poco rasgados como el color de la miel, que conjuntaban muy bien con una nariz pequeña y respingona que combinaba a la perfección con sus labios delgados, donde siempre tenía una tierna sonrisa.

A eso de las dos de la tarde, terminó de arreglarse y se encaminó a casa de sus padres, para llegar a tiempo a la comida familiar de los domingos. Así cumplía con un punto más de la rutina que venía siguiendo desde que volvió a vivir sola, hacía ya más de un año: salía a hacer ejercicio con Luis y Lisa, para después comer con los suyos.

Ya ni discutir quería, si se negaba a ir era peor. No estaba de ánimos para que la consolaran, o la atosigaran con preguntas que no tenía ninguna intención de responder.

Mejor actuar y aparentar normalidad para poder tener la fiesta en paz. Ella podía entender la preocupación de su familia por su bienestar y su situación sentimental, pero no necesitaba consejos ni sermones, era fuerte, porque lo era, ¿no? Prefería disfrutar de su familia y si estaban sus sobrinos en casa, mejor que mejor, así era un caos y ella dejaba de ser el centro de atención.

—¡Hola, Ma! ¿Cómo estás? ¿Qué hiciste de comer hoy? —le preguntó a Lucía, su madre, entrando en la cocina.

Coordinando a la perfección un beso y un abrazo metió los dedos en la cacerola para probar un poquito del guiso del día. No se hizo esperar el manotazo de su madre, el cual, por cierto, llegó tarde porque ya había alcanzado un trocito de carne que estaba saboreando.

—¡Estate quieta, niña! Te prometí pozole y ahí lo tienes. También preparé tacos dorados de pollo. Y, por supuesto, el menú *light* para los Javieres y tu padre, que ya sabes que, aunque les encantan los guisos, reniegan de todo, y piden su ensalada con carne asada.

—Lo sé, Ma, yo también debería seguir el régimen el fin de semana, pero esta comida tuya, me pierde —dijo tratando de hacerle un cumplido a su mami.

—Yo no sé, hija, qué manía, verás cuando lleguen todos, pedirán sus papas fritas con limón y salsa, para después quitarse el remordimiento en la comida, ¡uff, estos chicos!

Lucía era una mujer de sesenta años, muy jovial y parlanchina, a la que le encantaba cocinar y, además, se le daba de maravilla. Era una devota de San Judas Tadeo y la virgen de San Juan de los Lagos. Todas las noches rezaba con entusiasmo a todos sus santos para dormir tranquila, después de haber pedido por la salud y felicidad de sus seres queridos.

Era rellenita, de estatura media como Ana, con el cabello corto y teñido de rubia ceniza. Nunca se perdía la telenovela de las ocho de la noche en compañía de su marido (quien siempre llevaba un libro en la mano, para poder disimular que también veía la novela), comentaban, discutían y de vez en cuando se les escapaba alguna lagrimita, de las que los únicos culpables eran los protagonistas del melodrama televisivo.

Sí, Lucía era de lágrima fácil, lo mismo para tristezas que para alegrías. Era muy sensible y en todo momento estaba dispuesta a complacer y consentir a su familia.

Se había casado muy joven (a los dieciocho años) con un hombre quince años mayor que ella. Por supuesto en su casa el padre de esta puso el grito en el cielo y nunca estuvo contento por haber entregado a su pequeña a “ese vejete”, como él lo llamaba. Por eso, la relación con su progenitor siempre fue tensa y distante. Pero eso poco le importó a ella, porque estaba realmente enamorada y, aunque se casó con un hombre mayor y viudo, supo hacerla feliz y darle todo lo que necesitaba, incluido tiempo, amor y una hermosa familia.

Era la mujer de las mil dietas. Había probado infinidad, pero era tan golosa que cuando lograba bajar un kilo durante la semana, en el fin de semana recuperaba otro tanto. Amaba el flan de vainilla de una conocida pastelería, y era pecado mortal si su hija mayor osaba presentarse en casa sin su postre favorito.

A pesar de que Lucía era muy comprensiva, no dudaba en expresar sus opiniones, aunque sin pasarlas por un filtro mental antes, cosa que le ocurría sobre todo cuando mantenían una conversación o discusión acalorada.

Por supuesto tenía en su repertorio una buena cantidad de dichos populares, listos para aplicar, según se ofreciera.

Por esos motivos, y para no preocupar a su madre, Ana se guardaba siempre sus asuntos muy personales para ella sola. Su madre de lágrima rápida y ella de mecha corta (es decir, poquísima paciencia) hacían que, si no se andaba con cuidado, las conversaciones terminaran en discusiones y que los consejos terminaran en reproches, por lo que, simplemente, ella pasaba de todo el numerito.

Julio, su padre, era un hombre de setenta y cinco años, que ahora, ya jubilado, disfrutaba de su familia, un buen libro y los partidos de fútbol, siempre en compañía de su inseparable esposa. A pesar de ser un hombre activo, los años pasan factura y tenía más de un achaque propio de la edad.

La situación económica de la casa era estable. Sin lujos ni extravagancias, pero vivían tranquilos, se daban sus gustos, viajaban y vivían en una casa de buen tamaño con un pequeño jardín, que hacía de salón de eventos familiares al aire libre, y que Julio se encargaba de tener muy arreglado y cuidado.

Era un buen padre, algo sobreprotector a su gusto, ya que seguía viendo en Ana a una niña de cinco años que necesita ayuda, guía y protección. Esta situación fue la que la animó años atrás a independizarse.

Ana era la pequeña de la casa. Tenía una hermana, Sofía, que hacía poco que había cumplido los cuarenta años.

Cuando eran niñas la diferencia de edad era notoria, a pesar de que solo se llevaban cuatro años. Aun así, siempre compartieron habitación y juegos. Se llevaban muy bien y eran inseparables, incluso hubo un tiempo en que su madre las vestía iguales.

Pero todo cambió cuando Sofía entró en la adolescencia. Todos los juegos le parecían tontos, y en vez de pasar tiempo con Ana como antes, lo pasaba con sus amigas. Estaba más preocupada en disimular el poco acné que tenía, para que el chico que le gustaba no lo notara, que por hacerle un minuto de caso a Ana. Pasaba horas al teléfono mientras que Ana, derrotada por tratar de llamar su atención y no ser siquiera vista, se resignó a darla por perdida.

De niña Ana era un poco reservada y muy buena estudiante. Nunca dio problemas importantes ni quebraderos de cabeza a sus padres, todo lo contrario que su hermana.

Muchas veces, en esa época, pasaban casi desapercibidos tanto sus travesuras, como sus logros académicos, porque su hermana acaparaba la atención al haber pasado de ser una niña encantadora y responsable, a una jovencita complicada y rebelde a la que le encantaba desafiar toda autoridad posible.

Al pasar el tiempo y hacerse mayores, cada una convertida en un adulto de provecho, como decía su madre, y con las hormonas un poco más estables, retomaron poco a poco la relación tan estrecha que el mutuo cariño que se tenían demandaba, porque además de hermanas, eran amigas.

Pero debido a sus múltiples responsabilidades, nunca había tiempo suficiente, o no podían coincidir como les hubiera gustado.

Además, cada una estaba en un punto distinto en la vida, porque Sofía, la ahora fierrecilla domada, era una mujer felizmente casada y madre de tres hijos.

Con un niño en el kinder, otro en primaria y otro en secundaria, su vida era un constante ir y venir. Sí, se llevaban tiempo entre uno y otro; según ella decía, así había podido darle a cada uno su espacio, y disfrutarlos sin prisas. Pero ahora, se volvía loca. Iba de una fiesta infantil, a torneos de fútbol, pasando por clases de *ballet*, para terminar, vigilando a un adolescente con su recién estrenado primer amor.

Aunque las hermanas no se llevaran muchos años entre sí, Sofía ya daba consejos de madre, y eso, en ocasiones, ponía a Ana los pelos de punta. Su humor, la mayor parte de las veces, no era precisamente tolerante, y tampoco le gustaba expresar sus sentimientos tan abiertamente, pero, en definitiva, sí tenía con ella más confianza que con su madre en asuntos personales.

Las dos sabían que se tenían la una a la otra siempre y en todo momento. El cariño que sentían era sincero, muy grande e incondicional.

Sus sobrinos eran los únicos que siempre sacaban lo mejor de ella, eran adorables. Los consentía siempre que podía, pero también los regañaba cuando se lo merecían.

Su cuñado Javier era un trozo de pan, aunque algo serio y formal. Siempre estaba pendiente de toda su familia, con infinita paciencia. En todo momento intentaba darles lo mejor, aguantando la cháchara todo el tiempo. En definitiva, era un miembro más de la familia, digno de querer.

—¡Tía Ana! —gritó la pequeña al echarse en sus brazos—. ¿Me pintas las uñas? Por fi...

—Hola, mi princesita, después de comer lo hacemos ¿Te parece? Ahora bájate, pequeña, que pesas mucho ya.

Pasaron una tarde relajada, dieron buena cuenta de la comida y tuvieron una sobremesa relajada donde, por supuesto, pintó las uñas a su sobrina. Las anécdotas de los niños fueron el tema central, ¡a Dios gracias!

Nadie intentó preguntarle más allá de cosas de trabajo y sus avances como deportista.

Al dar las ocho de la noche todos se despidieron y volvieron a sus hogares para preparar las obligaciones y deberes del nuevo inicio de semana.

Llegaba contenta a su casa. Le alegraba ver a su familia, pero le bastó traspasar el umbral de su pequeño departamento y encender las luces para verse de nuevo sumida en el hastío. No le quedaba otra solución que ponerse en piloto automático, darse un baño y preparar sus documentos y ropa para el día siguiente.



CAPÍTULO 3

Después de tener listos sus deberes, cual chica responsable que era, se sentó en el confortable sillón color chocolate de su salón a ver un poco de televisión. Aburrida, porque por más que hacía *zapping*, todo era de lo más soporífero, sangriento o muy pasional, por lo que nada era adecuado dado su estado de ánimo.

Había decidido pasar la televisión al salón por consejo de su hermana, después de que fuera a visitarla en varias ocasiones y la encontrara dormida con el aparato encendido.

—*Ana, quita ese aparato de tu cuarto —le comentó la última vez que la vio de esa guisa—. No hace más que distraerte y luego te quedas dormida con ella encendida.*

—*¡Ya salió la madre!*

—*¡No me hables así, Ana! No seas injusta, ya no puedo decir nada porque para ti soy una vieja metiche —rebatió muy ofendida.*

—*Está bien, tienes razón, ayúdame a sacarla.*

Y dispusieron todo para dejar todo bien acomodado con la tele en el salón. Si lo pensaba bien tenía razón, porque dormir para ella, cuando podía, era una magnífica forma de no pensar y no sentir nada.

Cuando estaba dispuesta a irse a la cama sonó su teléfono y sin mirar la pantalla contestó:

—¿Diga?

—¡Hola, Ana! soy Lena.

—¡Lena! ¡Qué alegría escucharte! Me tienes muy olvidada. —Esto último se lo dijo volviendo a sentarse en su sillón favorito para estar más cómoda.

—¡Qué va! Me moría de ganas de hablar contigo. Acabo de terminar la licenciatura en Madrid, pero las cosas no han ido muy bien.

—Pero ¿por qué? Cuéntame. Te hacía feliz de la vida y muy enamorada.

—Bueno, lo de la licenciatura ya está hecho, solo tengo que esperar unos días para recoger los papeles, pero, Ana... regreso a México la próxima semana. Ya no me quedo a buscar trabajo en estas tierras.

—¿Y eso?, ¿qué te hizo cambiar los planes?, te veía muy decidida y sobre todo muy enamorada de Juan.

—Pues por eso te llamo, amiga, ¡necesito soltarlo o exploto! Y poco me importa lo que gaste con la llamada, te aseguro que es una emergencia para mí desahogarme. ¡Estoy tan triste! —Tras decir esto último, Lena comenzó a llorar.

—A ver, Lena, tranquila, imagino que para que estés en este estado debe ser algo grave, ¡suéltalo ya!

—No te había dicho nada por no preocuparte. Creí que era algo pasajero, hechos aislados, sin embargo, que Juan tiene serios problemas con la bebida. Ya te he contado que es un tanto temperamental, muy sociable, y de hecho eso me gustaba mucho de él, pero ahora...

—Aclárate, Lena, que estoy perdida, ¿de qué situaciones hablas?

—Bueno, pues que bebe mucho. Salimos de copas con todo el mundo día sí y día también. Él me decía que era parte de las relaciones públicas del trabajo, que debía tener trato cercano con clientes, que tenía que propiciar un buen ambiente con sus compañeros de la oficina. En fin, miles

de pretextos para estar siempre de fiesta, fuera con quien fuera, siempre tenía una explicación. Pero desde hace un mes la cosa acabó desmadrándose. En la fiesta de un amigo lo perdí de vista durante un buen rato. Decidí ir a buscarlo porque estaba muy cansada y quería regresar a casa, pero cuando di con él lo encontré en una de las habitaciones haciéndose una raya de cocaína, muy borracho y feliz de la vida hablando con el anfitrión de la fiesta y tres fulanas que nunca había visto.

—¡Lena! Eso es muy grave, ¿y qué pasó? Te fuiste, te quedaste ¿o qué sucedió?

—En el momento me quedé como una imbécil sin saber qué hacer, pero decidí tratarlo con normalidad y pedirle que nos fuéramos de ahí. Para mi sorpresa accedió de buena gana y no tocamos el tema hasta días después, en donde me dijo que era una exagerada y que no pasaba nada, que él era dueño de sus actos y controlaba todo, solo que ese día se le antojó hacerlo y punto. Yo notaba actitudes extrañas, mas no le di más importancia al asunto, ya sabes cómo soy.

—Entonces deduzco que no ha cambiado y por lo tanto prefieres alejarte, ¿es así?

—No, pasó algo más. Algo aún peor.

—Lena, me tienes con el alma en un hilo, dime, por favor, ¿qué más hizo ese hombre?

—El martes pasado tuve que ir a la universidad para terminar de arreglar el papeleo. Como lo hice muy pronto y no encontré a mi amiga Lorena, con quien había pensado tomar un café después, me apresuré para tener tiempo de preparar algo especial de cenar y así celebrar que por fin había terminado mis estudios. Cuando llegué a casa encontré todo en silencio y a oscuras. Encendí las luces, me descalcé los tacones y me dirigí al dormitorio para ponerme ropa de andar por casa. —Lena empezó de nuevo a llorar con más angustia, si cabía.

—Si quieres hablamos después, cuando estés más calmada, ¡oh, me siento tan impotente de no poder hacer algo por ti ahora mismo! —Oyó que su amiga hacía varias inspiraciones para poder seguir.

—¡No! —respondió manera contundente.

—Está bien, aquí estoy, sigue, por favor, te escucho.

—Pues, como te decía. Cuando abrí la puerta y encendí la luz lo encontré en la cama dormido, desnudo y abrazado a la zorra de Marga, su compañera de trabajo, quien también estaba desnuda. Había dos botellas tiradas, vasos usados y en la mesa estaba esparcida la droga a modo de rayas. —De repente enfurecida alzó la voz de manera alarmante—. ¡Ana, estaban en mi cama! ¡En el departamento que yo pago! ¡En la cama que yo compré! ¡Hicieron lo que quisieron sobre las sábanas que yo escogí y lavo cada tercer día!

Se hizo un breve silencio en el que Ana aprovechó para tomar aire y Lena para tomar fuerza y terminar su relato.

—¿Ana? —preguntó comprobando que seguía ahí.

—Sigo aquí. Dime, ¿qué sucedió?, porque conociéndote, juraría que los despertaste y se armó la guerra.

—No te equivocas, como era lógico exploté, fui al vestidor y empecé a lanzarles todo lo que pude y a gritar como una loca para que se largaran de mi casa. ¿Y sabes qué? —dijo de corrido sin esperar respuesta—. Que los ofendidos y molestos fueron ellos. La golfa de Marga se levantó como pudo, sacando su más oscuro léxico de código postal desconocido, se vistió a trompicones y se largó lo más rápido que pudo.

—¿Y Juan? —indagó Ana cada vez más preocupada.

—Juan... Maldito, me estuvo fulminando con la mirada mientras la fulana se iba, y luego se abalanzó sobre mí y me empezó a golpear como una bestia. No sé qué más se habría metido, pero

estaba enloquecido. Nunca lo había visto así, con la cara desencajada. Al final, como pude, me arrastré hacia la puerta y salí para llamar desesperada a los vecinos de enfrente, quienes, gracias al cielo, abrieron de inmediato y me metieron a su casa. Cuando Juan vio que ya no estaba ahí, cerró dando un portazo y no volvió a salir. Los vecinos me llevaron a urgencias para que me valorara un médico. Afortunadamente, no tenía daños graves, aunque sí un labio partido, los ojos morados y múltiples hematomas por todo el cuerpo.

—Lena, ¡lo siento tanto! —pronunció esas palabras con un nudo en la garganta que le impedía hablar de lo afectada que estaba.

—En fin —suspiró para proseguir—, cuando regresé a casa ya no estaban ni él ni sus cosas. Me dijeron los vecinos que tenía que denunciarle, pero lo único que hice fue cambiar la cerradura esa misma noche. Estoy muy dolida, muy decepcionada y lo único que quiero ahora es salir de aquí, olvidarme de todo y regresar a casa con los míos.

—¿No has vuelto a saber nada de él?

—No, no volvió a aparecer por aquí, y no intenté buscarlo. Me puse manos a la obra para ocupar mi tiempo, recoger y terminar de finiquitar todo para volver cuanto antes. Por eso me tomé unos días, y no creas, estoy muerta de miedo. Y, por favor, de esto ni una palabra a nadie, es capítulo cerrado para mí y no quiero que nadie más se entere.

—Sabes que no tienes que preocuparte, seré discreta y en cuanto llegues, por favor, llama, que quiero darte un abrazo.

—Gracias, Ana. —Y recuperando su habitual carácter y fuerza dijo—: Te veo pronto, flaquita. Tenemos que ponernos al día, ya que no te dejé decir ni pío esta vez, cuídate mucho.

Y la línea se cortó. Ana seguía pasmada, no se podía creer lo que le había pasado a su amiga. O sea, era una cabrona bien hecha, de hecho, había tenido siempre la duda de que siquiera tuviera lagrimales en los ojos, porque nunca la había visto llorar, pero a pesar de todo la quería y no se merecía lo que había vivido con Juan.

¡Y ella llorando por los rincones porque estaba triste! Era verdad aquello de que las penas son tan grandes o pequeñas, comparadas con las de los demás ,o por lo menos eso decía Lucía en su sabiduría de madre.

Puso su celular a cargar, activó la alarma del despertador y se dirigió a la cocina por un vaso de leche tibia con miel para quitarse el mal sabor de boca que tenía y relajarse antes de dormir, si es que lo conseguía, porque la historia de Lena le había dejado las emociones a flor de piel. También tenía una sensación agrisada al echar un vistazo al pasado. En definitiva, unos más, unos menos, pero todos los hombres eran iguales.

Se metió entre las sábanas e intentó dejar la mente en blanco. Dio mil vueltas. Se puso una almohada extra, se la quitó. Se le enredaron las sábanas, las volvió a colocar. Se quedó quieta y se puso su antifaz, porque la luz se colaba por una pequeña rendija de la cortina.

A punto de volver a encender la luz para leer un rato, empezaron a llegar imágenes de unos recuerdos que hacía mucho tenía olvidados. Recuerdos sobre José Pablo.

JOSÉ PABLO

Acababa de cumplir dieciséis años y era su primer día de clases de bachillerato. Estaba

contenta, pero un poco nerviosa. Ese día había estrenado ropa por consejo de Lena. Llevaba unos jeans algo ajustados que le incomodaban un poco y una camiseta (más corta de lo que normalmente usaba) que trataba de cubrir con una chaqueta rosa, justificando que se estaba muriendo de frío, aunque estuvieran en pleno agosto.

Como habían acordado, Lena pasaría a recogerla por su casa para llegar juntas al instituto. Su amiga era una verdadera niña de papá. Hacía unos días que había estrenado un deportivo último modelo por ser una excelente estudiante y una niña grande.

De manera puntual, poco normal en su amiga, llegó a casa de Ana con una gran sonrisa.

—Ana, pero ¡qué guapa! ¿Ves?, siempre tengo razón, ya no pareces una niña de primaria.

—¡Bah! Buenos días a ti también, y que sepas que estos jeans se van a perder en el armario en cuanto vuelva, porque me incomodan una barbaridad.

—¡Ya, doña quejas! Ponte el cinturón y busca algo de música en la guantera acorde con nuestro estado de ánimo.

—¿Y ese cuál es?, si se puede saber.

—¡Pues algo alegre! Qué otro va a ser, hoy empezamos una nueva etapa.

Dicho esto, arrancó el coche y empezó a conducir de manera un poco temeraria, o eso le pareció a la pobre Ana, que apenas pudo disfrutar del corto trayecto.

Las instalaciones de la nueva escuela eran grandes, tenían algunos jardines y había mucha gente paseándose por todos los pasillos.

De inmediato se acostumbró a sus clases, horarios y profesores. Era una suerte tener a Lena con ella, porque era más extrovertida y le facilitaba las relaciones sociales. A las pocas semanas ya tenían formado un grupo de amigos con quienes, además de compartir las clases, también compartían descansos y algunos cafés.

—¿Te has fijado cómo te mira José Pablo? —chismorreó Lena.

—No, ¿cómo me mira según tú? —Despegó la vista de los apuntes, ya que el tema le interesaba.

—Pues no sabría explicarlo, pero te mira mucho, es lindo ¿no crees?

—Sí, es un buen chico... y no es feo. —Esto último lo dijo encogiéndose de hombros para restarle importancia al comentario, aunque para Ana sí la tenía.

José Pablo era un compañero de clase con quien coincidían poco. Era muy agradable, no muy alto, de cabello castaño claro, ojos muy expresivos y una sonrisa sincera que hacía ruborizar a más de una.

Al pasar los meses el grupo de amigos se fue uniendo cada vez más, incluido José Pablo, quien siempre mostraba un interés especial en todo lo que Ana decía o hacía.

Pasaron al siguiente semestre y un día, aquel chico mono, se convirtió en el hombre de sus sueños cuando este le pidió a Ana que fuera su novia y le diera su primer beso.

Así empezaron un noviazgo que duró cerca de cinco años. Fue su primer novio, su primer beso, el primer chico que llevó a su casa, el primero que le regaló flores y bombones. El primero en todo, incluida su primera vez en la cama, que cabe mencionar fue una experiencia de lo más tierna y memorable.

Pero también fue el primero que le hizo derramar muchas lágrimas, tantas que creyó que quedaría seca. ¡Ilusa! Si hubiera sabido en ese momento que las decepciones serían muchas y las lágrimas derramadas por amor serían lo suyo, todo habría sido distinto. Claro, no todo fue puro drama, porque para ser honestos, los momentos divertidos, tiernos y de amor ganarían en una balanza a lo largo del tiempo.

Al entrar en la universidad sus caminos se separaron, nuevas escuelas, nuevas amistades y nuevos retos.

José Pablo tenía problemas en su casa y estaba harto de lidiar con ellos, por lo que aceptó sin dudar una beca en Guadalajara para continuar con los estudios universitarios que ya tenía empezados.

Esto, por supuesto, lo alejó de las dificultades familiares, pero también de Ana. Un día esta descubrió que el poco interés que él tenía hacia su relación tenía nombre y se llamaba Elisa. Por eso decidió con todo el dolor de su corazón y una recámara inundada de lloriqueos, cortar por lo sano y dejar de estar atrapada en una relación que ya no tenía futuro. No se lo pusieron fácil en casa porque todos lo extrañaban y se lo recordaban todo el tiempo, llegó a ser muy querido para toda la familia.

Al final quedaron como amigos, perdonando su traición y su nula lealtad, el muy hijo de... bueno, estaba disculpado, punto final.



Volviendo a la realidad recordó su último *e-mail* en donde le contaba los proyectos que tenía en el trabajo y lo feliz que lo hacía su pequeña hija. Estaba de lo más contento, por fin podía tener a su princesita cerca, ya que la madre de la pequeña había accedido a vivir en la misma ciudad donde él residía, aunque ellos estuvieran divorciados.

Él vivía solo y muy independiente de todo y todos, involucrado en mil proyectos y *hobbies* y lo único constante en su vida eran su trabajo y su hija, ya que las relaciones de pareja a largo plazo, estaba demostrado que no eran lo suyo.

Lo recordaba con cariño y el paso del tiempo hizo que los recuerdos amargos se fueran diluyendo y la esporádica conexión que tenían, a ella ya no le afectara emocionalmente.



CAPÍTULO 4

No se dio cuenta de que sin querer había silenciado el despertador ¡Era tardísimo! No sabía a qué hora se había quedado dormida, debió de ser bastante tarde ya que todavía tenía mucho sueño. Lo bueno era que no tenía programada ninguna cita con clientes durante la mañana. De todas maneras, había trabajo atrasado y le urgía llegar a la oficina lo más rápido posible.

Solo había desayunado una barrita de cereales y un yogurt bebible, su pobre madre lloraría de tristeza si supiera de sus hábitos alimenticios en esas últimas fechas. Las tripas le sonaban sin compasión y todavía no había terminado la presentación que debía llevar a su cita de la tarde con el dueño de Empresas Montero. Era un posible nuevo cliente y le había llevado meses conseguir un espacio en la agenda del ocupado empresario.

—Ana, haz un descanso para comer algo.

Levantó la vista del ordenador y se encontró con Marco, uno de sus colaboradores, que llevaba en una mano un envase con *sushi* y en la otra un refresco de manzana.

—¡Mil gracias! Eres un encanto, ¿tú ya comiste?

—Sí, gracias, salí de la reunión de seguimiento con el veterinario y pasé por el japonés a comer algo rápido con Karen. Ya llevábamos tres días sin vernos y aprovechamos, aunque sea un ratito. Estando ahí me acordé de que mi jefa seguramente no habría comido y aquí lo tienes... servicio a domicilio.

—¡Cómo me conoces! Te lo agradezco mucho. Ya casi termino todo, la presentación quedó muy bien, cumple todos los requerimientos y las necesidades del cliente, si todo sale, bien tendremos nuevo proyecto.

Terminó la presentación a la vez que el *sushi*, su estómago muy agradecido dejó de hacer ruidos y todo gracias a su compañero.

Marco era un joven alto, delgado, muy simpático y de facciones bonitas. Lo había contratado hacía un año, después de montar su empresa de consultorías, al ver que entre ella y su otra empleada, Mónica, no daban abasto con el trabajo.

Era un muchacho discreto, formal y responsable. Hacía poco que había salido de la universidad. Se había graduado en Administración de Empresas (igual que Ana) y no tenía mucha experiencia laboral, pero aprendía rápido y ponía mucho empeño, eso fue de gran ayuda para ella, pues al tener a un equipo de trabajo eficiente, responsable y comprometido, la empresa podría tener mayor crecimiento. Delegaba en ellos los seguimientos y así ella podía dedicarse a la captación de nuevos clientes y las tareas más complicadas.

Marco mantenía una relación con Karen, su chica desde el instituto, y se le veía muy contento con ella.

—¿Vas a querer que te acompañe a la reunión de esta tarde, Ana?

—Por supuesto, me ayudarías mucho para manejar la presentación en lo que voy explicando y aclarando dudas. El señor Montero me dio un tiempo para ello, no me puedo exceder de él, tiene muchos compromisos y las demás personas que estarán presentes también tienen la agenda llena. No me gustaría dejarme nada importante en el tintero. Además, así te vas familiarizando un poco con lo que les estamos ofreciendo.



Una hora más tarde, recién maquillada por segunda vez en el día y con un toque de su perfume favorito, salieron de la oficina que estaba en la planta decimocuarta, para dirigirse hacia la zona oeste de la ciudad.

Cuarenta y cinco minutos después, Ana se volvía a colocar sus tacones antes de bajar de su coche para entregar las llaves al *vallet parking* del lujoso edificio que se encontraba en una de las zonas más caras de la Ciudad de México, Santa Fe.

Pasaron los registros correspondientes y subieron por un gran ascensor de cristales hacia el piso vigésimo noveno.

—¡Qué impresionante! —comentó Marco como quien no quiere la cosa—. ¡Qué lugar tan elegante! Si hasta funciona el ascensor.

—¡Y que lo digas! Mis pies lo agradecen, mañana mismo me recuerdas pasarle otra sutil advertencia al administrador de nuestro edificio. Es infame que no funcione el ascensor. Ayer me enteré de que el contable de la planta quince ya ni se presenta a trabajar, el pobre no puede cargar con el tanque de oxígeno, agarrarse del pasamanos y tomar aire cada tres escalones.

Llegaron a su destino en un abrir y cerrar de ojos. Traspasaron la recepción hasta donde se encontraba una rubia muy elegante con una pequeña *laptop* en la mesa y una diadema con micrófono que llevaba sobre un peinado que parecía de salón de belleza.

La mujer levantó la vista con un aleteo de pestañas un poco más intenso de lo que corresponde y les preguntó sus nombres sin dejar de mirar a Marco, ignorando descaradamente a Ana. Volvió a consultar algo en su computadora y les indicó con una sonrisa de dientes ultra perfectos que podían pasar al fondo a la izquierda, donde se encontraba una de las salas de juntas.

Agradecieron la atención de la Barbie recepcionista y se encaminaron a su destino, Ana con un nudo en el estómago por los nervios y Marco con una sonrisa de bobo causada por la rubia. Este proyecto era muy importante para Ana, le daría, entre otras cosas, muy buenas ganancias económicas y un reconocimiento en el futuro.

No era cualquier cosa ser consultora de Empresas Montero.

Después de las presentaciones con el señor Montero, y las dos personas de la empresa que estaban con él, dio comienzo la reunión. Ana, al principio, sentía que en cualquier momento se caería redonda al suelo de la presión por hacerlo bien, pero la actitud del dueño y sus acompañantes fue tan amable y profesional que poco a poco se fue soltando y relajando hasta disfrutar de verdad y tratar de convencer con pasión y argumentos importantes por qué su trabajo sería necesario ahí.

Al dar por finalizada la presentación de gráficas y Power Point se escucharon unos aplausos provenientes del fondo de la sala.

—¡MAGNÍFICO! Hasta a mí me ha convencido la señorita, papá. Qué mujer tan apasionada, seguro que es una joya. —Esto último lo dijo aquel desagradable desconocido con doble sentido y con un toque de ironía, ya que asomaba una sonrisa burlona que no se molestó en ocultar.

—Andrés, la reunión era a las cinco de la tarde en punto y no te presentaste, ¿se puede saber por qué? —reprendió el señor Montero de manera ruda a aquel chiflado, que al parecer era su hijo.

—Estaba ocupado —contestó así, sin más, dejándose caer en una silla de la sala y abriendo una lata de Pepsi *light*, para beberla casi de un trago.

Ana no sabía dónde mirar, si al padre, al hijo, a los socios o al suelo. La situación era incómoda... y lo peor, le había arruinado el cierre perfecto de su exposición, ¡caray!, ¡qué frustración!

De nuevo el señor Montero tomó la palabra.

—Al parecer algo has escuchado, para mostrarte tan efusivo en el cierre de la presentación, ¿no es así?, ¿qué opinas de contratar la consultoría de la señorita De la Parra?, ¿tienes algo que aportar? —le preguntó con toda la paciencia del mundo, como si de un niño de primaria se tratara.

—Fea no es, inteligente... puede que sí. El genio aún lo tengo que comprobar, solo espero que esté cualificada para ser la niñera que deseas contratar. Tendrá que ser muy ágil para seguir mis pasos y a la vez ser eficiente en sus funciones, eso es lo que opino. A mí me da igual lo que decidas —enumeró a modo de respuesta, terminando su bebida y recolocándose la corbata que traía torcida.

A Ana casi se le salen los ojos de la impresión mientras lo miraba. Pero qué tipo más antipático, grosero, desagradable, irrespetuoso... alto, elegante, sexy, con una mirada penetrante, guapísimo, «¡¡PARA!! ¡Eso no! que estamos muy enojadas» se reprendió a sí misma y a su loca voz interior que le dio por opinar en ese momento.

—Te veo en mi oficina en quince minutos, Andrés, puedes retirarte —respondió el empresario muy enojado.

En cuestión de segundos el hijo pródigo se había retirado despidiéndose con una inclinación de cabeza.

—Señorita De la Parra, le ruego disculpe lo ocurrido, mi empresa siempre ha destacado entre muchas cosas por ser seria y respetable y eso incluye a todo el personal de cualquier rango. Como pudo ver, Andrés, mi hijo, está tratando de incorporarse al negocio ya que ha estado fuera del país durante un tiempo y ha atravesado unas situaciones, tanto laborales como personales, algo difíciles. —El pobre hombre ya no sabía qué más decir para disculpar a su vástago.

—No se preocupe —lo tranquilizó Ana, mostrando una sonrisa comprensiva, para tratar de sacar al pobre hombre del apuro—. Lo entiendo.

¡Y por supuesto que no lo entendía !Pero no sabía qué otra cosa decir.

—Lo que nos han presentado habla muy bien de su trabajo. Voy a reunirme con mi gente cercana y nos veremos en los próximos días para acordar un plan a seguir para contar con usted en la empresa. De momento creo que es todo. ¿Quisiera agregar algo más?

—No, por nuestra parte también es todo. Muchas gracias por la oportunidad de poder colaborar con ustedes, estamos a sus órdenes.

Dicho lo último se levantaron de sus asientos y se despidieron. Bajaron por el ascensor al que ya ni prestaron atención y pidieron el coche al *vallet*. Tanto Marco como Ana iban sumidos en sus propios pensamientos y no comentaron nada hasta que cogieron la avenida principal, momento en el que Marco rompió el silencio.

—Bueno, al parecer ya tenemos cliente nuevo, jefa, ¡enhorabuena! ¿Quieres que llame a Mónica para decirle que no tardamos en llegar y poder comentar lo de mañana?

—Sí, claro, avísale, por favor.

Quince minutos después llegaron a la oficina y la buena y antojadiza de Mónica ya les tenía preparados unos cafés del *Starbucks* y unos *muffins* a cada uno sobre la mesa de trabajo.

—Qué increíble que haya aceptado la propuesta, ¡felicidades a todos! Por eso traje este pequeño homenaje al esfuerzo. ¡Ahora cuéntenmelo todo! —exclamó Mónica con su particular desparpajo.

Y así entre cafecito y demás comentarios terminaron de repasar la agenda del día siguiente y de

toda la semana.

Mónica era su otra colaboradora, también era una chica joven que había llegado por casualidad a su vida. Era prima de la esposa de un amigo y se la presentaron en un bar. Le cayó muy bien desde el principio y en la conversación salió el tema de que buscaba trabajo. Ana acababa de empezar con su consultoría y la citó enseguida para al terminar la entrevista, tenerla de colaboradora. Daba gusto trabajar con ella, era muy alegre y trabajaba muy duro. No le importaba hacer horas extras o desplazarse largas distancias. Incluso ayudó a Ana a pintar las paredes de la oficina nueva cuando se instalaron en Polanco. Era alta, morena, de cabello largo y ondulado, y ojos risueños.

Cuando Ana llegó a su casa estaba molida, fue un día de lo más intenso. Estaba satisfecha con lo acontecido, ya tenía un nuevo cliente, y no uno cualquiera, pero tenía esa sensación extraña que no la dejaba sentirse a gusto del todo.

Pensar en el reto que suponía estar a la altura de semejante empresa no tendría que quitarle el sueño, ella y su equipo eran capaces de afrontarlo sin problemas, lo que le preocupaba era que el hijo entrometido no metiera las narices en su trabajo, porque no sabía si sería capaz de mantener la calma. Y estaba aquello que había dicho de que sería su niñera. ¡Ja! Solo era niñera de sus sobrinos, y eso a veces, y con papas fritas, gusanitos, chocolate y palomitas con caramelo para aguantar de buen humor.



Ya era viernes, otra vez. La semana transcurrió de manera muy rápida. Trabajo y más trabajo, lo único relevante fue que Lena la había llamado para avisarle que ya se encontraba de vuelta en México. Al parecer ya lo sabían también sus amigos y le habían organizado una cena de bienvenida en casa de Luis y Lisa para el sábado.

Un punto a favor, además de ver a sus amigos y poder darle un gran abrazo a Lena, era que, si trasnochaban más de la cuenta, al día siguiente no habría entrenamiento militar.

Mandó un rápido mensaje a Lisa para confirmar su asistencia y la aportación de tequila que correría de su cuenta para la celebración.

Se puso su pijama azul con dibujos de pollitos, ese que parecía de abuela y que tanto le gustaba (de hecho, se lo había regalado su abuelita) y se preparó unas quesadillas antes de dormir, esa noche sí tenía hambre.



CAPÍTULO 5

El sábado por la mañana se despertó al oír el timbre sonar con insistencia. Buscó su celular para ver la hora y se dio cuenta de que eran las diez de la mañana. Se enojó con quien fuera el impertinente que osó despertarla. Con mucho esfuerzo se levantó y fue a abrir la puerta.

—Anita, ¡hola! Creía que no estabas, ya iba a abrir con mis llaves —comentó Margarita, entrando con toda naturalidad.

A Ana le salió la sonrisa, pues Margarita era su ayudante de tareas domésticas. Era un verdadero sol que la libraba de los engorrosos quehaceres del hogar. De hecho, si no fuera por ella, hasta sus plantas estarían secas.

—¿Comes fuera o te preparo algo, mi niña?

—Prepárame algo, por favor, hoy tengo cena y estaré en casa todo el día. Debo reponer fuerzas y sueño, ya que hoy no sé siquiera si dormiré.

La tarde llegaba a su fin. Había estado vagueando todo el día, solo salió a una visita exprés al supermercado a comprar lo básico.

Cuando terminó de colocar todo lo comprado tenía planeado meterse a bañar, cuando sonó el teléfono, vio que en la pantalla decía número privado.

—¿Diga? —preguntó recelosa.

—Ana, ¿qué tal? Soy Antonio.

—¡Oh! Hola. —Fue lo único que atinó a decir.

No tenía nada que decir, y menos a él. Se oía de fondo mucho ruido, como si estuviera en la calle.

—¿Es mal momento? ¿Estás ocupada? —Se lo dijo trabándose un poco de manera insegura.

—Iba a... no pasa nada, ¿qué necesitas? —contestó resuelta, con un suspiro de desaprobación.

—Ana, me haces tanta falta... Te he extrañado mucho, no dejo de pensar en ti. He querido llamarte antes, pero no he podido, ya sabes. Me haría muy feliz poder abrazarte. Decirte todo lo que te quiero. Pronto tendré unos días libres y quería saber si podemos vernos. Hablar y aclarar las cosas, porque yo... —Y hasta ahí llegó la escasa paciencia de Ana.

—Mira, Antonio, la última vez creo que fui muy clara contigo. A ver cómo te lo vuelvo a explicar... no me interesa verte, no quiero que me llames, yo no te quiero. Me harté de que te rieras de mí, de que me vieras la cara de tonta. De creer en ti cuando no lo merecías. De esperar durante semanas una llamada. De no poder hacer mi vida tranquila porque me sentía vigilada. Por tener insomnio de imaginar las cosas horribles que podrían haberte pasado.

—Ana, no seas injusta, tú sabes que mi trabajo...

—No me interesan tus explicaciones, ¡y menos tres años después, por favor...! A mí me quedó todo muy claro en la boda de José Pablo. Pensabas que no iba a ir porque me sentiría incómoda de verlo casarse con otra, ¿pero sabes?, ¡tú no me conoces! A mí no me afectó porque él, desde hace mucho, no me interesa más allá que como un amigo, cosa que contigo ya ni eso. Te lo vuelvo a pedir: NO. ME. LLAMES. MÁS.

Y cuando Antonio iba a contestarle, colgó. Silenció el sonido del aparato y se metió en la ducha para darse un baño relajante.

No estaba lo que se dice furiosa, porque realmente a estas alturas le era indiferente el hombre,

pero no era agradable tener que discutir gratuitamente cuando estaba tan tranquila en su tarde de sábado.

ANTONIO

Lo conoció en la preparatoria y se unió al grupo de estudiantes que frecuentaba, ya que era muy amigo de José Pablo. No duró mucho en la escuela porque consiguió entrar al Heroico Colegio Militar, lo cual era su sueño. Era una persona agradable, aunque algo callado. Lo veían a veces en algunas reuniones de los compañeros cuando este libraba, ya que estaba interno en ese colegio.

Lena le decía a Ana que cuando la miraba se le ponían los ojitos soñadores, pero ella era su amiga y la quería, qué más podría decir. A Lena le parecía que todos querían algo con ella, debía ser porque esta tenía las hormonas revolucionadas y solo pensaba en ese tema.

Eso creía, hasta que un día Antonio, con unas copas de más, le confesó a Ricardo (otro amigo en común) que Ana era su amor platónico, que la amaría toda la vida y que era su sueño. El mal amigo boca floja, por supuesto, divulgó en susurros la sentida confesión a todo el que podía contárselo.

Cuando Antonio entró a los estudios superiores, también dentro de la escuela militar, parecía que habían cambiado sus sueños, porque Ana se enteró (también por Ricardo) que se había casado con una jovencita muy guapa y que su primer bebé venía de camino.

Cuando se marcharon a la universidad, el grupo de amigos se reunía poco, su novio se había ido a Guadalajara y la única con quien siguió en contacto fue con su querida amiga Lena, quien fue su hombro y su apoyo cuando cortó el noviazgo con José Pablo.

Antonio, una vez casado, con el apoyo de sus padres y sus suegros, siguió con sus estudios sobresaliendo entre muchos. También tenía un sobresaliente en su matrimonio porque después del primer hijo, vino el segundo, el tercero y el cuarto. La pobre esposa se pasó preñada muchos años ¡qué horror! Esa información corría por cuenta del comunicativo del grupo, que, además, como su vida social era casi nula, se dedicaba por hobby a estar al tanto de la de los demás.

Al pasar el tiempo Ana había tenido algunos novios, ninguno digno de mencionar, quienes pasaron por su vida sin dejar huella alguna.

No supo más de la vida de Antonio hasta que un día que organizaron una cena de exalumnos del instituto en el Restaurante Del Lago, en el corazón del Bosque de Chapultepec, un lugar precioso y de lo más elegante. La ocasión lo merecía, ya no eran unos niños que traían lo justo para sus pasajes y unas quesadillas, ahora todos tenían un empleo y algunos hasta estaban recién casados.

José Pablo no pudo asistir ya que estaba de viaje, era piloto de aviones, por lo que era difícil coincidir con él. Pero el que sí se presentó fue Antonio, e iba sin pareja.

Cuando Ana llegó al reservado donde sería la cena, al primero que vio fue a Antonio quien se levantó de inmediato para saludarla con un cariñoso abrazo y un osado beso en la mejilla, que más bien rozaba la comisura de los labios. Olía muy bien, también se veía muy bien, los años le habían favorecido mucho dándole un aire de madurez y seguridad. Tenía la espalda más ancha y una muy buena complexión física. Eso la intimidó un poco, pero cuando vio cómo le sonreía, pudo

ver a aquel muchacho de antes que tan agradable le parecía.

Se sentaron juntos para cenar, al poco rato llegó Lena y se les unió, pero como traía novio nuevo pues mucho caso no les hizo. Estaban acostumbradas a verse y hablaban por lo menos cada tres días.

Se centró en tratar de conversar con todos, pero quien más acaparó su atención fue Antonio. Le dijo que había terminado los estudios superiores en la escuela militar con altos honores y que, aunque le había costado mucho esfuerzo, tenía un muy buen rango en el ejército. Estaba empezando un nuevo proyecto en un grupo de fuerzas especiales que estaría designado a la lucha contra el narcotráfico.

Le contó que tenía cuatro niños pequeños a los que adoraba y que se estaba divorciando de su esposa. También le contó que sus hijos vivían con la madre y que los veía muy poco debido al trabajo que tenía y a las jornadas tan largas que tenía que hacer.

Pasaron una velada muy agradable. Disfrutaron de una deliciosa cena escuchando música de piano en vivo como fondo, se rieron y recordaron su paso por la preparatoria.

Cerca de la una de la madrugada propusieron ir a un bar contemporáneo con música pop en vivo. Muchos se disculparon pues tenían compromisos al día siguiente temprano, pero otros tomaron camino hacia la avenida Presidente Masarik a seguir la fiesta.

Cuando llegaron a su destino el bar estaba muy lleno, aunque tras pagar tres botellas de tequila pudieron conseguir una mesa. Eran ocho personas, por lo que, como pagaban descorche, tampoco era demasiado.

El grupo musical tocaba muy bien y hacían justicia a los cantantes de moda, y no tan de moda, que estaban interpretando tanto en inglés como en español, pasando desde Paulina Rubio y Jennifer López, hasta Soda Stereo y Bon Jovi, imprimiendo un ambiente muy animado. De inmediato empezaron los brindis y también las coreografías en grupo que hacían muertos de la risa parados junto a su mesa.

El alcohol corría, la música sonaba, los que fumaban pudieron hacerlo, ya que cerraron el bar para los que ya estaban ahí y no habría problema con aquello de la ley antitabaco, recién impuesta.

Cuando Ana se dio cuenta ya tenía la boca de Antonio pegada a la suya. Bailaban, reían, se abrazaban y besaban. Antonio le dijo que le gustaba desde que la conoció y que se había enamorado de ella enseguida, que en estos años nunca pudo olvidarla y le pidió una oportunidad para intentar algo juntos, ahora que su amigo ya no era su novio y que él era libre de compromisos de pareja.

Y así empezó su historia con Antonio. A ella le gustaba, para qué negarlo, era muy varonil y cuando lo veía de uniforme podía babear un poco, pero solo un poco. Era muy atento y tierno. Tenía detalles muy bonitos y era de lo más cursi el pobre, quién lo diría dedicándose a lo que se dedicaba.

El problema era que se veían muy poco, casi siempre la tomaba desprevenida, cuando menos lo esperaba le daba por aparecer. Ella seguía con su vida casi normal, casi, porque se perdía muchas salidas, no fuera a darle por aparecer de repente.

Cuando, en casa de Ana, se enteraron quién era su novio tuvo problemas. Su padre no lo veía con buenos ojos, algo le daba mala espina. No sabía si por ser militar, por ser muy serio o por ser un divorciado con hijos, esto último no lo decía, pues había pasado algo parecido cuando se enamoró de su esposa.

Por eso también le era complicado a Ana salir de su casa cuando le daba la gana a Antonio

hacer acto de presencia. Fue unas cuantas veces a visitarla a casa de sus padres. Su padre se mostraba hosco. Su madre, muy simpática deleitándolo con alguno de sus deliciosos guisos y su charla interminable. Su hermana y su cuñado se mantenían neutrales, simpáticos, pero sin involucrarse demasiado.

Cuando iban a celebrar el tercer cumpleaños de su sobrino mayor, Javi, Ana se lo comentó por teléfono a Antonio, a quien le pareció una brillante idea aparecer con sus cuatro hijos para presentárselos a su novia. Ana estaba un poco descolocada con el asunto, pues le preocupaba la reacción de sus padres, Julio era muy educado, pero cuando se lo proponía podía ser un verdadero patán. Su madre, comprensiva a ratos, le había dicho que los niños no tenían culpa alguna y ella debía ser un apoyo para su novio aceptando de buena gana a los pequeños. Llegado el día, en un salón de fiestas infantiles decorado de Toy Story lleno de juegos, globos y una gran piscina llena de pelotas, hizo su entrada triunfal el novio con una pañalera enorme colgando en un hombro, un niño cargado en brazos y tres más agarrados de su pantalón.

En ese momento Ana no supo distinguir bien lo que le provocó aquella estampa de papá soltero, pero un sentimiento de bienestar o de alegría seguro que no.

Se fijó muy bien dónde estaba ubicado su padre para localizar en el otro extremo del local un lugar dónde instalar a la guardería andante que acababa de llegar y evitar momentos incómodos, porque no era plan amargar la fiesta. Ya se lo podía imaginar, su padre enojado, su madre con lágrimas bailándole en los ojos a punto de salir en cascada, su hermana enojada por dejarla en ridículo delante de sus amigas y su cuñado tratando de salvar la situación.

Su padre se controló bastante bien porque se distrajo con los juegos de los niños, el show de los payasos y la piñata. Estaba disfrutando del nieto y entre tanto niño pues no sabía a quién ponerle caras feas, pues no distinguía cuáles eran los hijos de Antonio, porque a veces el que parecía un niño era él.

Ella, por su parte, trató entre tanto estrés de disfrutar de la fiesta y de ayudar a su novio con los cambios de pañales y la distribución de la comida y pastel para sus hijos, ya que algo de experiencia tenía con su sobrino. Sacaba las toallitas húmedas y limpiaba restos de comida, babas y mocos cada cinco minutos, fue agotador. Todo eso no importaba, ella quería que su relación saliera bien y ya sabía de antemano el equipaje que Antonio traía a cuestas.

Cuando se quedó mal fue cuando el hijo mayor de Antonio le preguntó por qué los invitaron a la fiesta de un niño que no conocían y él le contestó que Ana era una buena amiga de la escuela y por eso los habían invitado. Le guiñó un ojo a ella de manera cómplice, como para no dar importancia al comentario, pero el gesto le cayó bastante mal, en palabras de Lucía, como una patada en el estómago.

Tampoco era que tuvieran que dar detalles de su vida íntima delante de los niños, pero se sintió despreciada y fuera de lugar.

Después de la fiesta el susodicho tardó dos semanas en volver a aparecer, ni siquiera se dignó a llamarla por teléfono. Porque esa era otra gota que llenaba el vaso, ella no tenía dónde comunicarse con él, porque era secreto de estado, nunca mejor dicho. Solo tenía anotado un número para emergencias extremas y ni siquiera sabría por quién preguntar de llegar a darse el caso de hacer la llamada. Se veían cuando podían y cuando los astros estaban alineados a su favor.

Si agarraba distraído a su padre y se podía escapar unas horas de su casa, aprovechaban el momento para compartir un poco de intimidad en un departamento pequeño que él había alquilado en una zona muy céntrica de la ciudad. La verdad era que lo pasaban muy bien, se compaginaban a la

perfección en ese aspecto. En la intimidad del dormitorio combinaba la rudeza con la ternura.

Ella le había ayudado a amueblarlo y a decorarlo, le había quedado de lo más bonito, ¡una pena!, porque apenas lo disfrutaban juntos, era llegar, tal vez cenar algo rápido y directos a devorarse mutuamente como si no hubiera un mañana.

Los meses pasaban y Antonio era todo secretos. Cada vez que la veía le decía que compartieran el momento como si fuera el último, lejos de sentir el romanticismo que trataba él de imprimir en la frase, Ana sentía mucha angustia de saber que cualquier día se enteraría de que ya estaba muerto.

Una noche le confesó, al verla preocupada, que cuando salía de misión, para detener a los malos, iba con pasamontañas y con lo puesto, no llevaba teléfono, ni ningún tipo de documento que pudiera identificarlo en caso de que lo capturaran. Pero que para mayor tranquilidad de todos y sobre todo de él mismo, había gente vigilándola a ella y a su familia para que estuviera segura. Por supuesto eso la puso en alerta máxima. ¡Qué carajos estaba haciendo! Desde ese día le exigió a pesar de sus negativas, que le quitara la vigilancia.

De manera casual una vez le preguntó desde cuándo tenía ya finiquitados los trámites del divorcio, porque ya habían pasado meses desde que se lo había comentado y seguramente ya habría salido el fallo. El señor misterio le contestó con evasivas, le dijo que de momento el tema estaba un poco parado por falta de tiempo por su parte para el seguimiento del papeleo, pero que estuviera tranquila, porque pronto estaría solucionado el asunto.

Antonio se proclamaba hombre libre, solo tenía el corazón comprometido y era todo suyo, ¡acabáramos con el poeta!

Como decían en su casa, el vaso ya se estaba llenando de muchas gotitas y seguro en breve terminaría por desbordarse.

Con Antonio eran cada vez más escasos los momentos de intimidad. Ana quería tapar el sol con un dedo a pesar de que todos le aconsejaban lo contrario. Y eso que no sabían ni la mitad de la historia, de lo contrario, su padre ya la hubiera mandado de retiro espiritual indefinido con las Hermanas Teresianas comandadas por la madre Rufina, regla en mano.

Quería dejar atrás las dudas y la desconfianza, pero lo que realmente estaba dejando por el camino era su dignidad. Estaba pagando un precio muy alto por una relación que, aunque no lo pareciera abiertamente, era clandestina a todas luces, llena de secretos, de preguntas sin respuestas y de un futuro incierto que por más vueltas que le diera no parecía que fuera a tener un final feliz.

Y todas esas suposiciones, dudas y temores que la atormentaban quedaron aclaradas el día de la boda de José Pablo.

Todos los amigos fueron invitados al evento, pero con solo una semana de antelación porque había sido el único hueco que los novios pudieron conseguir en sus respectivos trabajos.

El destino quiso que por esas fechas no tuviera noticias de Antonio, su caballero andante. Se organizó con Lena y el ligue de turno de esta para ir juntos a la boda.

Fue una ceremonia muy sencilla pero muy bonita. Celebraron la misa en la Iglesia Nuestra Señora del Carmen, en el centro de Coyoacán. La boda civil y el banquete fue en uno de los salones del restaurante italiano Rafaello de la Avenida Insurgentes, en el sur de la ciudad.

Después del brindis y la cena, los novios abrieron el baile con una canción muy romántica y típica también, “My heart will go on” de la película Titanic. Ana estaba ensimismada viéndolos bailar y alegrándose interiormente de que su amigo (y ex) fuera tan feliz, cuando vio por el rabillo del ojo izquierdo que a su amiga se le salían los ojos mirando hacia la entrada del salón. Buscó lo

que observaba y entonces lo vio, tan guapo, tan elegante, con una sonrisa radiante, con su corte de pelo casi al rape: su Antonio. Y de su brazo agarrada como una lapa, una bonita mujer joven de facciones delicadas y cabello dorado peinado como una princesa, con un vestido de gasa azul turquesa con pedrería en el escote y con una panza enorme de embarazada, que bien ella juraría estaría por parir en días.

La pareja saludaba, se veían felices por los gestos que hacían. Les dieron la enhorabuena a los padres del novio, que fueron a su encuentro para recibirlos. Estos les indicaron que los siguieran y rodeando las mesas por la parte de atrás vio cómo se dirigían peligrosamente hacia la mesa en donde ella estaba sentada.

Hasta ese momento nadie supo cómo Ana pudo ser tan valiente y no romperse en mil pedazos ahí mismo. Cuando Antonio llegó a la mesa y la miró se sorprendió muchísimo, pero de inmediato supo recomponerse y saludar con un “buenas noches” en general, sin soltar la mano de la mujer que lo acompañaba.

Ana aguantó y durante unos largos cuarenta minutos, según su amiga, porque ella estaba como paralizada y no se dio cuenta del tiempo transcurrido.

Escuchó de pasada que la mujer, que ese día supo se llamaba Blanca, estaba en el último trimestre del embarazo, que ya estaba instalada en su nueva casa en la ciudad, y su esposo llevaba dos semanas de permiso, en las cuales habían podido concluir la mudanza. También comentó que era un regalo que su marido, ¡SU MARIDO! Le había hecho por la felicidad que lo colmaba su quinto hijo a punto llegar. Bromearon algunos, ajenos a los sentimientos de Ana, que tal vez ahora sí era la vencida y salía la niña, a lo que la mujer respondió que aún no lo sabían, querían que fuera sorpresa y si Dios no quería mandar la niña todavía, ellos estarían encantados de intentarlo de nuevo.

Hasta ahí pudo soportar la situación, se levantó de manera discreta de su asiento, tomó su bolso plateado y sacando fuerzas de vete a saber dónde, se dirigió hacia los servicios. Su amiga Lena estaba alerta a todos los movimientos de Ana, y cuando vio que se levantaba, ella hizo lo mismo. La siguió, pero antes de alcanzarla vio que se dirigía a la salida. La tomó suavemente del brazo y le dedicó una mirada de cariño y solidaridad en donde las dos se supieron entender sin necesidad de palabras.

Lena sacó su celular e hizo una llamada a su chico para que se acercara discretamente a donde estaban ellas. No querían dar la nota, sería muy vergonzoso para Ana, para los novios, y para la pobre mujer embarazada que seguro era una inocente cornuda como ella.

Cuando el novio de Lena llegó hasta ellas y se disponían a salir sigilosamente, Antonio llegó corriendo.

—Mi amor, ¿podemos hablar un momento a solas?

—¡NO! —contestó Ana en voz baja pero firme—. No soy tu amor, no podemos hablar ahora, ni podremos hablar nunca. Eres un maldito cabrón, ya lo tengo muy claro y te prohíbo que me busques o trates de acercarte a mí. Si lo haces te denunciaré por acoso y le contaré a tu mujer nuestra bella historia de amor. Poco me importa que seas militar, si te acercas a mí te vas a arrepentir, te lo juro. Lo mínimo que merezco por todo esto, es que me dejes en paz.

Y así, dejándolo con la palabra en la boca, se fueron de la boda. Lena estaba tan enojada que si hubiera encontrado un cuchillo lo hubiera cortado en tres cachos. Su novio no entendía bien de qué iba el tema, aunque algo se imaginó, y Ana... Ella salió con el corazón y las ilusiones destrozadas, pero con la dignidad un poquito más entera.

Los siguientes meses los dedicó a independizarse comprando un minúsculo departamento,

haciendo uso de la parte que le tocaba de una pequeña herencia que le había dejado su abuela y a planear un viaje por Europa con su inseparable amiga, quien la ayudó a despejarse y a tratar de recomponer un poco su muy maltrecho corazón.



CAPÍTULO 6

Cuando salió de bañarse estaba de buen humor, raro, pero así era, una buena ducha con calma hacía milagros. Se secó el cabello y se marcó un poco las puntas con la plancha. Sacó su crema hidratante con olor a fresas de Victoria's Secret y se embadurnó por todos lados. Se maquilló con colores neutros resaltando un poco más los ojos y sacó del armario unos *leggings* de color negro, su blusa morada que tanto le gustaba con escote de corazón, un cinturón ancho con cristales y sus tacones de ante negro con plataforma.

Con una rociada de su perfume nuevo y su abrigo corto bajo el brazo, por si hacía frío (no por ir muy arreglada fuera a coger frío por el escote que llevaba). Salió de su habitación, tomó de la mesa del comedor las botellas de tequila, unos bocadillos de salmón que había comprado preparados, su bolso, las llaves del coche y haciendo malabares con tanta cosa, salió en dirección a casa de sus amigos.

Apenas media hora después llegó a su destino, estacionó en los lugares de visita de la urbanización y llamó a su amigo para que saliera a ayudarla a bajar el cargamento.

—Hola, Flaca, qué puntual, ya quisiera ver ese buen ánimo los domingos de entrenamiento —dijo su amigo burlándose, mientras la saludaba con un beso en la mejilla y le extendía la mano para ayudarla a bajar del coche.

—Hola a ti también. No empieces que vengo de muy buen humor. Mejor ayúdame a bajar las cosas —le advirtió mientras abría el maletero del coche.

—Le voy a pedir a Lisa que se case conmigo —soltó la noticia así, sin más.

Ana levantó la cabeza de golpe, y se dio con la puerta del maletero.

—¿Cómo?

—Necesito que me ayudes, es secreto, obviamente, tenemos que pensar en algo muy especial.

—¡OH! ¡Es una gran noticia, me alegro mucho por ustedes! —exclamó mientras le dio un fuerte abrazo.

—Mira, Flaca, llevo tiempo dándole vueltas a la idea. Llevamos viviendo juntos más de ocho meses, de hecho, yo ya me siento como casado. Somos una pareja estable y estamos muy enamorados, para mí el matrimonio en sí no es algo que me quite el sueño, pero yo sé que a ella la haría mucho más feliz si lo hiciéramos, sobre todo por su familia.

—En eso tienes razón. No te preocupes, ya pensaremos en algo muy especial. —Siguieron comentando mientras se acercaban a la puerta.

Sus amigos vivían en una urbanización de cuarenta casas con jardines alrededor y una pequeña casa club al fondo, en la que tenían un gimnasio, piscina cubierta y un pequeño salón de eventos. Llevaban un par de meses viviendo ahí. Habían conseguido una buena oportunidad de compra y, sin dudarlos, juntos tomaron el compromiso de hacerse con algo permanente en pareja.

En la reunión había varias personas además de los anfitriones. Estaba Rocío, la hermana mayor de Lisa, con su marido Alonso. Estaban felices de poder salir un rato solos, ya que después de tener a sus trillizos (consecuencia de un tratamiento muy efectivo de fertilidad) su vida social se había reducido a cero.

También estaban Fabiola y Eduardo, ambos amigos de la universidad, quienes, por fin, después de años y años de novios, estaban casados.

No podía faltar Marcelo, el eterno soltero del grupo, que como era de esperar iba solo, ya que los ligues le duraban menos que el tanque de gasolina de su coche.

Para no perder la costumbre Lena fue la última en llegar, eso sí, muy guapa. Imaginaban el tiempo que habría dedicado a su arreglo, y como ya era parte de ella misma llegar de última, nadie se sorprendió.

Todavía lucía de manera tenue algunos moretones en la cara. Antes de que empezaran las preguntas incómodas les contó una historia tenebrosa de un asalto a mano armada en el parque del Retiro, en Madrid, en pleno medio día, del que fue víctima.

—Y sí, fue algo realmente traumático y difícil de olvidar. Pero ya estoy aquí, sana y salva —comentó muy de pasada y restándole importancia a la situación.

Cuando creía que el tercer grado había terminado, Marcelo le preguntó por su relación con Juan.

—No funcionó, quedamos como amigos y a otra cosa mariposa —respondió rápidamente dando el tema por zanjado.

Cenaron una rica lasaña (la especialidad de Lisa), ensalada, bocadillos y tarta de frutos del bosque, entre otras delicias. Pero, sobre todo, brindaron mucho: Por los trillizos de Rocío y porque pronto todas las carnes regresaran a su sitio, por el regreso de Lena y que pronto encontrara empleo de nuevo, por la hermosa decoración de la casa de Luis y Lisa, por el próximo viaje de aniversario que harían a New York Fabiola y Eduardo, porque Marcelo encontrara pronto la horma de su zapato y por el nuevo cliente que Ana había conseguido. Todos buenos deseos, y entre tanta buena vibra les dio las siete de la mañana.

Si no hubiera sido por la resaca que se gastaba Ana aquella mañana de domingo, hasta hubiera podido disfrutar el que ese día el entrenamiento físico hubiera sido cancelado.



Se levantó al medio día con la cabeza a punto de estallarle. Se tomó un ibuprofeno y llamó a su madre para saludarla y de pasada cancelar su asistencia para la hora de la comida.

—Hola, Ma, ¿cómo estás?

—Hola, hija. Estoy bien, pero un poco apurada, de hecho, te iba a llamar ahora. No sé si te acuerdas de que tu padre se fue con tu hermana y los niños a un campamento este fin de semana.

—Pues no lo recordaba, pero qué pasa ¿te sientes solita?

—No precisamente. Me quedé, como te había dicho, y seguro te acuerdas —hizo énfasis en esto último como un sutil reproche—, que se termina la novela de *Amor Bravío* y ya ves que los finales son de tres horas y en domingo, llevo cuatro meses viéndola y no me podía perder el final, es que es buena la historia. El desalmado de Miguel José no se sabe si por fin mata a...

—Me hago una idea, Ma —interrumpió la hija de manera casual—. Cuéntame por qué andas apurada, se te fue la luz o qué.

—Tú de verdad me crees una superficial, eso ofende, Ana. A ver, vamos por partes, me quedé para ver el final de la telenovela, pero estoy ahora mismo apurada porque me llamó mi amiga Mica para decirme que viene para acá en un taxi con su hija pequeña.

—No te sigo, Ma, y eso qué tiene que ver conmigo para que me fueras a llamar, ¿qué tengo yo

que ver con tu amiga Mica o con la novela?

—Que el innombrable del marido de Mica le dio una paliza antes de irse de viaje y la pobre, supongo, debe estar como un cristo para que venga a casa. Tú sabes que yo no conduzco hija, y necesito que vengas, por favor. No sé si necesitará atención médica esta mujer.

—Mami, estoy super cansada —dijo frotándose las sienes con pesar—. Anoche me fui de cena con los chicos y estoy agotada. Pero qué le vamos a hacer, no te preocupes que me visto y voy para allá.

Colgó, se dio una ducha rápida, se puso un pantalón, se hizo una coleta y salió lo más rápido que pudo hacia casa de sus padres.

Ana era así, tenía poca paciencia, a veces también mal genio, pero era una persona muy solidaria y siempre que podía estaba para ayudar a los demás. No podía hacer la vista gorda ante los problemas ajenos. ¿Cualidad o defecto? No lo sabía, solo estaba segura de que no podía actuar de otro modo.

Mica era de las pocas amigas que tenía su madre. Era una mujer un tanto vanidosa y a veces presumida, muy parlanchina y mal hablada como pocas. Con mucho sentido del humor, buena madre, mala cocinera, con prótesis y operaciones estéticas innumerables, pero tenía buen corazón.

Estaba casada con un empresario textil de mucho éxito y por lo tanto tenía muy buena posición económica, aunque no siempre había sido así. Cuando Lucía la conoció era una mujer normal, con un marido corriente. Las muchísimas cosas que tenían en común hicieron que su amistad se fortaleciera. Con el paso del tiempo, el marido fue ganando más dinero y, aunque al principio Mica cambió de círculo social, después se dio cuenta de que la amistad de Lucía no estaba condicionada a su nuevo nivel económico y tal vez fuera la única amiga sincera que le quedaba, por lo que cuidaba mucho que siguiera siendo así.

Viajaban mucho, conocían casi todo el mundo, pero la factura le salía cara. El innombrable era muy voluble, tan pronto estaba de buen humor y le pasaba más dinero a su cuenta corriente, como le daba una paliza.

Cuando por fin llegó a su destino, la stampa que encontró en la sala fue muy desalentadora. Mica parecía boxeadora, no se podía ni sentar, la hija lloraba a mares y Lucía estaba muy nerviosa sin saber qué hacer.

Tomando las riendas de la situación y sin perder más tiempo, ayudó a Mica a subir con mucho esfuerzo a su coche y las demás se acomodaron de inmediato.

Llegaron al área de urgencias de un conocido y carísimo hospital en menos de quince minutos, en donde dejaron a la maltrecha Mica en manos de los enfermeros en lo que hacían el registro correspondiente al ingreso de la paciente.

Pasaron a una sala de espera de sillones blancos de piel muy confortables, donde se acomodaron a esperar noticias.

Tras una hora y veinte minutos se acercó una enfermera para indicarles que el doctor Ramírez las esperaba en su despacho.

—Buenas tardes —saludó el doctor—. Adelante, por favor, tomen asiento. Soy el doctor Ramírez y estuve a cargo de valorar a la paciente Micaela Ramos.

Ana volviéndose a hacer cargo de la situación le preguntó por su estado.

—La señora Ramos llegó con varios traumatismos. Tras examinarla con detalle y a tenor de los últimos resultados que nos arrojen las pruebas que le acaban de realizar, lo más destacable son dos costillas rotas. Lo demás son hematomas que solo le causarán molestias a corto plazo.

—¿Se tendrá que quedar en observación, doctor? —preguntó Lucía.

—Es lo más aconsejable, señora, por lo menos veinticuatro horas, pero a mí lo que realmente me preocupa es el origen de su estado. Estuve hablando con ella y le aconsejé denunciar la agresión, a lo cual la paciente se negó rotundamente y no puedo hacer nada al respecto, más que continuar con el seguimiento de su recuperación, pero les aconsejo que platiquen ustedes con ella.

Pasaron lo quedaba de la tarde con Mica en su habitación. Cuando empezaba a anochecer Julio pasó a recoger a Lucía y Ana al ver que todo estaba bien con Mica, la dejó en compañía de su hija y las enfermeras, ya que el marido, preocupado por Mica, llegaría en unas horas de su viaje para hacerse cargo de su esposa y ella no quería estar presente cuando este se presentara tan cínico como si nada.

Le daba mucho coraje, ¿cómo era posible que sucedieran estas cosas?, en el caso de Lena, el dolor emocional fue más duro que el físico y afortunadamente salió corriendo tras la primera agresión. Estaba triste por ella y por lo que había vivido con Juan, pero estaba tranquila de saber que aquella situación no se repetiría.

Referente a Mica le daba mucha lástima, ella estaba enganchada a esa relación y la aceptaba así. Se notaba que ya lo tenía asumido y era un precio que pagar por la buena vida que llevaba. No se había enterado de que fuera muy frecuente, pero estaba segura de que ya había pasado algunas veces, aunque esta vez al marido se le había ido la mano.

Ana terminó el día reflexionando acerca de lo vivido. Definitivamente para ese tipo de situaciones no había límite geográfico, cultural o económico que valiera, en todos lados se encontraban los muy desgraciados. Hombres cobardes que satisfacían su ego y sus carencias emocionales, dominando y ejerciendo un supuesto poder con las personas que más deberían de querer y respetar en el mundo: sus mujeres. Haciendo uso de su fuerza física, atormentándolas psicológicamente, limitándolas económicamente o abusando sexualmente sin su consentimiento. Humillándolas, violando los derechos más básicos de un ser humano.



CAPÍTULO 7

Ana estaba muy emocionada planeando junto con su amigo Luis la pedida de mano de Lisa. Le habían dado muchas vueltas al asunto. Habían surgido ideas de todo tipo hasta que al final coincidieron en una: sin duda sería inolvidable.

Contrataron lo necesario y apartaron la fecha, también se había escapado un día de sus ocupaciones para acompañar a su amigo a una joyería para comprar el anillo.

Los días transcurrieron volando. Ya había llegado el día en que tenía que presentarse a trabajar en las Empresas Montero. Debido a la carga de trabajo que tendría ahí, estaba hecha a la idea de que la mayor parte de su tiempo estaría instalada en las oficinas de Santa Fe.

Llegó muy puntual y arreglada. Se había puesto un vestido de corte recto a la altura de las rodillas de color negro con una chaqueta corta en tonos vino y zapatos altísimos a juego.

Se presentó nuevamente ante la Barbie recepcionista, quien le indicó que el señor Montero la esperaba en su despacho. Dirigió sus pasos hacia ahí y tocó suavemente la puerta con los nudillos.

—Adelante. —Oyó decir al otro lado de la puerta.

—Buenos días, señor Montero —dijo estrechando la mano del elegante señor.

—Señorita De la Parra, es un gusto por fin tenerla con nosotros, sea bienvenida. Tome asiento, por favor, ¿puedo tutearla? Tiene un nombre muy bonito y, además, tanto formalismo y protocolo no es muy práctico ¿no cree?

—Sí, estoy de acuerdo, por mí perfecto, muchas gracias. Ya estoy a tus órdenes para comenzar con el primer proyecto. Tú dirás dónde puedo instalarme y quién es la persona de apoyo en la empresa con la que tendré trato directo.

—Me parece estupendo, Ana. Antes que nada, quiero que te sientas contenta en las oficinas, te recibimos como parte del equipo y todo lo que necesites no dudes en solicitarlo. Yo normalmente me encuentro reunido la mayor parte del tiempo, pero en la medida de lo posible estaré disponible para ti, para eso tiene línea abierta con mi asistente Josefina. Habrá dos personas colaborando directamente contigo, una de ellas es Daniela Rojas, quien lleva ya un tiempo en la empresa y está al tanto de todo lo que puedas requerir. Es un poco tímida, aunque muy eficiente como lo podrás comprobar tú misma en cuanto la conozcas. La otra persona que trabajará codo a codo contigo en los proyectos será Andrés Montero, mi hijo.

Ana se quedó muda, pensaba que algún trato debería tener con el insufrible del hijo, pero tenerlo pegado todo el día, sin duda haría las cosas más complicadas. Con razón decía que la querían de niñera.

—Eres muy transparente, Ana —señaló el señor Montero sacándola de sus atormentadas cavilaciones—. Sé que la primera impresión que tuviste de Andrés no fue muy buena, pero no te preocupes, que en él encontrarás a una persona muy profesional y capaz. Aprovecho tu estancia en la empresa para que Andrés se vaya involucrando en ella poco a poco y confío en que tendremos muy buenos resultados.

—No tengo ningún inconveniente, como lo has dispuesto está bien para mí.

—Me alegro, tendrán un despacho compartido los tres. He mandado hacer unos cambios en lo que era una sala de reuniones que usábamos poco, por lo que te puedes instalar ahí libremente, es muy espacioso. Y te voy a dar un consejo, tú es la responsable del trabajo, por lo que ambos estarán a

tus órdenes, y sin importar que Andrés sea mi hijo, actúa de la manera que creas conveniente.

—Así será, gracias por tu tiempo. Voy a instalarme y a comenzar a trabajar. —Se levantó de su asiento y se dispuso a salir para enfrentar un nuevo reto.

Llegó a su nueva oficina tras seguir las indicaciones de la eficiente Josefina. Abrió la puerta y se encontró con un espacio de lo más bonito. Efectivamente era muy amplio y estaba decorado con muy buen gusto. Una chica delgada de cabello corto y pelirrojo se levantó de su asiento a recibirla.

—Buenos días, señorita De la Parra, mi nombre es Daniela Rojas y estoy asignada para asistirte en su estancia en la empresa.

—Hola, Daniela, encantada de contar con tu ayuda —respondió saludándola con un beso en la mejilla de manera muy amistosa— por favor, llámame, Ana ¿podrías indicarme cuál es mi escritorio para poder acomodarme y empezar a planear el día?

Una vez instalada, sacó su computadora para abrir los programas correspondientes a la primera parte del trabajo, que era la instalación de procesos. Estaba tan concentrada en sus cosas que no sintió una presencia nueva en la oficina muy cerca de ella.

Pegó un brinco cuando alguien se le acercó demasiado para decirle un escueto «hola». Cuando se giró para reprenderle por haberla asustado se encontró con que el susodicho la miraba con las cejas levantadas.

Lo fulminó con la mirada y echó un vistazo a su reloj, las diez de la mañana y aquel por fin hacía acto de presencia.

—Sr. Montero, buenos días, llega usted un poco tarde, ¿no cree?

—El señor Montero es mi padre, a mí puedes llamarme Andrés. Podríamos tutearnos ¿no te parece, Joya? —Lo decía mientras se acomodaba en su escritorio.

—¿Joya?, mi nombre es Ana —replicó molesta.

—No lo recordaba, pero de cualquier manera Ana es muy común, Joya es más original. Mi padre dijo que lo eras, no te enojas —continuó, haciéndose el gracioso, y siguiendo en esa línea añadió—: ¿No te gusta Joya? Mmm... déjame pensar... ya sé, Perla suena bien ¿no?

Ana echaba fuego por los ojos, tendría que poner a prueba toda su paciencia para poder sobrevivir en ese trabajo. Tomando aire y con la poca paciencia que le quedaba le respondió.

—No me gusta Joya, ni Perla, ni ningún otro apodo, mi nombre es Ana. A. N. A, cortito, ¿ves?, sencillo, ¿crees que lo podrás recordar? Además, no soy tu mascota para que me pongas el nombre ridículo que te dé la gana. Soy una mujer que viene a trabajar y sería todo un detalle por tu parte si me facilitas la tarea empezando por respetarme y dejar de comportarte como si tuvieras cinco años.

Andrés alzó los brazos en son de paz, cambió el semblante a uno mucho más serio y prosiguió a contestarle.

—Mira, no quiero empezar peleando, vamos a trabajar. Dime de qué va lo que tenemos que hacer para no tener más discusiones sin sentido.

¡Y encima se hacía el ofendido!

La mañana pasó con los tres trabajando juntos y en armonía. Ana quedó muy conforme de que tanto Daniela como Andrés hubieran captado a la primera todo lo que ella les proponía. Repartieron los deberes de la primera parte del proyecto e incluso tuvieron que pedir unos bocadillos para comer ahí mismo de lo enfrascados que estaban en el trabajo.

La semana siguió en la misma línea, solo que Ana cuando salía tenía que pasar algunos días a darse una vuelta por las oficinas de Polanco para supervisar los trabajos de los otros clientes y hacer que las horas que tenía el día le rindieran más. Estaba agotada pero satisfecha.

El sábado era el día en que Luis le pediría matrimonio a Lisa. Se levantó de madrugada y se fue a casa de Lena, ahí llegarían todos para irse en la camioneta del padre de esta para estar presentes en la pedida de mano.

El paseo era una excursión en globo aerostático en el que sobrevolarían las ruinas de Teotihuacán. Pudiendo disfrutar de las maravillosas vistas desde las alturas. De la pirámide del Sol, la calzada de los muertos y la pirámide de la Luna.

Alquilaron dos globos multicolores, en uno iban Luis y Lisa, y en el otro el resto de los amigos. Era impresionante dejarse llevar por el viento sobrevolando los montes, pueblos y las majestuosas ruinas, tomando miles de fotos para el recuerdo. Y, aunque disfrutó mucho del paseo, no dejó de pensar que le hubiera gustado compartir esa hermosa experiencia con alguien a su lado, alguien como Luis lo había hecho con su novia, alguien que la hiciera sentir especial.

El plan quedó de maravilla, Lisa estaba emocionadísima y les contó todos los detalles cuando aterrizaron. Pasaron lo que quedaba de la mañana disfrutando de la zona arqueológica y comieron en un restaurante típico de la región.

Pasó el fin de semana de lo más normalito, haciendo lo acostumbrado y acordándose de vez en cuando de su nuevo compañero de trabajo. Había podido comprobar que era un hombre muy capaz, muy profesional y que hacían buen equipo.

En esos días Andrés se había mostrado muy frío y formal. No había dado pie a ningún comentario personal, no la había llamado por ningún nombre raro, todo había ido bien. A pesar de que Andrés estaba haciendo lo que ella le había pedido, no estaba conforme, se sentía hasta tentada de picarlo con algo para que se metiera con ella y la hiciera enojar, aunque solo fuera un poco. «¡Qué mal estás, Ana!» se reprendió ella misma.

Y es que no podía evitar quedar prendada de esa mirada tan penetrante, de ojos grandes y oscuros, enmarcados en esas cejas espesas y esas pestañas tan largas en donde sentía que podría perderse llevada como las polillas a la luz.



CAPÍTULO 8

Tenían pocos días para terminar la integración corporativa de Empresas Montero, con los doscientos empleados del área de personal que tendría lugar el fin de semana. Ya tenían contratado el sitio, los autobuses para el transporte, las conferencias y las dinámicas para las actividades en grupo.

Había sido un gran acierto del Sr. Montero poner a su lado a Daniela, era un gran apoyo para coordinar la logística del evento junto con Mónica su asistente personal, ya que Andrés seguía inmerso en la instauración de los procesos que ya tenían muy avanzados.

Llegado el viernes, todos los empleados invitados, maleta en mano comenzaban a subir a los respectivos autobuses a las tres de la tarde, para ser trasladados a la antigua Hacienda de San Miguel Regla, en el estado de Hidalgo. El viaje duraría un poco menos de tres horas y contarían con todas las comodidades para sentirse muy a gusto desde el principio.

Faltaban diez minutos para salir y el joven Montero no aparecía por ningún lado. Sintió un poco de decepción al subirse al autobús y pensar que él no estaría presente aquel fin de semana, «¿decepción?, pero a ella le era indiferente ¿no?» Estaba reflexionando sobre sus confusos sentimientos y acomodándose en su asiento cuando vio por la ventanilla que algún despistado llegaba apurado para trepar deprisa al transporte en el último momento. Lo vio subir acomodándose el cabello que llevaba un poco revuelto por la carrera. Sus miradas se encontraron, Ana no pudo reprimir una sonrisa de alivio al ver que Andrés se acercaba y se sentaba a su lado con una sonrisa de lo más sincera y radiante, bueno, de hecho, era la primera sonrisa de ese estilo que le veía ya que normalmente estaba de broma ácida o en total seriedad.

—Hola, Perla —le dijo el insolente volviendo a las andadas.

Pero como Ana estaba encantada de verlo, ni se molestó en reprenderlo por su apodo.

—Hola, Andrés, me alegro de que el equipo esté completo y por fin nos podamos ir. Se ve que lo tuyo no es la puntualidad, compañero. —Trató de imprimir un toque de reproche, pero no le salió, la sonrisa de felicidad la delataba.

Durante todo el camino, Ana lo estuvo poniendo al tanto de todos los detalles que deberían supervisar y del itinerario programado, en un tono bastante amigable y relajado.

Llegaron a las seis de la tarde y pasaron a hacer el registro correspondiente para ocupar sus habitaciones, Mónica y Daniela hacían un equipo espectacular y todo iba de lo más fluido.

La Hacienda de San Miguel Regla, era un lugar realmente hermoso. Una amplia construcción antigua del siglo XVII reformada con todas las comodidades que la modernidad requiere sin perder ese toque colonial que lo caracterizaba, situado, por un lado, de un pequeño y pintoresco pueblo llamado Huasca, y por el otro, monte y naturaleza. Se encontraba rodeado de mucha vegetación y un gran lago con patos que hacían unas vistas muy bonitas del lugar. Contaba con piscina, gimnasio, *spa*, restaurante y un par de salas de conferencias.

Tenía una parte de habitaciones, tipo hotel, en una pequeña construcción y los demás alojamientos eran cabañas repartidas en toda la propiedad de manera independiente que contaban con chimenea, ya que el clima así lo requería.

—Ana, tenemos un problemilla —informó Daniela dirigiéndole una compungida mirada—. Ya tenemos a todos repartidos y solo queda la cabaña del fondo, junto al lago, y faltan dos personas por

ubicar... Andrés y tú. —Esto último lo dijo muy bajito y realmente muy apenada—. Aunque, bueno, es muy grande, y sobra espacio para los dos, y tiene dos pisos, y... no tiene puertas... Oh, Ana, de verdad, lo siento, no sé cómo puedo reubicar a la gente.

»Que no cunda el pánico «se dijo a sí misma, no iba a montarle un drama a la pobre chica, bastante se estaba castigando sola por su error. No tenía nada de malo, bueno, ella era adulta y ante todo estaba ahí para trabajar, no para dárseles de princesa, por lo que tenía que adaptarse a lo que había ,venían a integrarse¿ ,no?

—Tranquila, Dany. No pasa nada, me instalaré ahí... con Andrés. Dices que tiene dos pisos, no te agobies más. Pasemos a lo que sigue, confirma con el restaurante que la cena esté lista para las ocho de la noche, te veré allí.

En vista de que no había nadie que le ayudara con el equipaje, preguntó hacia dónde debía dirigirse y enfiló el camino por un sendero interminable de jardines y arcos de piedra. Menos mal que llevaba sus tenis.

Al final del lago, tras rodearlo un poco, llegó a la cabaña que le tocaba. Entró con su llave y vio que era muy espaciosa, tal y como le había dicho su compañera. En la parte de abajo había un salón con dos cómodos sillones y una televisión de plasma empotrada en la pared. En el otro lado, una gran chimenea y muchos troncos esperaban listos para ser usados. Al fondo y, sin ninguna puerta que lo ocultara, una habitación con una cama *king size* y otra chimenea.

En el lado izquierdo había unas escaleras, que, por supuesto subió de inmediato, ella quería un poco más de privacidad y por ser la más rápida en llegar se había ganado el derecho de elegir. La habitación de arriba era igual que la de abajo, con la única diferencia de que esta tenía baño, y por suerte ahí sí había puerta.

—¡¡¡¡Perlaaaaaa!!!! —Se asomó por la escalera poniendo los ojos en blanco—. Ya me dijeron que somos compañeros aquí también, así que ya puedes ir organizando la fiesta de pijamas. Oye, ya elegiste cuarto, tramposa, pensé que haríamos un sorteo o algo así.

—Te gané por llegar primero. A ver si así aprendes a llegar temprano donde debes. ¿Sabes?, solo hay un baño y está aquí arriba, así que me avisas cuando tengas que subir.

—De acuerdo. —Ana volvió a meterse en su habitación para deshacer la maleta, todavía seguía sonriendo cuando oyó otro grito.

—¡¡¡¡Perlaaaaaa!!!! Me quiero duchar.

A Ana la situación le pareció de lo más ridícula con tanto grito.

—¡Anda, sube en lo que termino con mis cosas! —contestó a grito pelado para no desentonar.

Siguió organizándose mientras Andrés ocupaba el baño y cuando giró para subir la maleta al armario se quedó de piedra, ahí estaba él en todo su esplendor, con una toalla blanca anudada a la cintura que contrastaba con el tono bronceado de su piel, el cabello húmedo y unas gotitas de agua resbalando aún por el pecho, ¡quién fuera gotita de agua!

—Perdón, que ya te veo venir, fiero, se me olvidó la ropa limpia abajo —dijo defendiéndose antes de que llegara el ataque.

—¡Ajá! Ahora soy fiero y no Perla —replicó haciendo un mohín de disgusto para disimular un poco la baba que todavía se le caía al ver a semejante hombre.

—Te dije que Perla era bonito, ¿ves?, ya te gusta. —Y con paso lento caminó junto a ella y le dedicó su sonrisa nueva, la segunda del día, que consistía en esbozar solo la mitad de esta.

Llegaron puntuales a la cena y también muy arreglados. Antes de que se abriera el *buffet* de la cena Andrés fue el encargado de decir unas palabras de bienvenida a todos haciendo ya uso de su futuro rango en la empresa.

Mientras este hablaba, Ana no podía dejar de admirar la soltura y la seguridad que emanaba, y también, por qué no decirlo, admiraba lo guapo que se veía con ese *look* casual que llevaba.

La cena duró casi tres horas, la variedad de platos mexicanos inundaba la barra de comida y la velada fue amenizada con música de marimba.

Antes de marcharse les recordaron que la cita era al día siguiente a las ocho de la mañana para empezar el día con una sesión de yoga en los jardines centrales.

Regresaron a paso tranquilo recorriendo la considerable distancia que los separaba de su cabaña. Una vez entraron, Ana le dedicó un tímido “buenas noches” y cuando estaba ya subiendo la escalera Andrés habló.

—Perla.... —Esta se giró y al mirarlo él titubeó inseguro. Pero recomponiéndose al instante terminó la frase—: Espero que no ronques.

Ana le dijo adiós con la mano y se fue a la cama. Le hubiera gustado quedarse un rato más con él para poder hablar un poco, evidentemente ya no le caía tan mal, de hecho, se sentía bien en su compañía, y tenía ganas de saber más de él. De repente ya no eran importantes para ella todos los malos momentos que le había hecho pasar cuando lo conoció.

Ana estaba lista desde muy temprano para dejarle cómodamente a su compañero la parte de arriba. Se disponía a trabajar en sus otros proyectos con su *laptop* en las manos cuando oyó el ruido de la puerta, se percató de que Andrés venía de hacer deporte.

—Buenos días, Perla. Salí a conocer un poco los alrededores. Fui corriendo hasta los Prismas Basálticos. Deberías acompañarme mañana, es un buen paisaje. —Al ver la computadora que llevaba en las manos le preguntó—: ¿Ya trabajando?

—Sí, no me queda otra, debo supervisar los demás trabajos que tengo aparte de Empresas Montero, aunque también quise dejarte tranquilo para que no tengas prisa en usar el baño. Además, no se me da bien eso de hacer deporte, pero te lo agradezco igualmente.

—Vaya, qué considerada. Y eso de hacer deporte será porque no has probado a ir conmigo, seguro te cambiaría la perspectiva en mi compañía —dijo un poco sobrado y haciendo gala de su típico humor.

—Mucha plática, date prisa y déjame trabajar un rato —reviró abriendo su computadora y bostezando.

Andrés le guiñó un ojo y se fue por su ropa limpia para regalarse un bien merecido regaderazo. Ana pensaba que era increíble que a este sujeto todo lo que llevara puesto le quedara de maravilla. Aun sudado, con los tenis y las piernas salpicadas de barro, se veía de revista el muy condenado. Qué envidia, ella recién levantada por decir tan solo una cosa, podía asustar con los pelos de loca con los que amanecía.

El inicio de la jornada transcurrió de manera animada y relajada. Todos los participantes aprovecharon la clase de yoga y después, de premio, disfrutaron de un delicioso desayuno.

La siguiente actividad era en el jardín que estaba junto a la piscina. Había un monitor especializado que coordinaba, por lo que todos, incluyendo a Ana y a Andrés, participaron.

A cada equipo le dieron material suficiente de tubos y lazos para formar una balsa. Debían de construirla entre todos y lograr una embarcación resistente, ya que al terminarla deberían elegir a algún miembro para que la montara y atravesara la piscina en ella sin hundirse. El primero en conseguirlo sería el ganador. Había mucha motivación porque habría premios reales de por medio.

Ana y Andrés estaban en el mismo equipo. Él era muy hábil para todos los menesteres manuales, por lo que rápidamente organizó a sus compañeros y empezaron la construcción. Al terminar todos quedaron muy satisfechos y solo faltaba elegir a la persona adecuada para la prueba

final en la piscina. Un chico de finanzas sugirió que Ana fuera la encargada porque pesaba menos que todos y tendrían más posibilidades. Esta al principio se negó argumentando que ella era empleada externa y le dejaba los honores a alguien de la empresa. La opción que más se acercaba era María, también de finanzas, que por lo menos pesaba diez kilos más que Ana, por lo que no le quedó más remedio que subirse a la dichosa balsa.

Ellos no eran los únicos que habían terminado, ya había varias balsas introduciéndose al agua, por lo que acelerando el paso entre todos metieron la suya y ayudaron a Ana a ubicarse en el punto exacto que creían que podría llegar al final del reto de manera exitosa.

La competencia estaba reñida, la Barbie recepcionista (que ese día supo que se llamaba Cristina) había tomado la delantera y tenía tres balsas más pisándole los talones. La embarcación se balanceaba demasiado debido al movimiento que los demás provocaban en el agua. Los gritos y los remos de los compañeros se oían entremezclándose unos con otros.

Faltaba poco para llegar cuando sintió un empujón que la hizo tambalearse, y a un metro escaso de la meta, su balsa se fue de lado y ella cayó al agua. En su caída se llevó sin querer la balsa de Cristina, quien enseguida pasó a hacerle compañía y al final los vencedores fueron otros.

Nadó hacia la escalerilla que tenía cerca y cuando estaba a punto de pisar tierra firme sintió cómo unos brazos la envolvían con una toalla, se giró para darle las gracias a aquella alma caritativa y cuando descubrió que era Andrés, su corazón se derritió un poco. Solo un poco.

—Perla, lo has hecho fenomenal, estamos muy orgullosos de ti. La finalidad sabes que se cumplió, trabajamos en equipo por un solo objetivo —le dijo guiñándole un ojo.

En ese momento se olvidó de todo, del concurso, de que estaba trabajando y también de que él era imbécil por deporte. Se dio unos momentos para sentirse complacida y cobijada, para sentirse especial para alguien, aunque solo fuera el consuelo de un compañero por un juego tonto. Sin muchas ganas se despegó de aquellos brazos y se fue con los demás de su equipo para chocar las manos y poder ir a darse un baño de agua caliente.



Llegó a tiempo para la conferencia de motivación que tenían programada. Resolvió algunos temas del menú que no estaban especificados y se reunió con Mónica y Daniela para verificar que todas las actividades de la tarde estuvieran preparadas.

Después de la carne asada al aire libre que habían degustado a la hora de la comida, tuvieron un descanso. Ella lo aprovechó para sentarse bajo la sombra de un árbol un poco apartada de la gente para comprobar su teléfono y contestar algunos mensajes de Whatsapp.

El primer mensaje era de su hermana. Le mandaba unas fotos de la última competencia de natación de los niños y un mensaje en donde le enviaba todo su cariño y le deseaba que lo estuviera pasando bien. En otro Lisa le decía que habían fijado fecha para la boda y sería pronto (dentro de dos meses) y que se preparara porque ella sería la dama de honor. Marcelo le mandaba unas bromas. Fabiola muchos besos con corazones y Lena un escueto mensaje en donde le decía que el siguiente lunes empezaba en su nuevo empleo. Les contestó rápidamente a todos y llamó a su madre para saludarla.

La actividad de la tarde fue en uno de los salones. También estaban divididos por equipos y se

suponía que los habían mezclado muy bien para no repetir compañeros y fomentar la convivencia. Casualmente en su equipo otra vez estaba Andrés.

Las muy diabras de Mónica y Daniela seguro tenían algo que ver, pues eran las encargadas de la organización.

Desde la hora de la piscina no lo había vuelto a ver de cerca. Lo divisó en la conferencia en la parte delantera de los asistentes y en la comida no lo ubicó, pues ella se dedicó a conversar con unos y con otros.

Estaban sentados en mesas grandes con muchas piezas de lego. Tenían que armar entre todos un edificio con ciertas especificaciones que les dieron al principio y para ello tenían media hora. Había gente de todo, los participativos, los sabelotodo, los apáticos, los apocados y ellos dos tratando de integrar a todos con mucha paciencia. Los resultados fueron en su mayoría de risa, hasta fotos hicieron algunos con sus teléfonos para enseñárselas a sus hijos, y que se rieran un rato del desastre que eran jugando al lego los adultos.

Volvieron a repartir más piezas y ahora también un manual donde explicaban paso a paso cómo debían construir el nuevo edificio, por supuesto los resultados de este último fueron muy satisfactorios para todos. Una vez más les demostraron la importancia del trabajo en equipo y los buenos resultados que daba seguir los pasos establecidos. Y con una última charla al respecto, donde Ana tuvo la voz cantante, les dieron tiempo libre hasta la hora de la cena.

Cuando llegó a la cabaña, cansada y harta de tenerla tan lejos, por cierto, Andrés ya estaba ahí. Iba vestido con unos *pants* grises y una camiseta blanca que marcaba todos los músculos que tenía, y cabía mencionar que muy bien trabajados. Estaba acostado en el sofá viendo un programa de televisión. La invitó a sentarse con él y le ofreció una Pepsi *light*. A ella no le gustaba mucho esa bebida, pero el plan era perfecto, necesitaba descansar un rato, últimamente su estado natural era el agotamiento.

No se dio cuenta a qué hora se quedó dormida, pero de repente abrió un ojo y se encontró con que estaba apoyada en el pecho de Andrés y este la tenía tomada de la cintura con una mano mientras dormía profundamente. Mientras se despertaba disfrutó del momento, se sentía más descansada, aunque también se sentía bastante cómoda entre sus brazos. Intentó incorporarse despacito para no despertarlo, sin embargo, sus intentos fracasaron, Andrés despertó y le dedicó su sonrisa número tres, solo para ella, una adormilada y tranquila.

—¡Vaya! Qué buena siesta, Perla, nos hacía falta. Pero se nos hace tarde —comentó mirando su reloj—. ¿Nos bañamos ya?

—¿Qué?!

—Que quién se baña primero, Perla, si no nos damos prisa no estaremos a tiempo y me temo que no estaría bien visto que los organizadores llegaran tarde.

—Sí, claro. Si no te importa voy yo primero y me puedo bajar a maquillar aquí para que vayas tú después.

Muy coordinados terminaron a tiempo. En el trayecto al restaurante, Ana iba agarrada del brazo de Andrés ya que este se lo había ofrecido como todo un caballero para evitar que se rompiera la cabeza o un tobillo con los tacones que llevaba.

En la cena todo fue de maravilla. La comida era deliciosa, esta vez fue de cuatro platos y había un DJ que estuvo tocando canciones tranquilas mientras degustaban las delicias de platillos mexicanos.

Cuando todos terminaron, los camareros acondicionaron rápidamente el lugar y el DJ cambió la música, bajaron la intensidad de la luz y empezaron a reflejarse por todos lados luces de colores

para dar un cambio a la noche y abrir el baile. Una pareja de animadores comenzó a marcar pasos según las canciones y todos se fueron animando, poco a poco, a moverse en grupo.

La velada no sería muy larga, pues querían que la gente se divirtiera, pero también que no acabaran de fiesta, ya que no era esa la finalidad. Por tal motivo solo se estuvo sirviendo vino, refrescos y cerveza para que todo acabara a las doce de la noche.

En algún momento, ya casi terminando, la música estaba en pleno apogeo. Casi todos habían bailado en grupo y sin querer tal vez, Ana y Andrés habían estado muy juntos toda la noche. A Ana le encantaba bailar y con tres o cuatro copas de vino encima se terminó de desinhibir para marcarse un baile muy *sexy* al ritmo de *Suavemente* de Nayer. Cuando terminó la canción se encontró con Mónica y Daniela quienes le dedicaron una sonrisita cómplice. Entonces cayó en la cuenta de que seguía trabajando y no en un bar con sus amigos.

Ana y Andrés muy amables, y en su papel de responsables y buenos anfitriones, despidieron a todos, verificando que efectivamente la fiesta hubiera terminado y cada uno se fuera a dormir. Cuando empezaron a caminar hacia la cabaña Andrés notó que Ana iba más despacio, seguramente los tacones le molestaban, por lo que, sin pensarlo, la tomó en brazos y reinició así el camino sin importarle las protestas de ella para que la bajara.

Protestaba entre dientes, pero la verdad era que ella iba feliz, y para ser honestos ya no podía dar ni un paso más con esos zapatos. Cuando llegaron a su destino la chica le agradeció el gesto. Andrés propuso abrir una botella de vino del minibar a lo cual Ana aceptó de buena gana.

Mientras Andrés se encargaba de encender la chimenea en la sala (ya que había bajado mucho la temperatura) Ana fue a cambiarse de ropa, por algo más cómodo y calentito, lo único que encontró fueron unos *pants* y una sudadera rosa, ya que con el pijama de pollos no bajaba ni loca.

Cuando regresó, Andrés ya se había cambiado, también se había puesto unos *pants*. La chimenea ya estaba encendida, la botella de vino sobre la mesita de centro junto a dos copas y el sofá estaba convertido en cama.

Andrés se encontraba en un extremo envuelto en una manta y a su lado había otra manta muy bien doblada esperándola. La situación le pareció un poco íntima para la relación que habían llevado hasta el momento, pero no le incomodó la idea y se sentó en su extremo envolviéndose con la manta.

Se tomaron la botella entre risas y comentarios de todo lo que había sucedido en el día, el chapuzón en la piscina y la cara de la Barbie cuando también cayó, las reacciones más destacadas de la gente en cada dinámica y los bailes de la noche.

Ana cada vez tenía más sueño, pero no se quería dormir, le gustaba mucho la compañía del hombre que había descubierto ese fin de semana. Era tan diferente a como se había comportado antes, que la tenía gratamente sorprendida. Era divertido, sencillo, muy humano, profesional, caballeroso y atento.

Por lo que se armó de valor y le preguntó algo más personal para conocerlo mejor.

—Andrés, tú no vivías en México ¿verdad?

—No —contestó de manera seca.

A pesar de su respuesta tan poco amistosa, y de que el semblante le hubiera cambiado, no desistió y siguió indagando.

—¿Dónde vivías entonces?, ¿tenías un empleo en otro país?

—Sí, estuve tres años viviendo en Berlín. Voy por más leña —respondió sin más.

Y con esa respuesta se levantó rápidamente a cumplir su misión. Fue a su cuarto a por más troncos que según él estaban mejor que los de fuera. Como tardaba, Ana se permitió cerrar por un

momento los ojos y ya no supo más.

Cuando Andrés regresó ella ya estaba dormida, realmente era lo que quería, se empezaban a poner muy personales las preguntas y eso lo incomodaba. Volvió a acostarse a su lado y la tapó bien con la manta. La miró dormir durante un largo rato, se veía muy bonita, bueno, se veía bonita de cualquier forma incluso hasta cuando estaba enojada. Nunca pensó que la incorporación a la empresa de su padre, que tanto le fastidiaba, le resultaría tan grata a su lado. Debía de andarse con cuidado, se estaba dejando llevar por sus impulsos. Incluso tuvo que contenerse cuando la llevaba en brazos hacía un rato, sus caras estaban demasiado cerca y se moría de ganas por robarle un beso.

Se había prometido a sí mismo no volver a mostrarse vulnerable ni abrir su corazón con nadie. El sufrimiento de perder a la persona que amas y ver deshechas todas las ilusiones y sueños dolía demasiado... ya no volvería a pasar por eso nunca más.

Y no veía a Ana con perfil de dejarse llevar por impulsos que no contuvieran sentimientos de por medio. Por lo que había podido intuir en el tiempo que la conocía, era una persona íntegra, leal, de valores, muy entregada y sincera. No quería problemas en el trabajo y menos con su padre después de todo el apoyo que había recibido de su familia cuando pasó lo que pasó, y menos quería hacerle daño a ella.

Ya se había levantado para irse a dormir a su cama, pero de repente volvió sobre sus pasos. Tenía las cosas muy claras, solo se permitiría descansar a su lado esta vez, total, no pasaba nada, solo era dormir. Se acurrucó junto a ella y se quedó dormido también. Esa noche soñó muchas cosas, y en todas ellas estaba Ana.



CAPÍTULO 9

Ya era domingo, los pajaritos cantaban, y vaya que cantaban, tanto que la habían despertado con tanto escándalo. Se encontró sola en el sofá cama. Había dormido muy bien, muy calentita, había soñado que alguien la abrazaba y era tal el olor y el calor de ese alguien que no quería despertarse.

Su teléfono le anunció que tenía un mensaje, estiró la mano para alcanzarlo y leyó:

»Buenos días, me levanté pronto. Arréglate tranquila que yo me hago cargo, nos vemos en el desayuno. Andrés«.

La mañana ya no le parecía tan bonita, había esperado verlo por ahí en cuanto despertó y pelear un rato por quién ocupaba en baño primero. Ella sabía que las preguntas personales de la noche anterior no le habían hecho gracia. Estaba apenada por ser tan curiosa, pero no pretendía incomodarlo, no entendía qué tenía de malo lo que había querido saber.

Después del desayuno, donde se sentaron separados, se fueron al jardín que estaba junto al lago para la última dinámica de grupo. Había unas lonas grandes extendidas en el césped, y, nuevamente divididos por equipos, tenían que darle la vuelta sin que ninguno de los miembros saliera de ella. Otra vez, casualmente, estaban ahí los dos compartiendo actividad, benditas niñas alcahuetas eran sus asistentes, y de nuevo entre tantas risas se esfumó el distanciamiento que habían tenido desde la noche anterior.

Esta vez su equipo fue el vencedor y todos muy contentos se abrazaban unos a otros felicitándose entre sí, también le tocó el turno de abrazarse con Andrés, gesto que les duró un poco más que con los demás.

Andrés se encargó de dirigir la última conferencia mientras ella finiquitaba cuentas con el hotel. Llegó hacia el final donde Andrés le pidió que se acercara a su lado para darle las gracias públicamente por el excelente trabajo y el éxito que había tenido la organización de ese fin de semana.

Dijo cosas muy bonitas de ella, haciéndola sonrojar por momentos. Daba reconocimiento a su esfuerzo, dedicación y agradecía mucho su colaboración en la empresa. La sala estalló en aplausos y le dio un beso en la mejilla acompañado de un breve abrazo. Le ayudó a entregar los premios y así dieron por finalizado el trabajo del fin de semana.

De regreso en los autobuses iban comentando todo lo acontecido, Ana no quería echar a perder el buen ambiente que tenían de nuevo, por lo que trató de charlar sobre temas neutrales y de trabajo. Al irse alejando de la hacienda sintió un poco de nostalgia, pues esos días que compartieron, fueron muy especiales para ella, había descubierto a un Andrés que le gustaba mucho, por dentro y por fuera. Era una pena que él pusiera barreras en cuanto a temas personales. Ana pensaba que seguramente le caía bien como compañera de trabajo, pero nada más, y ella ya llevaba muchos fracasos como para empeñarse en conseguir algo que no podría obtener y que seguramente le causaría más de lo mismo. Su pobre corazón estaba lleno de parches.

Antes de bajar del autobús, ya de vuelta en las oficinas, Andrés puso en su mano una bolsita de tela donde se notaba que tenía algo escondido. Cuando lo hizo sintió cómo sus dedos rozaban la palma de su mano y con ese simple contacto, sintió que todo el aire había abandonado su cuerpo.

—Toma, es una tontería, pero cuando lo vi en el pueblo hoy por la mañana pensé que podría

gustarte.

Lo único que le salió fue un sentido «gracias» en voz muy baja, de lo sorprendida y emocionada que estaba. Lo abrió con cuidado desatando correctamente el nudo y se encontró con una cadena muy fina de plata que tenía un colgante con una piedra de cuarzo color rosa de forma ovalada.

—Es precioso —dijo con sinceridad admirando su regalo.

—Si me permites te lo pongo y lo estrenas —respondió desplegando una de sus nuevas sonrisas recién descubiertas, y que solo le había regalado a ella, bueno, o eso quería creer.

Era ya tarde cuando llegó a la soledad de su departamento. Otra vez de vuelta a la realidad, de vuelta a todo...

Esa noche quería volverlo a ver. Quería pensar que aún estaba en la cabaña con ella, imaginar que estaba durmiendo en otra habitación cerca de la suya. Se dejó envolver por el sentimiento de bienestar que había experimentado con su cercanía. Cerró los ojos y quiso soñar con todo eso, total, soñar era gratis, y esos escasos días le habían dado para mucho.

Ese lunes había avisado que durante dos días no se presentaría en Santa Fe para aprovechar ese tiempo en sus oficinas de Polanco, y adelantar lo que pudiera el trabajo de los clientes que no fueran Empresas Montero. No eran tantos los proyectos, pero sí los suficientes como para estar entretenida con Mónica y Marco.

Esa misma mañana llamaron para extender el contrato de servicios de uno de los clientes y otro llamó para aceptar la propuesta de contratación de personal que le habían hecho meses atrás.

Ahora sí la vida no le daba para más. Los días solo tenían veinticuatro horas y eso no lo podía cambiar, solo contaba con dos colaboradores y la recepcionista compartida con el despacho contigo. Estaba metida en un lío, no podía rechazar a los clientes y tampoco podía desaparecer de Empresas Montero, tenía mucho trabajo por delante ahí todavía.

Pensó y pensó para tratar de encontrar una solución, y la única que obtuvo después de darle muchas vueltas fue pedirle ayuda a Alejandro por un par de meses.

Alejandro sabía perfectamente todo lo que se hacía en las consultorías y estaba al tanto de cómo realizarlo, imposible no estarlo, si él, en un principio había ayudado a montar la empresa con Ana.

Sin perder más tiempo y con la confianza que tenían, le mandó un mensaje:

»Hola, Alex, perdón por tenerte en el olvido, espero todo vaya bien. Necesito que hablemos de negocios¿. Te pasas por la oficina esta tarde y te espero con un mocaccino y pastel de zanahoria?»

ANA

ALEJANDRO

A Ana le faltaban todavía dos años para terminar la carrera de Administración de Empresas, pero necesitaba encontrar un trabajo para ir acumulando experiencia y ser un poco más independiente.

Le había comentado esas inquietudes a su querida hermana Sofía, la cual en ese tiempo trabajaba en una Casa de Bolsa. Tenía muchos amigos ahí y uno de ellos era Patricio, quien estaba buscando justamente una persona con su perfil para que fuera su apoyo en una pequeña

empresa de diseño y publicidad llamada Grupo Ámbar, que había montado con su socio Roberto.

Patricio estaba a cargo del trabajo administrativo del negocio, mientras que su socio hacía lo propio con todo lo operativo. Necesitaba alguien de absoluta confianza, ya que él estaba ausente todas las mañanas trabajando en el mundo financiero. Le hizo una entrevista de trabajo y en menos de treinta minutos ya estaba contratada, con un sueldo bastante aceptable y, lo mejor de todo, tiempo para continuar con sus estudios.

Patricio por entonces tenía treinta y cinco años, era delgado, piel bronceada, cabello corto, cuerpo de infarto, muy masculino, educado, simpático, inteligente, elegante y una gran persona. Roberto, el socio, era rubio, un poco pasado de peso, muy alto, vestía un look casual fachoso, corto de palabras, muy observador y muy creativo.

Al principio Ana ni se lo imaginaba, pero los dueños de Ámbar eran pareja desde hacía ya un tiempo. Ambos eran muy discretos, no era que lo escondieran, pero su vida privada la mantenían al margen de los negocios.

La empresa, aunque era pequeña, tenía varios contratos, esto en parte era porque la familia de Roberto era muy adinerada y tenían muchos contactos. Esto, sumado a las creaciones de este y la inteligencia de Patricio para llevar el negocio, les resultaba bastante rentable.

Ana aprendió con ellos mucho más que en toda su carrera. Se hacía cargo de mil cosas y lo llevaba todo al día. Era ya parte imprescindible del equipo y la relación con los dueños tanto en el trabajo, como en lo personal, no podría ser mejor.

Pasados unos años el crecimiento fue cada vez mayor y los clientes cada vez más importantes, por lo que había cosas que escapaban de sus manos y tuvieron que contratar a un abogado para que estuviera a cargo de la parte legal.

Una mañana se presentó Patricio en su oficina con un acompañante.

—Anita, te presento a Alejandro Rodríguez. Es el nuevo abogado que estará con nosotros a partir de hoy. Vendrá tres veces por semana a la oficina y va a colaborar directamente contigo y conmigo.

Ana se levantó de su asiento y rodeando la mesa le estrechó la mano y le dio la bienvenida. Intercambiaron algunas palabras de cortesía antes de que Patricio se lo llevara para presentarle a los demás empleados.

Alejandro era un hombre, tal vez, tres o cuatro años mayor que ella, atractivo, moreno, no era muy alto, pero sí muy varonil y con un cuerpo muy bien trabajado. Tenía una sonrisa y una mirada que le dieron a Ana la impresión de ser un hombre sincero.

Los días fueron pasando y Ana y Alejandro se fueron integrando en el trabajo a las mil maravillas, los dos muy comprometidos y responsables.

Patricio había dejado su otro trabajo, pero quien realmente llevaba las riendas de Ámbar era Ana, que ya con los estudios terminados tenía todo el tiempo para dedicar al negocio.

Lucía, su madre, le decía que daba de más en ese trabajo, que se olvidaba de que ella era solo una empleada como cualquier otra y que tarde o temprano se daría cuenta de eso.

No le importaban las largas jornadas de trabajo y cuando la presión lo requería también ella y Alejandro llegaban a participar en los montajes de la publicidad en las tiendas, los cuales se hacían de madrugada.

Pasaron un sinnúmero de situaciones, algunas divertidas y otras no tanto, como cuando uno de los choferes chocó el autobús de reparto y hubo varios heridos muy graves. El chofer de inmediato se vio envuelto en una situación muy delicada con las autoridades y solo con la ayuda de Alejandro y Ana, que incluso tuvo que pedir dinero a sus padres para la fianza, pudieron salir del problema,

ya que los dueños se encontraban de vacaciones en un crucero por el Caribe.

Ana manejaba todo el dinero de Ámbar, tenía tarjetas de crédito corporativas, pero a veces no era suficiente, por lo que en muchas ocasiones tuvo que hacer uso de las personales para solventar los gastos de emergencia.

Ana y Alejandro se hicieron grandes amigos, no solo disfrutaban del tiempo que compartían en el trabajo, también empezaron a verse con regularidad fuera de él.

Ana ya vivía sola y no tenía que dar miles de explicaciones cada vez que salía. Él iba de manera muy frecuente a su casa. Compartían cenas, películas, coqueteaban un poco y hasta se había quedado a dormir en el sofá alguna noche después de una buena fiesta.

Los dos se atraían, pero tuvieron que pasar un par de meses para que Alejandro se decidiera a expresar sus sentimientos, ya que en el fondo se sentía inseguro con respecto a lo que ella pensara de él. Ana lo aceptó encantada, le gustaba mucho, le caía muy bien y se sentía feliz a su lado.

Así empezaron una relación que duró varios años, y ella no se había equivocado con la primera impresión que le había dado, realmente era muy buen hombre, inteligente, sencillo y de buen corazón.

Alejandro vivía con su madre, tenía otro hermano, aunque vivía fuera del país. Su madre era una mujer muy independiente y se entregaba al cien por cien a su trabajo. Le quería mucho, pero no interfería en su vida, era divorciada del padre de este y tenía una relación muy cordial con Ana.

El padre era un encanto, tenía otra familia de hijos mayores que Alex y un negocio en el que le iba bastante bien. Era muy cercano a su hijo y con la novia, es decir, Ana. La colmaba de atenciones cada vez que se veían.

En casa de Ana casi todos estaban muy contentos de ver a esta tan feliz, casi, porque para no variar, Julio algún defecto le encontraba cada vez que lo veía. Con todo el mundo era la amabilidad personificada, pero al pobre de Alex se lo ponía difícil. A veces era complicado con sus padres, Lucía quería que formalizaran la relación, se casara y le diera nietos en breve, mientras que Julio le daba el sermón de que ella merecía algo mejor que Alejandro. Su hermana y su cuñado ya lo veían como de la familia, incluso hicieron varios viajes con ellos. Con sus amigos también se había integrado de maravilla, en especial con Luis y su recién estrenada novia, Lisa. En la oficina era de dominio público su relación y no tenían problemas con ello.

Un día decidieron irse a vivir juntos al departamento de Ana, tenían muchos planes para el futuro y este era el primer paso que habían decidido dar, ya verían después si acababan en boda, ya que para ninguno de los dos era tan importante en ese momento.

No pasaban juntos todo el tiempo ya que Alejandro tenía otro trabajo aparte de Ámbar, y de vez en cuando se pasaba por el negocio de su padre para ayudarlo un poco. Además, era un deportista de alto rendimiento, practicaba bici de montaña y triatlones de categoría Iron Man, actividades que no eran compatibles con Ana, pues ella era negada para el deporte y para levantarse temprano los fines de semana.

En Ámbar hubo una crisis financiera muy importante, de un día para otro. Su principal cliente canceló el contrato con ellos, y con los demás no era suficiente para solventar todos los gastos, había muchas deudas, incluyendo las tarjetas personales de Ana, y no alcanzaba para los sueldos, por lo que se tomó la difícil decisión de despedir a la mayoría de los empleados y entre ellos estaban Ana y Alex.

A Ana le dolió muchísimo salir de Ámbar, despedirse de sus compañeros y de sus jefes quienes, a pesar de todo, quería mucho. Quedó endeudada hasta las nubes y solo podía esperar que poco a

poco Patricio fuera pagando las deudas. De liquidación ni hablar, ya que por efectos prácticos años atrás había quedado como socia minoritaria y no le correspondía nada legalmente.

Había caído en una situación económica grave, no tenía trabajo, no podía pedir créditos y tampoco quería pedir nada a su familia. Alejandro apoyó a Ana en todo momento ya que él tenía más ingresos, siempre fue muy generoso y compartido con ella.

Empezaron a considerar un proyecto, un negocio de consultorías a empresas, donde ellos fueran los únicos socios.

Ana pasaba buena parte de su tiempo libre dándole forma a la idea, mientras él seguía con sus ocupaciones, pero cuando podía le echaba una mano.

Ana tenía más tiempo libre y entonces empezó a notar cosas raras, Alex cuando se ponía nervioso o estaba presionado tartamudeaba un poco, y en esas fechas lo hacía con regularidad. A veces se contradecía con explicaciones simples de dónde pasaba el tiempo y detalles por el estilo. Pero su relación iba de lo mejor en todos los aspectos, o eso es lo que creía ella.

Abrieron la empresa de consultorías y el primer cliente fue el padre de Alejandro, y así siguieron varias intervenciones en algunas otras pequeñas empresas. Los fines de semana coincidían solo por las noches ya que Alex entrenaba o competía. Él sabía que Ana no lo acompañaría, lo tenía asumido, aunque en el fondo le hubiera gustado que fuera diferente.

Un miércoles Ana estaba de mal humor porque no podía acceder a la cuenta de cheques de la empresa desde su ordenador como lo hacía regularmente. Habló con el banco y estuvo cuarenta minutos al teléfono interactuando con un contestador inútil que no resolvió su problema. Fue a la sucursal que le quedaba más cerca y ahí le dijeron que tendría que ir con su contable a la colonia Condesa.

Furiosa, se dirigió donde le habían dicho, Alejandro había sido el encargado de ese trámite en su momento ya que le quedaba a una manzana de su oficina. Buscó el nombre del ejecutivo, Vanesa Cordero. Se acercó a un mostrador donde un joven muy amable le preguntó en qué podía ayudarle.

—Busco a la señorita Vanesa Cordero, mi empresa es cliente suyo y necesito que me ayude con una nueva clave para mis operaciones en línea.

El amable joven le pidió que le enseñara la documentación, ya que Vanesa al ser la subgerente estaba siempre muy ocupada y no quería mandarle a un cliente que no fuera importante. Vio la razón social de los documentos y sonrió, tomó el teléfono y marco una extensión.

—Vanesa, está aquí la socia de tu novio, tiene un problema con unas claves —guardó silencio escuchando—, enseguida le digo que pase. —Y colgó.

A Ana toda la furia que llevaba se le desvaneció de golpe, de hecho, casi ella misma se desvaneció de la impresión. No podía ser posible, tenía que haber algún malentendido, apenas escuchó las indicaciones del joven para llegar a la oficina de la tal Vanesa.

Ni siquiera recordaba si le dio las gracias o no, tampoco recordaba el tiempo que le tomó atravesar la sucursal, solo veía la imagen sonriente de Vanesa levantándose de su escritorio para estrecharla en un abrazo. Esa imagen se le quedaría grabada. Vanesa era una mujer guapa, con un cuerpo realmente escultural, teñida de rubio con mechas doradas y muy bien arreglada.

—¿Anita? —le preguntó muy ilusionada la subgerente.

—Sí, soy Ana de la Parra, venía a solicitar una nueva clave para...

Vanesa no la dejó terminar. Tomándola del brazo la llevó a un sillón de dos plazas donde se sentó a su lado. Alargó la mano hacia el minibar que tenía a su derecha y le ofreció una botella de agua.

—Toma, el calor es tremendo —dijo con su sonrisa de ortodoncia cara—. Tenía tantas ganas de conocerte, Alex me habla mucho de ti, dice que además de su socia, amiga y compañera de departamento, eres una hermana para él. ¡No sabes lo que te quiere!

—Me lo imagino bien —respondió Ana irónicamente bebiendo de su botella de agua y aguantando como pudo las ganas de llorar.

—Ya sabes lo ocupado que está siempre y lo celoso que es de su intimidad, pero no creas, yo le he insistido mucho para vernos contigo y mira, aunque sea por cuestiones de trabajo aquí te tengo.

—Pues sí. Lo siento, pero tengo mucha prisa, ¿podrías ayudarme con lo de la cuenta, por favor?

Vanessa hizo rápidamente el trámite que Ana necesitaba y se despidieron a toda prisa cuando Ana se dio cuenta de que no le había echado suficientes monedas al parquímetro y no quería llevarse una multa.

Cuando salió del banco, a Ana le pesaban hasta las pestañas, tenía una opresión en el pecho tan fuerte que hasta le costaba respirar. Llegó a su coche como pudo y centrándose un poco fue conduciendo muy despacio hasta su departamento. Solo cuando se vio en la tranquilidad de su casa se permitió derramar un millón de lágrimas. Todo el dolor y la frustración que la inundaba, se sentía tan estúpida... años de compartir una relación y un proyecto de vida se acababan de ir por el desagüe. Sus sueños se habían convertido en nada y su autoestima estaba por los suelos.

No había querido aclarar con Vanessa su relación con Alejandro, no por cobardía, sino por un poco de amor propio. No se veía capaz de no desmoronarse ahí mismo delante de ella y hacer el ridículo de su vida.

Llevaba llorando mucho tiempo y cada vez se sentía peor, ya era hasta físico su malestar. Sabía que ese día Alejandro llegaría cerca de las diez de la noche porque había quedado con su padre para ver unas cuentas nuevas del negocio.

Ya se estaba asustando, la ansiedad la estaba desbordando y decidió pedir ayuda. No lo pensó demasiado, sabía que si llamaba a Lena esta la alteraría más porque se enojaría mucho con él. Ella necesitaba a alguien que la tranquilizara un poco y le diera un poco de fuerza para lo que tenía que enfrentar esa misma noche con Alejandro, y no podían ser más que Luis y Lisa.

Después de haber llamado a Luis, tan solo pasaron veinte minutos cuando la pareja ya estaba tocando al timbre de su departamento. Su amigo era tan leal e incondicional que no le extrañó que llegara en tiempo récord. Lisa se había convertido ya en la versión femenina de él mismo en su relación con ella.

Al principio solo la abrazaron, se sentaron con ella y esperaron a que se calmara al sentir aquel apoyo. Ana poco a poco se fue recomponiendo hasta conseguir contarles lo que le había sucedido. Ellos le preguntaron si ya había hablado con Alex y ella lo negó, pero les dijo que después de lo sucedido había atado cabos sobre muchas situaciones y no le quedaba duda que era cierto. Le aconsejaron y no se marcharon hasta que estuvo mejor, ya un poco más ligera al haber compartido su pena.

Se dio un baño y esperó en el comedor hasta la hora que Alex abrió la puerta.

—Hola, mi princesa, ¿qué haces aquí? Te hacía acostada —saludó de manera distraída mientras le daba un beso en la cabeza.

Fue a dejar sus cosas, pero se volvió de inmediato y muy extrañado al ver que ella no respondía. La miró y cuando vio sus ojos rojos y la expresión de tristeza, se alarmó. Poniéndose de cuclillas ante ella le preguntó qué había sucedido.

—Tuve un problema con la cuenta de cheques y tuve que ir al banco. Me atendió Vanesa, nuestra ejecutiva de cuenta —contestó con una voz carente de emoción.

En ese momento Alejandro sintió como si se le cayera una losa muy pesada encima. Cerró los párpados con infinito pesar, se le humedecieron los ojos y empezó a tartamudear al tratar de explicarse. Se sentó en la silla que estaba junto a la de ella, intentó tomarle la mano, pero Ana, como era lógico, la rechazó y le preguntó:

—¿Solo dime por qué? ¿Por qué no eras feliz? ¿Por qué no soy suficiente para llenar tu vida? ¿Por qué te dio lástima dejarme?

—Sé que suena a frase típica de película, sin embargo, no es lo que parece, de verdad, esta chica lo malinterpretó todo, la conocí durante los trámites y una cosa llevó a la otra. Yo no me involucré emocionalmente, te lo juro, tú eres lo que más amo en la vida. Eres mi pareja, mi mejor amiga, mi otra mitad. He cometido errores, pero te aseguro que solo fue algo físico, la dueña de mi vida eres tú, hoy y hasta el día que me muera.

—Tal vez tenga cara de estúpida, cada día me lo creo más, después de todo lo que me ha tocado en la vida con los hombres, pero sabes, no creo merecerlo. Entre tú y yo ha habido más que amistad, más que amor, más que pasión, por eso me duele el doble. No me insultes queriendo justificar algo que sabes que no puedes. Ahórrame la humillación de seguir teniendo que aguantar tu presencia y no me des detalles de tu relación con ella. Por favor, recoge tus cosas y vete. Hoy y mañana dormiré en otro sitio, cuando vuelva no quiero ver nada tuyo en mi casa.

Dicho esto, se levantó, tomó su bolsa, sus llaves, y sin mirar atrás salió cerrando la puerta suavemente tras de sí, cerrando su corazón con llave, despidiéndose en silencio del que creía había sido el amor de su vida y también despidiéndose de sus ilusiones.

Esa noche la pasó en casa de Luis, se permitió terminar de llorarle a su amor todo lo que quiso hasta que el sueño la venció. La mañana siguiente sería un nuevo día y tendría que aprender a reinventarse poco a poco... sola.

Fue un proceso difícil el perdonarse un nuevo fracaso y perdonarlo a él. Era buen hombre a pesar de todo, un golfo, pero qué se iba a hacer. A una distancia prudencial se mantuvo siempre pendiente de ella. Siguió con la empresa de consultorías y él apoyaba todos los proyectos por intermediación de Mónica, la asistente, trabajaba todo lo que podía y las ganancias económicas eran íntegras para Ana.

Poco a poco fue dejando todo en manos de Ana cuando la empresa ya estaba bien conformada y tenían cierta solvencia. Pasaron muchos meses para que se pudieran plantear una relación de nuevo, pero ahora era de amigos y nada más. Alejandro seguía su relación con Vanesa, aunque ahora le contaba a Ana los deslices que tenía por todas partes. Genio y figura...

Hacía poco tiempo que se había casado con Vanesa, todos fueron invitados a la boda, incluyendo la familia y amigos de Ana y los dueños de Ámbar.

No quiso ser una de las damas de honor, habría ido en contra de sus valores morales haberlo hecho. El único momento delicado fue cuando al felicitar a Alejandro fuera de la iglesia, le dio un abrazo y él le tomó la mano, la puso en su propio corazón y le dijo:

—Aquí estarás para siempre, ocupándolo todo. Lo sabes ¿verdad?

Ella no le contestó, lo volvió a abrazar y limpiándose una lagrimita traicionera, se retiró para dar paso a su hermana que con lágrimas descaradas le deseaba que fuera muy feliz.

Fue una boda por todo lo alto. Ana ya tenía puesta su coraza y disfrutó de la fiesta. Desde que terminó su relación con Alejandro, fiel a sus principios, no tuvo nunca más ningún acercamiento íntimo que pudiera poner en duda que ella sí respetaba a la actual pareja de él.

En la boda, su hermana le decía que ella era la que tenía que estar ahí casándose con Alex, hasta Julio al final reconoció que le había tomado cariño. La pobre Lucía, otra vez, veía pasar de largo la ilusión de casar a su pequeña, y como a veces le pasaba, el filtro cerebro-boca estaba averiado de nuevo por la emoción del momento y le dijo:

—Hija, tú los enamoras y terminan casándose con otra, tendrás que ver qué está fallando ahí, mi niña, para que cambie el resultado final, si no, de verdad que te nos quedas para vestir santos.

Ana nunca habló con Alejandro de su relación con Vanesa, por eso nunca supo si Alex le habría contado a su recién estrenada esposa la verdadera historia que los había unido.

Él solo le decía que Vanesa tenía claro que no podía interferir en su amistad con ella, que para él era tan importante como un miembro más de su familia.

La deuda de Ámbar hacia Ana había quedado liquidada y con Patricio solo la unía una amistad que muy esporádicamente podían disfrutar. Había cerrado la empresa definitivamente y vivía ya con una persona que no era Roberto.



Había finiquitado ese capítulo doloroso en su vida, no lo había olvidado, solo lo tenía muy bien encerrado con sus respectivos candados para que no se escaparan sentimientos dañinos.

Siempre la uniría a Alex un cariño enorme, le deseaba lo mejor con la familia que acababa de formar con su esposa y sabía que podía contar con él como amigo cuando lo necesitara.

Por eso aquella tarde se atrevió a pedirle ayudara durante un par de meses con los proyectos pendientes apoyando a Mónica y a Marco.

Alejandro, como era de esperar, le brindó su ayuda incondicional y desinteresada diciéndole que no se preocupara con eso, que contaba con él.



CAPÍTULO 10

Cuando se reincorporó a Empresas Montero, recibió un discreto arreglo floral de parte del jefe con una nota muy sobria en la que le agradecía el excelente trabajo realizado con la integración de los empleados del fin de semana, y sumado al buen ambiente que reinaba en su oficina con Andrés, se sintió mucho más motivada que nunca.

El trabajo fluía y los encargos que tenían se iban resolviendo satisfactoriamente. Poco a poco la relación con el protagonista de sus sueños se iba estrechando. Salían a comer juntos con regularidad y en un par de ocasiones, en las que habían terminado muy tarde en el trabajo, Andrés le había propuesto dejar su coche en la empresa y llevarla a su casa.

Había algo de discreto coqueteo por parte de ambos, pero ninguno se atrevía a traspasar la línea. Una mano distraída en la cintura cuando iban por la calle, los besos de despedida en la mejilla que duraban más de lo indispensable, sonrisas francas, guiños de ojos y sus cuerpos demasiado cercanos cuando estaban revisando algo en la misma computadora.

Y así, casi sin darse cuenta, un día que Andrés no apareció a la hora acostumbrada, se empezó a inquietar. No podía concentrarse en lo que estaba haciendo y constantemente miraba el reloj y la puerta de manera alternativa.

Daniela, que era discreta pero no tonta, al ver la ansiedad de su jefa, le comentó de manera despreocupada que había escuchado que Andrés tenía cita con el dentista esa misma mañana.

De golpe le cayó la realidad encima ¡Lo echaba de menos! ¡Pedazo de tonta! ¿Qué había pasado con aquel blindaje a prueba de flechas de Cupido que se había fabricado?

Tendría que meditarlo todo muy bien y darse una buena tunda por débil. Pero es que era tan difícil... era verlo, olerlo, sentirlo cerca y todos sus sentidos quedaban anulados, hasta el sentido de la supervivencia emocional.

Trató de concentrarse, seguro que no tardaba demasiado en regresar de su cita con el dentista. Y de pronto se acordó de algo relacionado con la palabra dentista...

LA CITA

A Ana si algo le ponía de mal humor era que trataran de emparejarla. Tras su último fracaso sentimental todo el mundo se vio en la obligación de conseguirle el amor. Por un lado, pensaba que era un gesto muy bonito que todos se preocuparan por ella, pero, por otro, le fastidiaba sobremanera que se metieran en su vida constantemente, que sí, ya pasaba los treinta y cinco, sin embargo, no estaba tan necesitada como todo el mundo creía. A ella le daba mucha flojera tener que arreglarse y fingir ser simpática con alguien que no conocía.

Le habían arreglado varias citas con diferentes personajes de lo más peculiares, unos con su permiso, aunque muy a regañadientes, y otros que la habían tomado desprevenida. Pero el peor de todos, y que se había llevado el premio a la más nefasta, fue la que le organizó su dulce amiga Faby.



Fabiola hacía tiempo que, cuando hablaban, siempre sacaba el tema de un amigo de la infancia de su marido Eduardo. Decía maravillas de él: que era guapísimo, muy simpático, muy de todo. El amigo en cuestión era dentista, soltero, de cuarenta años y tenía un consultorio muy elegante en Interlomas, el barrio más elegante de la ciudad. Por un momento a Faby le cruzó la idea de que se conocieran en la consulta de este, pero luego recapacitó y dedujo que no era muy glamuroso que la primera impresión que tuviera de Ana fuera de sus empastes.

Después de innumerables ruegos y chantajes emocionales (que realmente eran los que funcionaban con Ana por tener corazón blando), Faby consiguió concretar la tan ansiada cita a ciegas el día del cumpleaños de su marido.

La casa de Faby y Eduardo estaba ubicada en una zona boscosa dentro de la ciudad. Tenía varios pisos y la celebración tendría lugar en la terraza que daba directa al jardín. Ana, que ya sabía que las temperaturas ahí de noche bajaban mucho, iba vestida como para ir al polo norte. Se había esmerado lo básico para arreglarse, e iba tan tapada que todo su potencial lo dejaba para la imaginación. No estaba para nada entusiasmada con la idea de conocer a alguien, realmente había accedido por no fallar a sus amigos y acompañarlos en el festejo que tanta ilusión sabía que les hacía.

Fue una cena informal para cincuenta personas. Había un DJ con karaoke incluido para los valientes y una barra libre que bien podría haber servido para una discoteca entera.

Ya había pasado la cena y ella estaba feliz porque su cita no había aparecido, estaba de lo más tranquila hablando con unos conocidos de los anfitriones cuando vio a su amiga dirigirse a ella muy sonriente del brazo de un desconocido. Echó un rápido vistazo al sujeto en cuestión. Lo primero que llamó su atención fue que era muy bajito, podría jurar que no llegaba al metro y medio de altura. Después se fijó en su andar y su postura, estaba tan rígido el pobre, que parecía que llevaba metido un palo de escoba en... la espalda (pensó muy educada), su expresión facial era dura y sobrada, el pelo lo traía relamido con al menos medio kilo de gel, ojos claros y rasgos de niño. Mentalmente se reprendió por ser tan superficial y fijarse en esos detalles, pero es que era inevitable no hacerlo con semejante personaje. Cuando fueron presentados ratificó con pesar que era el dentista, su cita. La noche ya no se presentaba tan agradable.

Después de quince minutos de charla forzada con Isaac (así se llamaba el doctor) comprobó que era tan rancio por dentro como lo era por fuera, era un auténtico sabelotodo. Tuvo que echar mano de tres chupitos de tequila para aguantar el rato, no quería ser grosera y dejarlo ahí plantado sin más, por consideración a Faby. Pero cuando le preguntó por sus empastes, le recomendó una limpieza dental en profundidad y le dio su tarjeta con los datos del consultorio, Ana se sintió muy ofendida, ella era muy cuidadosa con su higiene y le había dado a entender lo contrario. Su escasa paciencia llegó al límite con aquel tapón de piscina. Se levantó de la silla y se dirigió al centro de la pista con la excusa de que la canción que sonaba le encantaba y quería cantar, ¡cantar ella! ¡Si lo hacía de pena! Sin embargo, fue lo único que se le ocurrió.

Cuando llegó, la canción terminó y empezaron los acordes de una nueva, no podría haber sido peor, era Detrás de mi ventana de Yuri, una canción de mujer ardida y despechada, y para remate del ridículo de la noche, junto a ella apareció un tipo bastante pasado de copas con otro micrófono en la mano, dispuesto a hacer un dueto con ella.

Empezaron a cantar y su compañero de melodía cada vez que abría la boca la salpicaba con sus babas. Ana ya no sabía si reír o llorar de la vergüenza, pero muy valiente aceptó su destino y cantó:

*“Ya me cansé, que no me acaricies ni con la mirada
De ser en tu cama una tercera almohada
De ver que el futuro se va haciendo flaco
Y saber que la vida no es más que un rato
Y sentirme mujer porque lavo los platos”
(...)*

*Detrás de mi ventana
Veo pasar la mañana en la espera de la noche,
me destapo el escote
Para que este te provoque tu fallida ansiedad”*

Terminó la canción todo lo digna que pudo y se dirigió a la barra por otra bebida mientras seguía escuchando la ovación del público por aquella interpretación.

Salió al jardín a recomponer un poco su orgullo, aunque se le fueran a congelar hasta las ideas, cuando su amiga apareció junto a ella.

—Estuviste genial, amiguita, ¿qué haces aquí tan solita?

—Esperando que todos se olviden un poco de mi ridículo para poder despedirme lo más dignamente posible.

—¡Bah! No seas exagerada. Pensé que estarías con Isaac disfrutando de la velada.

*—Te voy a decir algo y, espero no te ofendas, ¡pero esta me la pagas! Qué tipo más desagradable ¡Por Dios!, será un encanto con ustedes, pero a mí me pareció feo, prepotente, irritante y majadero, ¡¿te puedes creer que me dijo directamente que necesitaba con urgencia una limpieza dental?!
—Qué pena, de verdad que pensé que sería una buena idea presentártelo, te pido disculpas*

—respondió muy apenada.

—No pasa nada, no te agobies, pero tengo que decirte que tus cualidades como celestina dejan mucho que desear. Así que promete que no me vas a buscar novio nunca más ¡Promételo!

*—Te lo prometo. —Y con un abrazo lleno de cariño Ana se despidió de su amiga.
Dio por terminada la fiesta y puso punto final a las aventuras de las citas a ciegas.*



Antes de la hora de la comida apareció Andrés en la oficina.

—Hola, Perla. Siento no haberte comentado que estaría ausente, tuve que ir hasta Interlomas al dentista —comentó apenas llegó.

—Oh, no hubo nada relevante, pero dime ¿todo bien?

—Sí perfecto. ¿Qué te parece si te invito a comer y me cuentas de qué me perdí?

Como tenían mucho trabajo adelantado y ya era viernes, se pudieron permitir ir a comer y no regresar por la tarde a la oficina. Fueron al centro comercial que quedaba muy cerca de la empresa y comieron en un restaurante italiano muy coqueto y de ambiente muy acogedor llamado La Stufa.

Compartieron la entrada con una copa de vino y cuando habían terminado el plato principal y

esperaban el café, Ana le preguntó por su cita con el dentista. Para su tranquilidad la dentista de Andrés se llamaba Adela y atendía a toda la familia desde siempre. Fue entonces cuando a Ana le entró la risa tonta y le empezó a contar toda la historia de su cita a ciegas con un dentista de Interlomas.

Hacía mucho tiempo que ninguno de los dos se reía tanto. En su momento a Ana no le pareció chistoso todo aquello, pero pasado el tiempo, para ser sinceros, la anécdota era de lo más graciosa.

—¡Para! Deja de burlarte de mí —regañó entre risas.

—Ay, Perla. Es que te imagino en la situación y no puedo para de reír —se justificó todavía aguantando la carcajada—. ¿Tienes más anécdotas? Porque ahora mismo ya le agarré el gusto a tus aventuras.

—Pues tan memorables como esa no, así que no te emociones, porque la mayoría de las que te podría contar no creo que te hicieran tanta gracia. Más bien son tristes.

A los dos ese comentario les cortó el ambiente relajado. Ana, después de que hubiera terminado de decir aquello, se lamentó, sabía que con Andrés las cosas no deberían ser tan personales porque de inmediato cambiaba el chip.

Andrés no supo manejar aquella espontánea confesión y lo único que atinó a decir fue si quería algo más o pedían la cuenta, misma que se encargó de pagar aun con las protestas de ella. No quiso ser tan tajante, pero sin pensar se había puesto a la defensiva.

Ana ya se había colado demasiado en su vida y en sus sentimientos. Quería llevarlo todo por encima. No quería involucrarse todavía más, aunque en el fondo, bien sabía que esa situación estaba agarrada con un hilo muy fino y corrían peligro de romperse en cualquier momento.

Iban caminando en silencio por los pasillos del centro comercial y de reojo Andrés pudo ver la expresión seria de Ana. Su conciencia se removió por haberla hecho sentir mal después de la tarde tan agradable que habían compartido. La tomó de la cintura con una mano y la sacó con este gesto de su silencio preguntándole de manera muy dulce si le gustaría que la invitara al cine.

—Aquí mismo lo tenemos, en el tercer piso, así le sacamos más jugo a la escapada y aprovechamos toda la tarde. Tengo ganas de ver la nueva de *Jurassic World*.

Ana al ver esa expresión de cachorro arrepentido se le ablandó el corazón. Tras contemplar su oscura y penetrante mirada, desplegó su mejor sonrisa y aceptó seguir pasando la tarde en su compañía.

—Está bien, pero yo te invito al cine y a un helado que se me antojó.

Compraron las entradas y se sentaron en un sillón que encontraron desocupado en la entrada de las salas, era un espacio pequeño, pero era el único disponible, así que estaban más que cercanos.

—Así que de taro... no conocía ese sabor de helado, Perla, eres una caja de sorpresas, yo te imaginaba pidiendo uno de frutos rojos.

—Ja, ja, ja, ese también me gusta, pero este tiene un sabor especial.

—¿Y a qué sabe el taro? Señorita especial.

—No podría compararlo ahora mismo con nada, pero toma, prueba y dímelo tú.

Le ofreció su cuchara de manera espontánea con una porción, y la acercó a su boca sin poder remediar deleitarse con aquellos labios que degustaban el helado. Una vez recuperada su cuchara y en espera del veredicto, se acordó de una parte de uno de sus libros favoritos.

En esa historia, un hombre enamorado le había pedido a la chica que le gustaba, que le permitiera beber de su copa para saber cómo sería probarla a ella, ya que estaban delante de sus padres y no podían tener un comportamiento impropio. Cuando lo hizo le dijo en un susurro que

ese había sido su primer beso, el primero de toda una vida compartida llena de amor. ¡Qué romántica historia! Qué comparación tan hermosa, qué triste que ella no fuera protagonista de una de esas novelas y que su vida sentimental fuera nula.

Andrés, ajeno a todos los pensamientos cursis y empalagosos que cruzaban por la mente de Ana, saboreó la porción que le había ofrecido y dijo:

—Tienes razón, es delicioso y especial... como tú.

Casi se le atraganta el bocado con aquellas palabras, estuvo a punto de perder la oportunidad de disfrutar de su beso con la cuchara, pero acertadamente cerró los ojos y pudo deleitarse con el primer beso imaginario con el hombre de sus fantasías sin contestar a su comentario.

A los pocos minutos entraron en la sala y se acomodaron en los asientos asignados. Ana había accedido, de buena gana, a que él eligiera la película porque lo veía muy entusiasmado con el tema de los dinosaurios, pero lo que ya no le gustó tanto fue que quisiera verla en 3D. Ni hablar, después de algunos cortos y muchos anuncios, se colocó las gafas y comenzó la función.

Andrés estaba encantado de la vida disfrutando de las persecuciones y los sanguinarios protagonistas llenos de dientes afilados, que sin piedad atacaban a todo lo que se movía. Ana pegó más de un brinco por el susto de tener a los animalejos virtualmente encima de ella. Tratando de encontrarle el gusto y recreándose con la visión de ver a Andrés totalmente relajado y disfrutando como niño, pasó la película más rápido de lo que hubiera imaginado.

Cuando salieron eran ya pasadas las ocho, y a Andrés le pareció que la noche era joven aún. Estaba disfrutando como ya ni se acordaba. Se sentía motivado, ligero, y con ganas de seguir en compañía de Ana, tenía que buscar un pretexto para retenerla un poco más a su lado y se acordó de que en ese momento estaban retransmitiendo la final de fútbol de la Champions. Con un poco de temor de ser rechazado le propuso ir a La Terraza, un lugar en ese mismo centro comercial donde solo había restaurantes y buen ambiente.

No le costó mucho convencerla para que lo acompañara. Se decidieron por un lugar que tenía pantallas con la transmisión del partido y en el que había mucha gente, y muy animada, se llamaba La Cervecería. Pidieron algo de picar y bebida de la casa. El partido estaba tan interesante que hasta Ana estaba que se subía por las paredes de los nervios. Y así entre fueras de juegos, tarjetas amarillas, árbitros miopes y varios goles, se tomaron tres cervezas más cada uno y dos tequilas. Cuando terminó el partido decidieron celebrar ahí mismo que su equipo había salido victorioso, hasta que les dieron las dos de la mañana.

Habían dejado el coche de Ana en la empresa, pero ninguno de los dos estaba en las mejores condiciones para conducir. Con mucha precaución y sabiendo que estaban a tan solo cinco minutos de la oficina, se dirigieron allí para dejar también el coche de Andrés y pedir un taxi para que los llevara a sus casas.

Andrés no quiso que Ana se fuera sola, por lo que decidió que tomaran un taxi compartido. En el camino Andrés cerró los ojos por un momento y se quedó dormido, no iba tan borracho, pero estaba muy cansado de toda la actividad de la semana en el trabajo, el ejercicio que hacía diariamente en el gimnasio y las noches de desvelo que sufría por aquel maldito insomnio que no lo dejaba pegar ojo hasta las tantas de la madrugada todos los días.

En el momento en que llegaron a la puerta del edificio de Ana, lo despertó y cuando abrió los ojos lo vio tan agotado que no lo pensó dos veces, pagó la carrera al taxista y le ofreció a su compañero el sofá para que pasara la noche.

Estaba tan cansado que aceptó la invitación de Ana, pero no solo lo había hecho por esa razón, había surgido de su interior una necesidad de no separarse de ella todavía. Mientras subían por el

ascensor ambos sin saberlo se repetían mentalmente «solo por hoy».

Una vez entraron, Ana dispuso rápidamente todo lo necesario para acomodar a su invitado en el sofá. Sacó sábanas limpias, dos mantas y una almohada. Y le dijo antes de irse a su habitación:

—Espero no estés muy incómodo, el baño está al fondo del pasillo. La cocina es esa de ahí y bueno... Que descanses. Buenas noches.

Cuando iba a darse la vuelta para irse Andrés la tomó suavemente del brazo y la hizo que se girara de nuevo para poder mirarle a los ojos.

—Gracias, Perla. Gracias por una tarde maravillosa. —Mientras lo decía, la miró con una intensidad desmedida. Tan solo unos cuantos segundos bastaron para que se armara de valor y se atreviera a hacer algo que desde hacía muchos días deseaba más que respirar... besarla.

Ana, al principio, se quedó totalmente descolocada, tal vez fue el efecto del alcohol o de ese olor tan suyo que le había inundado durante todo el día, pero mandó a la razón a dormir y se permitió entregarse como nunca a aquel beso. ¡Y menudo beso! Jamás en su vida se había sentido así. Todo su cuerpo reaccionó al instante, todos sus sentidos estaban involucrados. Fue algo tan tierno, tan dulce y a la vez tan primario que no supo lo que duró, aunque sin duda tenía la certeza de haberlo disfrutado no solo con el cuerpo sino también con el alma.

Cuando lograron separarse solo se dedicaron una breve mirada y cada cual, en silencio, se fueron a acostar.

Los dos pensaban que les iba a costar trabajo conciliar el sueño después de enfrentar a aquel tsunami de sensaciones que los inundaba, pero para sorpresa de ambos, apenas pusieron la cabeza en la almohada y durmieron como bebés.



CAPÍTULO 11

Los dos aún dormían, cada cual, en sus respectivas camas, cuando a las diez en punto sonó el timbre de la puerta.

Ana escuchaba a lo lejos, pero los párpados le pesaban demasiado, pensó que seguramente sería Margarita y traía sus propias llaves. Se volvió a acomodar para seguir con aquello que estaba soñando, mmm... ¿De qué iba?, ¡ah sí!, Andrés la abrazaba y le repartía millones de besos... ¡¡ANDRÉS!! Se acordó de repente que estaba durmiendo en el salón. Abrió los ojos de golpe y se levantó como un resorte de la cama. Trató de peinarse un poco con los dedos para no asustarlo con sus pelos y salió en su búsqueda.

Lo encontró ya despierto en el sofá tapado con las mantas y hablando cómodamente con su ayudante doméstica. Cuando la vieron, Margarita la saludó y él la miró de arriba abajo regalándole una sonrisa ¿burlona?, cuando lo escuchó decir solo un par de palabras:

—¿Vacas, Perla?

—¿Qué vacas? —contestó ingenua sin saber a qué se refería.

—Pues las que traes puestas. No es que te imaginara de encaje morado, pero es que siempre te sacas el as de la manga con lo más inimaginable —terminó con una carcajada.

Miró su atuendo y lo entendió todo, ¡claro! la noche anterior estaba tan idiotizada con el beso que no pensó en lo que se ponía para dormir. Llevaba uno de sus pijamas anti-morbo (y un poquito ridículo) que tanto le gustaban.

Pero ¿qué derecho tenía ese individuo de burlarse de ella en su propia casa? Después de que tuvo la amabilidad de brindarle su techo para pasar la noche.

—¡Deja de reírte de mí! A ti esos comentarios te parecen muy graciosos, pero por si no te has dado cuenta, a mí me ponen de malas, no soy tu bufón —rebató molesta.

Margarita que estaba de pie presenciando aquel intercambio verbal sin perder detalle, tuvo el buen tino de intervenir a tiempo antes de que la sangre llagara al río. Con una palmada al aire logró captar su atención y habló.

—A ver, a ver... les voy a preparar el desayuno. ¿Qué tal unos huevos rancheros, jugo de naranja, café y un poco de pan recién hecho que voy a ir a comprar ahora mismo? Mientras regreso no quiero peleas. Tú, niño, te me vistes, y tú, Anita, cuando te bañes, no olvides desmaquillarte, tienes un poquito corrido el rímel.

Dicho esto, tomó el monedero, las llaves y salió derecha hacia la panadería.

Antes de salir de la estancia Ana fulminó a su invitado con la mirada, aunque por dentro iba muerta de vergüenza. Pijama de vacas, pelos de loca, rímel corrido, ¡era patética! Acababa de enterrar a tres metros bajo tierra el uno por ciento de posibilidades que creía tener de parecerle una mujer deseable e irresistible. Cuando se miró en el espejo del baño y corroboró lo anterior, ganas no le faltaron de darse de topes.

Salió del baño de manera sigilosa, como si estuviera en una misión supersecreta de espionaje, rogando a todos los santos de Lucía, que Andrés no posara los ojos en ella antes de que alcanzara la seguridad de su guarida, ya que iba envuelta en su bata de Hello Kitty.

Tendría que hablar muy seriamente con su hermana respecto a los regalos que le hacía influenciada por los gustos de su sobrinita, ¡que ya estaba mayorcita!

Mientras compartían el desayuno que la buena de Margarita les había preparado, Ana ya se sentía más segura de sí misma pues ya había vuelto a ser persona después del baño y de arreglarse. Andrés estaba para comérselo de cualquier manera, suerte tenían algunos.

Andrés no pudo alargar más su estancia después de tres cafés, no encontró pretexto y pensó que, aunque ella se había mostrado amable y simpática con él en el desayuno, no creía que hubiera olvidado la burla de su pijama y seguro que lo querría perder de vista lo antes posible. Sí, su nombre era Andrés y sus apellidos Imbécil Montero.

Por supuesto no tocaron el tema del beso de la noche anterior y se despidieron amistosamente como si nada hubiera pasado, como si ese intercambio de intimidad que habían tenido nunca hubiera sucedido.



A eso de las cuatro de la tarde recibió la llamada de su sobrino mayor.

—Hola, tía, ¿a qué hora pasas a buscarnos?, les dije a mis amigos que estuvieran en mi casa a las seis de la tarde.

—Hola, mi niño, ¿tenía que ir a buscarte? ¿Para qué?

—Tía, tía... hoy es el concierto de David Guetta en el estadio Azteca, ¡si tú me compraste las entradas hace tres meses! El concierto empieza a las ocho.

—¡Es verdad! Se me había olvidado por completo —dijo lamentando su olvido.

De lo que menos tenía ganas era ir a dar brincos con música electrónica ese día. Pero, como siempre, por sus niños lo que fuera...

—A las seis estoy en tu casa, dale besitos a todos de mi parte. Nos vemos en un rato.

Adiós a su tarde, la mascarilla para el cabello tendría que esperar otra vez al igual que todos los capítulos atrasados de la serie que estaba siguiendo en la tele.

Trató de conseguir un atuendo de chica *cool* electrónica. Parada frente a su armario tardó unos minutos en decidir, pantalones entallados negros, camiseta ajustada con algunos detalles estampados en plata, botas con tacón de plataforma y una chaqueta de cuero. Ya era muy tarde para hacer algo digno con el cabello por lo que optó por una coleta alta y un maquillaje discreto para encajar un poco en el grupo que iría con ella.

Llegó con el tiempo justo. Javi, su sobrino, la esperaba en la puerta con cuatro amigos más. No dejó que bajara del coche para saludar al resto de la familia, los chicos se montaron a toda prisa, estaban deseando llegar.

Mandó un beso desde lejos a su hermana, quien se lo agradecía en la distancia y le hacía un gesto con la mano para que le llamara por teléfono y la mantuviera informada.

Javi tenía quince años al igual que la panda de amigos que lo acompañaban. Era un jovencito muy alegre y ocurrente, inquieto como pocos y muy cercano a ella. Tenían mucha confianza y siempre recurría a su tía cuando quería algo, que sabía que sus padres le iban a negar, pero que tenía claro que con ella seguro lo conseguía.



Ana no era fan de la música electrónica, pero reconocía que la estrella de la noche tenía varias canciones que le gustaban. Cuando llegaron a las inmediaciones del Estadio Azteca, había un gentío impresionante. Les costó más de una hora localizar algún hueco para estacionar el coche. Ella estaba nerviosa pues ya eran casi las ocho y por más que caminaban no llegaban a su destino.

A las ocho y veinte de la noche, y medio pulmón dejado por el camino, llegaron donde las entradas indicaban.

¡Oh sorpresa! ¡Y las sillas?

Estaban parados a nivel de cancha, apretujados entre cientos de jóvenes que brincaban al son de un *punchis*, *punchis* que no supo identificar, se ubicaron en un punto medio donde la vista del escenario era buena. Se puso nerviosa que en algún momento perdiera de vista a alguno de los chicos, pues era la encargada de su seguridad. Se acercó a cada uno con un poco de mímica y otro poco de gritos, para dejarles claro que los quería tener a la vista en todo momento.

Ella no lo sabía, pero había varios DJ'S teloneros, como les llaman, antes de que el artista principal hiciera su aparición. Ya eran las doce de la noche, los chicos y el público en general estaban de lo más animados bailando. A ella los pies ya empezaban a dolerle, sin embargo, trataba de no darle importancia y se seguía moviendo al son de la música, sin quitar ojo de los niños.

De repente todas las luces del estadio se apagaron y se encendió en el escenario una lluvia multicolor en el que retumbaron los acordes de *Dangerous*, mientras aparecía David Guetta en todo su esplendor.

Se dejó llevar por la canción, por el momento y la música que sonaba a todo volumen. Bailó y cantó sintiéndola y disfrutándola, teniendo en mente a un personaje que acababa de aparecer en su vida: Andrés.

*You take me down
Spin me around
You got me running all the lights
Don't make a sound
Talk to me now
Let me inside your mind
Don't know what you're thinking, sugar
But I just got that feeling sugar
And I can hear sirens burning bad
Lights turnings
I can't turn now
So hold on tight
I don't know where the lights are taking us
But fuck another night is dangerous
And nothing's holding back the two of us
But baby this is getting serious
Oh oh oh*

Detain the dangerous Oh oh oh

Mientras sonaba *Titanium*, ella era, en su interior, la reina de la noche. Creía que, de verdad, después de por todo lo que había pasado su corazón, era una mujer de titanio, antibalas, a la que habían podido derribar varias veces, pero que nunca había durado demasiado tiempo en el suelo.

Sintió una presencia muy cercana, no le dio importancia pues todos ahí estaban como en una lata de sardinas, hasta que unas manos se posaron en su cintura y el cuerpo al que correspondían se movía al mismo ritmo que ella.

Se giró esperando encontrar a su sobrino, poco probable, pues no era de los que daban esas muestras de cercanía y menos delante de sus amigos. Y efectivamente esas manos no eran de su Javi, eran unas muy conocidas ya en los últimos días.

Andrés estaba ahí, demasiado cerca y bailando con ella. Con su eterna sonrisa burlona y las cejas levantadas esperando su reacción. Parecía que le hubiera puesto un localizador o que su hada madrina hubiera decidido ponerse las pilas en las últimas semanas, porque aparecía en todas partes. ¿Cuál era la capacidad del estadio? ¿Ciento veinte mil personas? ¡Y él estaba ahí a su lado! Tenía que ser el destino...

No quería pensar demasiado. Le devolvió la sonrisa y pensó en seguir disfrutando del concierto cuando de reojo vio cómo un par de chicas jóvenes y muy guapas lo tomaban cada una de las manos para bailar con mucha familiaridad. Por las sonrisas cómplices que se dedicaban los tres, se veía que venían juntos o que era un cabrón asaltacunas de cuidado.

Afortunadamente Javi y sus amigos la integraron en ese momento a su coreografía considerándola una adolescente más y se pudo distraer un buen rato disfrutando de su energía y alguna que otra payasada que hacían para intentar ligar con unas niñas que tenían al lado. No se molestó en tratar de localizar a Andrés de nuevo, aunque se moría de ganas de ver qué estaba haciendo.

El final del concierto fue espectacular, tanto por los efectos de luz y sonido como por la canción que daba el cierre perfecto, *Without You*.

El artista se despidió en medio de una ovación atronadora y desbordada de parte de sus fans. Cuando se encendieron por completo las luces, contó que estuvieran todos sus niños y miró el reloj, ¡las tres de la mañana!

Envío un rápido mensaje a su hermana avisando que el concierto acababa de terminar y que todavía tardarían un rato en llegar a su casa.

Un poco sorda y con los pies entumecidos, les dijo a los chicos que esperarían un poco a que la gente se fuera dispersando. Cuando estos vieron con felicidad que las niñas con las que habían coqueteado esperaban lo mismo, empezaron hablar con ellas y se intercambiaron números de teléfono, perfiles de Facebook y alguna aplicación más para localizarse con facilidad.

Ella de pie a su lado, pero a una distancia prudencial, esperaba paciente, cuando Andrés volvió a aparecer agarrando de la cintura a las dos jovencitas con quien lo había visto anteriormente. Por lo visto había ligado doble, el muy sinvergüenza, y todavía se lo iba a restregar. Eso, y el cansancio que sentía acabaron por ponerla de muy mal humor, que era uno de sus estados habituales de defensa.

—¡Perla, qué coincidencia! ¿Con quién vienes?

—Con mi sobrino y sus amigos —contestó sin mirarle y muy grosera.

—De haber sabido que estarías aquí, nos hubiéramos puesto de acuerdo para venir juntos —dijo Andrés de manera amable.

¡»Será descarado el muy canalla «!pensó ,si ya tenía su plan de ligue¿» .Yo qué hubiera hecho con él y sus conquistas¿ ,?entretener a una mientras estaba con la otra «?se preguntaba hecha una furia, cuando apenas logró captar algo de lo que le seguía diciendo.

—A Tania le consiguieron las entradas ayer y no había nadie más que pudiera traerlas, y como sabe que es mi consentida abusa del buen corazón de su pobre hermano.

¿Hermano? Cambió el semblante y se avergonzó de inmediato por su actitud dirigiéndole una mirada más suave, hasta que una de las chicas interrumpió el intercambio visual hablándole.

—Hola, soy Tania, la hermana de Andrés, este pelado se cree que soy invisible porque no me presenta. Y ella es mi amiga Carolina —terminó diciéndole a la vez que las dos se acercaban para saludarla con un beso.

Su alma descansó después de las presentaciones y de manera relajada con los chicos también ya presentados, e incorporados en la conversación, comentaron detalles del concierto.

Caminaron todos juntos hacia la salida haciendo Andrés de escolta de todos, y, como buen caballero que ya sabía que era, la acompañó a su coche. Una vez ahí le dijo:

—Perla, es muy tarde para que andes sola con los chicos, me esperas aquí y cuando veas mi coche te sigo. Quiero asegurarme de que llegas bien. No vaya a pasarte algo y tenga que hacer tu trabajo —agregó imprimiendo ese toque tan suyo de impertinencia, pero mezclado con una seriedad que no venía al caso.

Ana no quiso discutir, era muy tarde para eso, por lo que asintió y siguió sus instrucciones.

La idea era que se quedaría a dormir en casa de su hermana, pero cuando llegaron, Sofía al ver que Ana traía compañía (y de muy buen ver) se emocionó mucho y le propuso que dejara su coche ahí para que Andrés la llevara a su casa. «Condenada celestina metiche», ya tendrían algunas palabras al respecto en cuanto estuvieran a solas. A él le pareció muy buena idea y antes de que se pudiera negar a la propuesta de Sofía, se despidió rápidamente y le abrió la puerta de su coche.

Para su sorpresa enfilaron camino a Tecamachalco y no a la colonia Condesa, que era donde Ana vivía.

Pararon frente a una casa enorme de estilo clásico. La verja se abrió automáticamente, cruzaron un camino empedrado que estaba rodeado de unos jardines hermosos y pararon frente a lo que parecía la puerta principal.

Bajaron del coche, y antes de que las chicas entraran y se despidieran de él, intercambió algunas palabras con su hermana, las cuales no pudo escuchar y esta antes de cerrar la puerta le dirigió a Ana un guiño de complicidad.

El camino a su casa lo hicieron en silencio. Andrés estaba concentrado en la carretera y Ana a punto de caer en los brazos de Morfeo. Al llegar Andrés le pidió que le dijera al conserje que abriera las puertas del aparcamiento para que pudiera estacionar el coche y así lo hizo.

En el tiempo que duró el trayecto a casa de Ana, Andrés se iba comiendo la cabeza, ¿qué era ese impulso que lo acercaba irremediabilmente a querer estar cerca de ella?

Le gustaba, eso era obvio, de hecho, era lo único que tenía asumido, pero también podía apreciar una mujer independiente, valiente, sensible, original, ocurrente, tierna y con mucho carácter. Llegó a una conclusión al verla medio dormida en el asiento de al lado con esa carita de cansancio. «Andrés, estás bien jodido, ya se te coló bien dentro y ni cuenta te diste, ¡bravo, campeón! Ahora a ver qué vas a hacer».

Siguió adelante con su plan, ¿cuál era? No tenía ni idea, ya iría improvisando sobre la marcha a ver en qué acababa la noche.

Mientras subían por el ascensor tampoco hablaron. Ana cada vez entendía menos, ¡qué carajos

hacía acompañándola hasta su departamento! Le mandaba señales contradictorias. Parecía un adolescente que cambiaba su actitud constantemente, a veces muy cercano casi rayando el cortejo, otras como un amigo y otras muchas como si fuera alguien del montón. No sabía qué esperar de él.



CAPÍTULO 12

Desconcertada, abrió la puerta de su casa. Ya era tarde para ofrecerle algo de beber, pero sería una descortesía no invitarlo a pasar después de todas las molestias que se había tomado esa noche.

No necesitó decirle nada, él solito entró como si estuviera en su casa. Fue directo al salón, se sentó en el sofá y dejó caer la cabeza hacia atrás emitiendo un suspiro de alivio.

—Perla, estoy agotado y tú debes estar igual, ven siéntate conmigo. —La invitó con carita de necesitado como si estuviera en su casa y no al revés.

Sin pensárselo dos veces, aceptó. Estaba también muy cansada, ya pensaría después en algunas cosas, como por ejemplo ¿desde cuándo era tan obediente con un hombre?, y ¿a dónde la llevaría todo aquello?

Se sentó a su lado, se quitó las botas, la chaqueta y antes de que le diera tiempo de hacer algo más, Andrés la atrajo a su lado con facilidad para estar más cerca y la abrazó.

Casi como acto reflejo y como si ese fuera su sitio, apoyó la cabeza en su hombro. Se relajó y cerró los ojos, aspirando su aroma, sintiendo el calor de sus brazos y también una sensación que le inundaba el pecho, algo extraño, mezcla de bienestar y angustia.

Se quedaron así un rato hasta que en algún momento Andrés lentamente se incorporó y la abrazó por completo acompañando ese gesto con un beso. Un beso al principio tímido, como pidiendo permiso, para después hacerse más intenso, con mucho sentimiento y tratando de expresar muchas cosas. Así estuvieron algunos minutos hasta que la intensidad fue incrementándose y él paró. Con delicadeza se separó tratando de no hacerla sentir mal.

—Perdóname —susurró—, soy un egoísta, yo no puedo darte nada, Perla, pero cuando estoy contigo me cuesta contenerme.

Ana lo miraba y no comprendía a qué venían aquellas disculpas, ¿si ella no le había pedido nada! De hecho, ella no hacía nada, solo se dejaba llevar y bien que le gustaba. Y así se lo dijo, claro, su último pensamiento no.

—No te entiendo, Andrés, solo coincidido contigo en que eres egoísta, porque a mí nunca me preguntas nada. Te comportas conmigo como te da la gana, depende de lo que quieras en ese momento y yo tengo la culpa por seguirte el juego.

—No, Perla, no es así.

—¡Claro que sí! ¡No te he pedido nada! No sé si la cercanía que tenemos debido al trabajo nos haya llevado a esto, pero qué bien que lo podemos aclarar ahora. Me caes bien, hacemos buen equipo en la oficina, pero nada más. He querido entablar una amistad contigo, sin embargo, ya me di cuenta de que a ti no te interesa. Si pregunto algo de ti te molesta, te hablo de mí y de lo que me ha pasado, no obstante, como no sea algo superficial o ridículo no te importa, lo tengo claro.

—Ven. —La tomó de la mano y la llevó de nuevo al sofá, solo que esta vez, aunque Ana se dejó llevar se sentó lo más lejos que pudo de él—. Me cuesta mucho expresar estas cosas, pero lo voy intentar, ¿sí?

Ana le dedicó una mirada de incredulidad y quedó expectante a su explicación viendo cómo este tomaba aire y apretaba los puños en un intento de armarse de valor.

—Primero, te pido que me dejes terminar y no me interrumpas.

—De acuerdo. —Concordó muy pagada de sí misma.

—Yo no estaba muy conforme con incorporarme a la empresa familiar. Apenas acabo de volver a vivir en mi país y vengo de pasar por algunas situaciones difíciles. El haberte conocido ha ayudado a que me sea más fácil hacer todo lo que mi padre había estado esperando de mí. Ana, tú me gustas, bueno, eso ya lo habrás notado. Me siento muy a gusto en tu compañía, lo pasamos bien, pero... Yo creo que eres una mujer especial, y lo más justo sería que la persona que atraiga tu atención pueda estar a la altura de lo que mereces. Yo no tengo nada que ofrecerte, creo que me quedé vacío. No estoy preparado ahora mismo para darte más detalles, sin embargo, sí estoy seguro de no poder cumplir las expectativas que pudieras poner en mí, ahora o más adelante. Al mismo tiempo y, siendo consciente de todo esto, no sé por qué razón no puedo hacerme a un lado. Es algo complicado, lo sé.

Ana se quedó muy sorprendida ante aquellas palabras. No se esperaba semejante discurso, ¡hasta la había llamado por su nombre! Lo había notado sincero y por primera vez se había mostrado vulnerable. Era claro el enorme esfuerzo que tuvo que hacer para decirle aquello, aunque se hubiera guardado muchos detalles.

Se mantuvo en silencio, con la vista puesta en él sin verlo realmente, con una expresión completamente neutra. La cabeza le iba a mil por hora, le había dicho que estaba vacío..., que no tenía nada que dar..., era algo parecido a lo que a ella le pasaba, con la diferencia de que ella sí tenía mucho para dar, pero ya no estaba dispuesta a ofrecer nada a nadie. Así que se encontraban más o menos en las mismas circunstancias.

Le llegó al corazón su sinceridad y la honestidad con la que expresó sus sentimientos y también se sintió halagada de saber que la valoraba en algo y despertaba un interés en él.

Se acordó de cuando, hacía muchos años, hizo el salto en paracaídas. Lo esperó durante días. Había ratos en los que la embargaba la emoción y en otros se moría de miedo, estuvo indecisa y nerviosa hasta el último día. Llegado el momento todo fue tan rápido que no le dio tiempo de pensar demasiado, solo saltó y punto. Y fue una experiencia alucinante, no se arrepentía de haber vivido aquello.

La situación en la que se encontraba en ese momento podría tener alguna similitud. Desde que conocía a Andrés le provocaba sensaciones diferentes y extremas, no sabía si más por miedo a fracasar de nuevo o porque de verdad le provocara algo más. En todo caso era preferible no analizarlo y quedarse con la primera opción, podría pensar demasiado las cosas, pero eso solo le complicaría más el día a día.

Andrés había puesto las cartas sobre la mesa y ella podría hacer lo mismo. Si era una atracción pues la dejaría fluir, todavía era muy joven y merecía vivir de vez en cuando alguna experiencia sin que esta significara un proyecto de vida a largo plazo o promesas de esas que, por desgracia, sabía que se podían romper con facilidad.

—Perla, di algo, por favor. Me estás empezando a preocupar. Solo quería ser sincero contigo.

Y como aquella vez del paracaídas, a la una, a las dos y a las tres... se iba a lanzar sin pensarlo más. Solo esperaba que cuando tuviera que tirar de la anilla esta funcionara bien y no se diera un buen golpe en el aterrizaje.

—Bueno... tú no tienes nada que dar y yo no quiero dar nada. Así que no se hable más del asunto —dijo levantándose del sofá.

—¿Y nada más? —preguntó sintiéndose decepcionado de que se hubiera tomado todo aquello tan a la ligera. Cuando de repente volvió a hablarle encaminándose a su habitación.

—Vámonos a dormir, Andrés, es muy tarde para seguir hablando. Las vacas y los pollos están en la lavadora, así que creo me tocan osos polares, ¡y no quiero burlas! Te puedo hacer un hueco en mi cama si te portas bien. —Se volvió para mirarle—. ¿Vienes, o no?



Y como habitualmente sucedía desde que la conocía, logró sorprenderlo de nuevo. Se levantó aliviado, y contento. No estaba seguro de qué le estaba proponiendo, pero no tenía un plan mejor en ese momento que dormir con ella.

No era broma lo de los osos polares, cuando salió del baño después de lavarse los dientes y desmaquillarse ya estaba disfrazada con uno de sus pijamas y calcetines a juego.

Andrés ya la esperaba metido bajo las sábanas.

Así vestida y desmaquillada podía pasar por una joven de veinte años, la genética había sido muy considerada con ella.

—Espero no te importe, Perla, pero como yo no sabía que haríamos una fiesta de pijamas, no traje el mío. Para la próxima quedada me voy a tener que comprar alguno que entone con los tuyos.

—No, no me importa. Además, como viene Navidad ya sé qué te voy a regalar —reviró con sonrisa de pilla.

—¡Das miedo! —se burló mientras apagaba la luz de la mesilla.

—Cállate ya y déjame dormir —lo regañó mientras se acomodaba la almohada.

—Perla... —susurró bajito.

—¿Mmm?

—¿Puedo abrazarte?

—Puedes.

Se acomodaron de manera rápida y fácil, como si encajaran a la perfección. Andrés estaba sobrepasado con la manera en que se estaban yendo las cosas con ella. Esperó unos momentos hasta sentir que ya estuviera dormida y se atrevió a darle ligeros besos en la cabeza para no despertarla y en una voz tan baja que apenas él podía escuchar le habló.

—Gracias por entenderme, Perla. Gracias por no preguntar nada y, sobre todo, gracias por dejarme estar cerca de ti.

Y ya cuando estaba cerrando los ojos la oyó decir en una voz igual de baja.

—De nada.

Se durmió con una sonrisa en los labios, brujilla tramposa, siempre debía tener la última palabra.

Por supuesto ninguno de los dos pasó frío, entre lo enredados que estaban y el pijama de osos, que hacía muy bien su trabajo, durmieron de lo más cómodos.

Ana había tenido la precaución de apagar su teléfono celular para que nadie la despertara. Le había mandado un mensaje a Luis antes de acostarse donde se disculpaba por no poder acompañarlos a entrenar al día siguiente.

Pero con lo que no contaba era con que Luis hubiera dejado el celular en la oficina y que su teléfono fijo estuviera con el volumen normal, por lo que ocho de la mañana, en punto, sonó el aparato de la mesita sobresaltándolos a ambos. Ana estiró el brazo y contestó.

—¿Sí?

—¡¡Nooooo!!

—Ja, ja, ja, chistosito, ¿no viste mi mensaje?

—No, Flaca. Olvidé el teléfono en la oficina. Vas levantándote que no tardamos en pasar por ti.

—Me niego, estoy en calidad de bulto.

—Ya lo sé, como atropellada por un autobús.

—Más o menos, ¿ves qué listo eres cuando te lo propones?

Andrés oía a medias la conversación, ya que la seguía teniendo muy pegada a su cuerpo. Sabía que era un hombre el que estaba del otro lado de la línea y por lo que notaba había mucha confianza entre ellos. Se sintió incómodo, más que incómodo, enojado y celoso, ¿por qué le daba explicaciones a aquel hombre?, por lo que, cual hombre de las cavernas, decidió marcar su territorio y hablarle a Ana de modo que el que estaba al otro lado también escuchara.

—Ven, preciosa, que me da frío si te alejas. Vamos a dormir un rato más.

Si Ana hubiera podido ver la cara que puso su amigo al escuchar aquella voz ronca y varonil, se hubiera doblado de la risa sin duda. A Luis se le descolgó la mandíbula y quedó mudo. Ana lo podía imaginar, aunque hubiera sido mejor verlo en vivo. Se aguantó la risa como pudo y antes de seguir hablando con su amigo le dedicó a Andrés una mirada que pretendía ser de reprimenda, pero le salió tan ridículamente forzada que hasta ella se burló de sí misma.

Sin alejarse de su abrazo decidió seguir con su conversación al teléfono y quitarle el pasmo a su querido amigo.

—¡Hey!, Luis, espabila, que me estás quitando minutos valiosos de sueño.

—Bueno, Flaca, esto se avisa. Vas tú y lo sueltas así, sin anestesia.

—¿Yo? Pero si no he hecho nada. En fin, te veo esta tarde como quedamos para comer en tu casa. Y, tranquilo, que no se me olvida llevar el postre, verás estrellitas cuando lo pruebes. —Esto último lo dijo mirando de reojo a Andrés que seguía muy interesado en la conversación.

Quiso decirle también que mandaba un beso para Lisa, pero su bruja interior hizo que se lo guardara para hacérselo pasar un poco peor a su compañero de almohada.

—Pues no digo más, porque no se me ocurre qué más decirte. Pero esta tarde ya hablamos. ¡Ah!, y si quieres puedes traer compañía, sabes que esta es tu casa, solo lo digo por si acaso.

—Gracias, gracias. Te mando un beso, te quiero, adiós. —Y colgó.

Desconectó el aparato y se volvió a acomodar para dormirse nuevamente.

Andrés quería preguntar mil cosas, ¿quién era ese Luis en su vida para mandarle besos y decirle te quiero? ¿Qué postre le llevaría para que viera estrellitas? Eso ya no le gustó nada. Volvió a abrazarla y antes de dejarla dormir nuevamente, le dio un beso arrollador para que recordara quién estaba a su lado y dejara de pensar en hacerle ver estrellas a otro hombre. Una vez cumplido su cometido se volvió a entregar al sueño dejando a Ana otra vez tonta y perdida. Y así siguieron durmiendo sin decir nada más, dejando el marcador empatado, uno a uno.

Ana fue la primera en levantarse, ya casi al medio día. Se duchó y se arregló con rapidez. Se sentía descansada a pesar de haberse dormido de madrugada y de la interrupción de Luis.

Cuando Andrés se despertó y se encontró solo, se vistió a medias y salió a buscarla. La encontró en la cocina preparando el desayuno.

—Buenos días, Perla —saludó mientras pensaba qué decir.

Habían dormido juntos, aunque también habían dejado claro que no esperarían nada del otro. Se iba, se quedaba... Pero como ya venía siendo costumbre, Ana lo sacó del apuro.

—Hola. Te dejé un cepillo de dientes nuevo en el baño y toallas limpias por si te quieres dar un baño. Estoy preparando algo de desayuno si te apetece acompañarme —le dijo de manera despreocupada y amable tratando solo de ser una buena anfitriona sin dejar de hacer sus

quehaceres de cocinera.

—Gracias —respondió al tiempo que le sonreía y le dio un beso en el hombro antes de marcharse hacia el baño, más contento que nada.

Desayunaron algo sencillo, pues la herencia de la buena mano en la cocina de su madre se la había llevado por completo su hermana Sofía. Y acordándose de esta decidió que tendría que pasar por su coche en cuanto terminaran.

—Andrés, ¿te importaría acercarme a casa de mi hermana a recoger mi coche?

—No, en absoluto, pero... ¿Tienes algún plan para comer? —preguntó haciéndose el tonto, pues bien sabía que lo tenía.

—Pues sí, tengo planes —contestó sin agregar ningún detalle más.

Este asintió ante su comentario con cara de decepción.

Ella trataba de morderse la lengua para no invitarlo, porque para no estar dispuestos a dar nada ninguno, ya llevaban más horas juntos de las aconsejables para tratar de guardar las distancias.

Siguieron a lo suyo y Andrés no volvió a decir nada. Pasaban los minutos y el corazón blando de Ana ya se lo imaginaba en una tarde de domingo, él tan solito, en esa enorme casa sin ninguna compañía, sentado en una gran mesa de muchos comensales comiendo en silencio en la más absoluta de las soledades. Y tres bocados más le duró ser una chica ruda e indiferente.

—¿Te gustaría acompañarme a comer a casa de Luis? Será algo informal, una carne asada en el jardín con algunos amigos.

¡¡AMIGOS!! Claro, irían todos, tenían que comentar todos los detalles de la boda. Tremendo problema se había buscado ella solita. Sería el tema favorito durante una buena temporada una vez que conocieran a Andrés. Y más le valía poder aclararle a Lena que, aunque dijera que era su compañero, no estaba disponible para que le echara el ojo, no señor, eso sí que no.

—Me encantaría, Perla. Por tu coche te llevo cuando volvamos de la comida, ¿te parece bien? —respondió con un semblante totalmente diferente, como un niño que hubiera tenido una pataleta y después estuviera satisfecho de haber conseguido lo que se proponía. Vamos, igualito que su sobrino Javi. Si ella era una bruja, él era un chantajista de cuidado.



Pasaron por casa de Andrés primero para que se pudiera cambiar de ropa. Ella insistió en quedarse en el coche a esperarlo, pero esa idea a él le pareció una completa locura.

Así que aparcaron en el enorme estacionamiento y entraron en la casa. Como había supuesto, todo estaba en silencio. No se veía ni un alma rondando por ahí y pensó en la buena obra que había hecho al invitarlo a comer con ella. Hasta que la tomó de la cintura y caminaron por un extenso pasillo hasta el fondo en donde le dijo que podía esperarlo con su familia, que no tardaba nada.

¿Con su familia? ¿Qué vergüenza! Pero ya era tarde para echar a correr o fingir que había muerto. Bajaron algunos escalones y cuando entraron en una estancia enorme, el silencio se evaporó por completo. Era un salón con ventanales del suelo al techo que estaban abiertos y daban acceso a un hermoso jardín en el cual al fondo se podía ver una piscina cerrada. Había algunas personas sentadas cómodamente conversando, tal vez ocho o diez, de las cuales conocía a Tania, su hermana; Carolina, la amiga; y el Sr. Montero, su cliente.

Cuando sintieron la presencia del recién llegado todos saludaron a la vez y los invitaron a sentarse con ellos. El señor Montero se levantó de su asiento tomando de la mano a una señora muy guapa que, aunque vestía de manera informal se veía muy elegante, para dirigirse hacia ellos.

Cuando se encontraron a su altura el primero en hablar fue el padre, después de brindarle un caluroso apretón de manos a ella y una palmada cariñosa a su hijo en la espalda.

—Ana, bienvenida. Qué grata sorpresa tenerte por aquí. Te presento a Sonia, mi esposa.

—Encantada, señora Montero, soy Ana de la Parra —le dijo poniendo su mejor cara de niña buena y estirando la mano para estrechársela.

La señora le respondió tomándola de la mano y acercándose para saludarla también con un beso en la mejilla.

—El gusto es mío, Ana, y, por favor, llámame, Sonia. He oído comentarios muy buenos sobre ti. De lo buena chica que eres y lo eficiente que eres en el plano profesional. —Y dirigiéndose a su hijo le dijo—: Hola, hijo. Qué bueno que están aquí, ¿se quedan a comer? —A lo cual Andrés le explicó, después de darle un beso, que no podían, ya que Ana amablemente lo había invitado a una comida a casa de unos amigos.

Ana se acomodó con la familia mientras Andrés se iba a cambiar. Intercambiaron algunos comentarios casuales. Le presentaron a Santiago, el primogénito de los Montero, de quien se enteró que era médico internista, y a su esposa Julieta. También conoció a los padres de Carolina, la amiga de Tania, quienes eran amigos de los anfitriones.

Media hora después estaban fuera y, por fin, se dirigían a casa de Luis. Ana iba un poco avergonzada por haber llegado a su casa así, sin avisar, y sobre todo porque era evidente que, si Andrés no había ido a dormir y llegaba con ella, no era necesario ser muy inteligente para adivinar que habían estado juntos. Afortunadamente no hubo comentarios al respecto y la estancia había sido breve.

Andrés estaba tan contento y natural que no quiso comentar con él la pena que había pasado, porque era darle más importancia al tema, y entre ellos no había nada que valiera la pena comentar.



Antes de llegar pasaron por la pastelería favorita de Ana para comprar un pastel de piñón delicioso y unos merengues con crema batida para llevar a casa de su amigo. Durante todo el trayecto Andrés no se atrevió a preguntar nada del tal Luis, se conformaba con ir de acompañante, de momento.

Cuando llegaron, todos los presentes los recibieron con mucha efusividad, «demasiada» pensaba Ana, que ya los conocía, de seguro el traidor de su amigo les había comentado algo. Al hacer las presentaciones Andrés despejó sus dudas al conocer a Luis y a su prometida Lisa. Ya con un peso menos encima se relajó y se dispuso a disfrutar de la tarde.

Todos le habían caído muy bien, se veía un grupo muy bien conformado de amigos que se querían mucho. Andrés se ofreció para ayudar a Luis y a Eduardo a encender el fuego en el asador del jardín. Estaban organizando la comida cuando entre brindis y brindis de cerveza Luis le dejó caer sutilmente a Andrés que Ana no estaba sola y que estaría pendiente de ella para que nadie le

hiciera daño. Comentó la relación de amistad tan importante que los unía y que era una chica muy valiosa que no servía para entretenerse un rato.

Al principio Andrés se molestó un poco de que un desconocido le fuera con amenazas, aunque estuvieran en su casa, pero durante la conversación pudo percibir que su actitud no era por soberbia o por pesado, era un buen tipo y estimaba mucho a su amiga. Por lo que agradeció no haber hecho comentario alguno en su contra. También le dejó claro que no estaba jugando con Ana, le dijo que su *amistad* estaba basada en la sinceridad, sin entrar en más detalles.

Mientras tanto en la cocina, todas le preguntaban a la vez quién era, desde cuándo lo conocía, si le gustaba, etcétera. A lo que ella fue aclarando sus dudas.

—Trabajamos juntos todo el día en una empresa a la que estoy dando servicio ahora. Es el hijo del dueño, hace un mes que nos conocemos y tenemos muchos proyectos aún pendientes. Es un compañero, nada más. Pero, Lena, no te emociones que no está disponible, porque me gusta, un poquito más que mucho. Es complicado lo que nos sucede y de una vez les digo, sé que no puedo esperar nada de él, pero tampoco quiero alejarme. ¿Ven qué difícil?, ni yo me entiendo, por eso tampoco puedo explicarlo bien.

Sus amigas la entendían, era normal tener ese recelo para abrirse de nuevo. Ana les prometió que hablarían con más calma después. Si es que en un futuro cercano valía la pena siquiera volver a sacar el tema.

La comida transcurrió sin contratiempos y con muchos temas de conversación, pero el principal sin duda fueron los preparativos de la boda de los anfitriones. Se acercaba la fecha y todos tenían encomendada alguna tarea para ayudar a que la organización no fuera tan agobiante para los novios.

Por cortesía Andrés fue invitado al enlace y le dieron su propia invitación, por lo que él muy agradecido de que lo tomaran en cuenta, también se apuntó a cooperar con la organización.



Habían pasado un domingo muy animado y Andrés se había sentido bienvenido y en confianza. Lena se comportó a la perfección, y por supuesto el postre hizo ver a todos estrellitas de lo bueno que estaba.

Entre comentarios y abrazos a la hora de la despedida, Andrés se apuntó al entrenamiento del siguiente domingo con toda la confianza, como si fuera uno más del grupo.

Ya estaban a punto de llegar a casa de Sofía, Andrés había insinuado que la escoltaría hasta su casa con su coche, pero Ana se negó alegando que quería pasar un rato con su hermana porque hacía tiempo que no se veían. Además, ese sería el cuento de nunca acabar: la acompañaría, subiría a su casa y la agarraría de oso de peluche para dormir, que, aunque no creyese, también era humana y sentía cosas, no nada más emocionales. La carne es carne, las ganas son las ganas y la sequía era ya muy prolongada, la situación ya se le antojaba como penitencia. Como niña pobre detrás de la vitrina de la juguetería, imaginando la de cosas que podía hacer si tuviera el juguete que deseaba, pero siendo consciente de que no podía tenerlo, porque él, hasta el momento, no había dado indicios de querer nada más que su compañía y algún besito robado por ahí.

Ana agradeció que la hubiera llevado a casa de su hermana y quitándose el cinturón se

disponía a salir a toda prisa, para evitar tentaciones, cuando él la detuvo.

—Gracias, Ana, lo he pasado muy bien estos días. Eres muy buena anfitriona, alguien en tu lugar ya habría pensado empezar a cobrarme alquiler.

Y tomándola suavemente con sus dos manos en las mejillas le dio un beso cortito.

—Hasta mañana. —Fue lo único que ella le contestó ya casi cerrando la puerta del coche.



CAPÍTULO 13

No quiso mirar atrás, se fue directa a la puerta para tocar el timbre deseando con todas sus fuerzas que abrieran rápido para no caer en la tentación de girarse y ver cómo se marchaba su almohada favorita.

A esas horas los niños ya estaban cenados y acostados, por lo que tuvo un tiempo de tranquilidad para poder sincerarse con su hermana delante de una taza de té de menta y un trozo de panqué de elote. Le contó todo desde el principio y esta la escuchó sin interrumpirla. Cuando vio que había terminado fue a dar su punto de vista.

—Vamos por partes, Ana. Lo primero, es superguapo y me pareció muy agradable, además de que se ve que es todo un caballero y me encantó que se preocupara por tu seguridad. De todo lo demás que me has contado, y que quede claro que solo es mi opinión, puedo decirte que me da la idea de que lo que vivió lo dejó marcado y debió de ser muy grave para decirte esas cosas y no querer comprometerse. Me gusta la sinceridad con la que se ha mostrado ante ti, eso habla muy bien de él como persona y demuestra también que te considera importante. Se ve que el pobre está perdido, es un hecho que le generas conflictos emocionales porque le estás cambiando todo lo que se creía que tenía establecido en su vida. ¿Estás de acuerdo en que no tenía que darte explicaciones de nada?, si quería algo de diversión lo pudo intentar sin más.

—Pues sí, eso no ayuda, porque entonces me llega al corazón todo lo que me dice o cómo se comporta —rebatí Ana con un suspiro de resignación.

—Me parece que estás manejando la situación de manera muy inteligente. A pesar de todos tus miedos tienes las cosas claras y quiero felicitarte porque lo estás intentando. Sé que estás inquieta y temerosa, sin embargo, te voy a dar un consejo ¡VIVE, ANA! A veces las situaciones no salen como las esperamos, pero es mejor intentarlo a quedarte de brazos cruzados viendo cómo se va la vida.

—Gracias. Creo que necesitaba escuchar que no estaba tan loca —le confesó ya más relajada.

—Eres medio bruja, pero no estás loca. Eres lista y con muy buen gusto, mira nada más, ¡la niña tiene al doble de Chayanne a sus pies!

—¿Eso crees? Este hombre tiene todo y se fija en alguien tan normalita como yo.

—Mira, no eres nada normalita. Sabes que quitando el genio que te gastas eres un encanto, y muy guapa. Nadie tiene todo, Ana, tal vez lo que a él le falta es algo que solo tú tienes para darle. Deja fluir las cosas, a ver qué sale, y la importancia se la vas dando de acuerdo con lo que él se vaya ganando contigo.

Con este último comentario terminaron el tema y después de un rato Ana recogió su coche y se fue para su casa.

Por la noche llamó a sus padres para saludarlos y para contarle a Lucía los detalles del próximo enlace de Luis, ya que sabía que los esperaba ansiosa, pues era una enamorada de todas las fiestas y en especial de las bodas.

Cursi, ridícula, ñoña, pero se durmió con la almohada que él había utilizado la noche anterior, al fin y al cabo, nadie la estaba viendo para criticarla.



Esa semana fue una locura. Tenían que organizar las auditorías en las plantas y en las oficinas corporativas. Ana había conseguido un despacho serio y confiable y aquella tarea la tendría que llevar casi por completo Andrés, ya que ella estaba terminando unos estudios de análisis de costos y no lo podía dejar a medias, por lo menos unos días más.

La relación con Andrés iba bien, pero ella diría que estancada. Había confianza, trato relajado, algún pico robado en el aparcamiento, pero nada más. La carga de trabajo era mucha y no había tiempo para nada. No se habían visto en toda la semana fuera de la oficina, de hecho, esa tarde lo buscó para comer, pero le dijeron que ya había salido. Ella, por supuesto, no le iba a llamar al celular, así que aguantándose las ganas comió sola una triste *baguette* sentada en su escritorio mientras adelantaba trabajo.

Se le había pasado el tiempo muy rápido y no se fijó que ya era de noche, consultó su reloj y vio que eran las ocho y media. Guardó todo el trabajo y ya cuando estaba preparando sus cosas para salir escuchó unas risas en el pasillo. Con su vena de detective (herencia de madre) se quedó callada esperando escuchar quién, a esas horas, todavía seguía danzando en la oficina. No oyó lo que decían, pero claramente se percató de que una voz pertenecía a Andrés y la otra era de una mujer.

Pues definitivamente no se iba a quedar ahí para seguir imaginando cosas, o peor aún, para ser público de nadie. Rápida como ella sola, se dio un toque de *gloss* en los labios, un poco de rubor y dos gotitas de perfume para salir del despacho. Cuando tenía el pomo de la puerta en la mano casi se cae de culo cuando Andrés entró sin fijarse que ella estaba del otro lado de la puerta.

—Perla, discúlpame. Casi te atropello con la puerta, no sabía que estabas aún en la oficina.

—No te preocupes. No pasa nada, ya me iba. Hasta luego —dijo de corrido sin esperar respuesta y sin mirar atrás.

A Andrés le extrañó su actitud, pero se distrajo con aquel perfume que había dejado en el ambiente el cual le hizo despertar a esas molestas mariposas que estaban empeñadas en acampar en su estómago cada vez que le llegaba ese olor, hasta que una voz junto a él le hizo caer en la cuenta de la frialdad de su Perla.

—Vaya, sí que tiene su genio. ¿Quién era? —preguntó Mayela, la encargada de los auditores del despacho que había contratado Ana.

—Ella es Ana, la encargada de tu proyecto. ¿No la conocías?

—No, la verdad yo no era la encargada de estar aquí, pero el socio asignado a este trabajo hoy se convirtió en papá y me mandaron unos días a cubrirlo —respondió la elegante mujer.

—Vaya, pues me alegro por él. Ya tendré oportunidad de felicitarlo cuando se reincorpore. Espero que el haberte acompañado a la planta de Toluca haya servido para lo que necesitabas. Por aquí nos iremos viendo los próximos días. Y si necesitas algo más no dudes en llamarme a mí o a Ana.

Y con un beso amistoso en la mejilla se despidieron. Había tenido que acompañar a la auditora y no se acordó de comentarlo con Ana. Mayela era una mujer muy guapa, pero también muy profesional, en ningún momento hubo nada que a Andrés le hiciera pensar que tenía que justificarse de algo, porque estaba trabajando.

Pero viéndolo fríamente, el momento en el que irrumpió en el despacho, las risas y la mujer bonita eran la perfecta combinación para pensar mal. Le encantaba imaginar que Ana estaba celosa, cosquilleaba de placer imaginar ese atisbo de posesión. Pobre de su Perla, tenía que llamarla, no para dar explicaciones, porque quedaron que sería así, pero... qué caray, ¡claro que las iba a dar! Intentó llamarla, el teléfono lo mandaba directo a buzón de voz y no tenía el número de su casa. Había conseguido los datos de su amigo Luis, pero ya era verse muy desesperado para llamarlo. ¡Si él no había hecho nada malo! Así que haciendo de tripas corazón se fue al gimnasio a quemar unas cuantas calorías, ya la vería al día siguiente.



Era sábado y por primera vez en mucho tiempo Ana tuvo que ir a trabajar a su oficina de Polanco para ponerse al día de lo que había por ahí. Alejandro estaba haciendo un gran trabajo junto a Mónica y Marco y todo se veía más o menos al día en los otros proyectos. Terminó a la hora de la comida, pensó por un momento llamar a alguno de sus amigos para comer juntos, pero al momento rechazó la idea. Mejor se llegaría al italiano que le quedaba de paso y compraría algo para llevar y comer en su casa.

Iba cargada con las bolsas de la comida, el maletín del ordenador y sus múltiples bártulos personales cuando llegó a la puerta de su departamento. Quiso dejar todo en el suelo para buscar las llaves, pero se sorprendió cuando se abrió sola. El dueño de sus ahora pesadillas estaba muy sonriente e instalado en la puerta. De inmediato le ayudó con todo lo que traía entrando de nuevo en... su casa. «Será cínico y confiado, seguro que su “amiga” no estaba disponible ese día, pero la tonta de Ana sí», pensó enojada. ¿Cómo demonios había entrado? Como si le leyera la mente Andrés se le adelantó.

—Tuve suerte de encontrar todavía a Margarita en tu casa, ella me dejó pasar para poder esperarte, es una mujer muy amable. Espero que no la regañes por mi culpa, sabe que somos amigos por eso me dejó quedarme aquí.

—No, no le diré nada. Pobrecilla, la tienes conquistada, como a varias, supongo. Pero dime qué te trae por aquí, porque hoy estoy muy ocupada y no recuerdo tener reuniones de la oficina hasta el lunes.

¡Tómala, Andrés !Un viaje directo a la realidad. O se aclaraba y se dejaba de tonterías, o lo mandaba a la fregada. Esa actitud era una de las muchas razones por las que Andrés estaba prendado de su Perla. Era directa, sin medias tintas, una mujer madura, valiente y que, además ,se daba su lugar. Quiso acercarse y poner su mejor mirada matadora, pero ya no le sirvió de nada porque ella seguía sin inmutarse esperando una respuesta.

—Mi padre quiere hablar contigo y es urgente, Ana. —Fue lo único que se le ocurrió, tratando de imprimir un toque de seriedad.

A Ana le cambió el semblante por uno de preocupación, él lo notó y se maldijo, no era lo que quería, solo fue una idea que le cruzó por la mente. Pidió que le disculpara un momento, se fue a sentar a su ya casi sillón favorito y empezó a teclear un mensaje muy urgente que esperaba le contestaran con la misma celeridad que necesitaba.

“Papá, ya sé que te sonará raro, pero necesito que me hagas un favor ahora mismo. Ana te va a

llamar. Le dije que necesitabas hablar con ella. Tú le vas a decir que era muy importante hablar con ella para decirle que está invitada a tu fiesta de cumpleaños del próximo viernes. No preguntes más, solo le dices que te gustaría que fuera mi acompañante, no vaya a ser que llegue con otro.

Ah, y otro favor, sin comentarios al respecto, ya sé que estás pensando que es un arrebato de quinceañero, no me importa. Gracias.”

El señor Montero recibió el mensaje de inmediato. Cuando lo vio, se le puso una gran sonrisa al leerlo, y su corazón se llenó de gozo al ver tanta tontería junta en esas palabras, su Andrés estaba regresando poco a poco a la vida de verdad. Sin perder más tiempo ni esperar a que Ana le llamara, marcó su número.

El celular de Ana comenzó a sonar, fue hacia su bolso y, como era costumbre, no lo encontraba costumbre. Tuvo que vaciarlo sobre la mesa para localizar el dichoso aparato, ya que sabía que era su cliente quien la requería. Estaba nerviosa e intrigada de saber lo que tendría que decirle un sábado por la tarde que no pudiera esperar al lunes. Por fin pudo contestar y muy seria y profesional lo saludó esperando saber el motivo de la llamada.

—¡Ana, encantado de saludarte! —Escuchó a su cliente de lo más contento—. Te pido disculpas por llamarte en días de descanso, pero es muy importante para mí hacerte una invitación personal. El próximo viernes es mi cumpleaños y, mi esposa, que es fanática de las fiestas, ha organizado una. Sería un honor para mí contar con tu presencia en compañía de Andrés.

Eso sí que no se lo esperaba, y a ella que en cuestión de segundos le había dado la imaginación para pensar todo tipo de cosas, le salía con esas. Giró para ver a Andrés quien tenía cara de pillo y algo se movió en lo más profundo de su corazón. Se había aliado con su padre para pedirle que fuera con él. Todo un hombre haciendo uso de su padre para que hiciera de celestino, es que era lo más idiota y adorable que había visto. Ya se había dado cuenta de dónde había sacado sus dotes de chantajista, por lo visto el padre era un maestro en ese arte.

—Agradezco mucho la invitación, es un honor para mí estar entre tus invitados, con mucho gusto asistiré. Cuenta conmigo —le contestó con una sensación de bienestar que le llenaba el pecho.

Sin decir nada más se despidieron en un tono más... familiar. Cuando fue a girarse para decirle algo a aquel monta teatros, él habló:

—Te invito a comer... por favor —puntualizó al final para que no sonara como una orden.

—Tengo cosas que hacer —respondió indiferente.

—¿Qué cosas tienes que hacer? Yo te acompaño.

—Me voy a montar un pequeño *spa* en casa, ¿acaso me vas a pintar las uñas? —reviró burlona

—Pues si quieres lo puedo intentar. —¡Pum! Corazón aplastado, eso sí pudo con ella. Ya no quería hacerlo sufrir, lo acompañaría a comer, se lo había ganado.

—Está bien, vamos a comer. Pero yo digo dónde y tú pagas. Ah, y me esperas hasta que pida postre y café.

Estaban en un restaurante de cocina uruguaya. Habían pedido todo el menú para compartir: empanadas, un corte de carne, ensalada y de postre un pastel de durazno con merengue quemado que Ana podría habérselo comido sola, a pesar de la porción tan escandalosa que les sirvieron.

Hablaron de todo y nada, disfrutando de la comida como amigos cómplices de toda la vida, hasta que Andrés decidió comentar lo del día anterior de la manera más simple posible.

—Ayer olvidé comentarte que la auditora necesitaba que la acompañara a la planta de Toluca, pero ya me encargué de ello. Ya está presentada a los responsables y harán su trabajo en los

próximos días.

—¿Auditora?, a mí me dijeron que el encargado sería Jorge Lugo.

—Bueno, Mayela, así se llama la contable, me dijo que esa persona que tú dices acaba de ser padre y la mandaron a ella de sustituta unos días, pero, tranquila, que se la ve una persona muy capaz. Ella tampoco puede estar muchos días porque solo trabaja media jornada para estar con sus hijos y su marido por las tardes. —Esto último se aseguró bien de que lo escuchara.

—Parece que ya son íntimos, te sabes toda su vida —respondió con ironía.

—No, Ana, no somos íntimos, fuimos a trabajar. Solo quise ser amable y de algo teníamos que hablar en el camino, llegamos un poco tarde porque yo quería evitarme otro viaje y dejamos todo resuelto para que el lunes pueda empezar sin contratiempos. Tú misma me lo encargaste —aclaró más serio de lo que había estado en toda la tarde.

—No me digas más, no tienes porqué contarme tu vida. —Queriendo así cortar el tema—. Además, ya te aprendiste mi nombre, hoy me lo has dicho dos veces, muy bien.

—No, Perla, ya se me olvidó, además, quería contártelo. A ver pregunta algo más, pero ligerito, por favor. —añadió de nuevo sonriendo.

—Mmm..., a ver, por ejemplo, ¿cuántos años tienes?

—Treinta y uno, ¿y tú?

—Treinta y seis, ¿has visto? ¡Tú todavía usabas pañales cuando yo ya iba a la escuela infantil!

—¡Qué exagerada eres, Perla! ¿Ya puedo pedir la cuenta o quieres algo más?

—No, ya no puedo tomar ni aire, comí demasiado. Creo que necesito caminar un rato para hacer un poco la digestión.

—Me parece fabuloso, ¿me acompañas a comprar algo?

—Vamos.

Fueron primero a dar una vuelta a un parque cercano, la tarde estaba muy despejada y la temperatura a pesar de ser otoño era muy agradable. Le llamaban el Parque Hundido, estaba en desnivel de la altura de la calle, tenía un reloj enorme donde el mecanismo estaba montado en diferentes tipos de flores, algunas figuras de piedra que representaban esculturas de diversas zonas arqueológicas del país, juegos para los niños y un área especial donde los perros podían jugar. Terminaron la vuelta y caminando fueron a un centro comercial que estaba cerca.

Dando un paseo por los escaparates Andrés le dio la mano y se metieron en una tienda donde había toda clase de artículos de superhéroes. Ana extrañada le preguntó qué buscaba.

—Un pijama, no me van mucho los animales pero sí Superman, Batman, Linterna Verde... escoge tú. Para la próxima fiesta de pijamas.

—¿Y qué te hace pensar que habrá otra?, ego no te falta ¿no?

—Pues la verdad no, pero no pierdo la esperanza. —Le guiñó el ojo.

—Vamos a ver —comentó ignorándolo y mirando las perchas con mucha atención—. Yo te compro esta. ¡Anda dame el gusto!

—¿Del Joker?, hieres mis sentimientos, Perla —renegó fingiéndose ofendido—. Yo quería de Batman. —rebatía convencido.

Al final en la caja, Ana pagó el del Joker, que dicho sea de paso tenía colores casi fosforescentes y Andrés pagó el de Batman, con ropa interior a juego porque ella así se lo pidió. Siguieron un rato más caminando y cuando Ana creía que se dirigían a la salida, Andrés la arrastró a la tienda de Victoria's Secret.

—Ahora te toca a ti, yo te voy a escoger el pijama que quiera y con la ropa interior a juego —aseguró fascinado.

—Eso no es así de fácil, Andrés. Si quieres comprar será todo el *kit* completo, ¿estás de acuerdo? —preguntó seria.

—Por supuesto que estoy de acuerdo. —De ese modo empezó la búsqueda de la prenda ideal.

Al final en la caja tenían por pagar un pijama de *short* con camiseta de tirantes en seda color menta, un mini camisón de color mandarina y ropa interior a juego para cada uno. Un *body mist* de fresa y otro de frutos rojos con sus respectivas cremas corporales y gel de ducha del mismo aroma. Y por último varios *gloss* que se le pegaron en las manos a Ana haciendo la fila.

Cuando Ana vio que sacaba su cartera, ella se lo trató de impedir alegando que era una broma lo que había dicho acerca de que él pagara todo. Le dijo que no se sentiría cómoda si se lo compraba, a lo que Andrés, haciendo caso omiso de todas sus explicaciones, convenció a la cajera con una sonrisa arrebatadora para que lo cargara en su *MasterCard*.

—Te lo voy a devolver —declaró muy convencida.

—No puedes, tengo el recibo. —Se lo guardó en el pantalón retándola.

—Te lo voy a pagar —reviró resuelta.

—No lo voy a aceptar —contestó tomándola de la mano para dirigirse a la salida.

—¿Cuántos años me dijiste que tenías? ¿Siete u ocho? —inquirió Ana bromeando.

—Siete y tú doce, aunque parece que tengas cinco, y que conste que es un cumplido —dijo zanjando el tema.

Cuando iban camino al departamento de Ana esta recibió la llamada de Lisa pidiéndole que se acercara a su casa a ver los vestidos de novia que había elegido para que le diera su opinión. Luis estaba en casa de sus padres y sería tarde-noche de chicas ya que Lena y Faby iban de camino.

Ana se lo comentó a Andrés y este sin ninguna gana la dejó con su amiga. Se ofreció a recogerla más tarde, pero ella se negó diciéndole que Lena o Faby la podían dejar sin problema cuando terminaran. No quiso insistir, la dejó en su destino y se fue para su casa con todas las compras. Aunque le hacía mucha ilusión la fiesta de pijamas tendrían que dejarla para un mejor momento. Ese día no hubo beso, aunque fue una tarde de lo más divertida.



CAPÍTULO 14

Ese domingo solo por ser diferente, se levantó temprano y se vistió con su *look* de deportista *fashion*. Se había despertado sin tanta flojera, se sentía un poco más ligera e incluso podría decir que hasta animada.

Cuando ya estaba metiendo todo lo necesario en su mini bolsa de deporte sonó el timbre, le extrañó que Luis llegara tan pronto, ya que los mensajes que habían intercambiado para quedar tenían apenas diez minutos. Fue a abrir la puerta y se encontró con Andrés. Se sorprendió, pero de inmediato recordó que se había apuntado al entrenamiento en la comida de la semana anterior en casa de su amigo.

Lo invitó a pasar haciéndose a un lado, un acierto por parte de ella, porque pudo apreciar descaradamente su indumentaria. Llevaba unos pantalones cortos negros ajustados dejando poco a la imaginación combinando con una camiseta de tela especial para hacer deporte color amarillo, una gorra negra y unas gafas de sol Ray Ban tipo aviador que le quedaban como todo, de revista.

—Buenos días, Perla —saludó desganado acercándose para darle un beso en la mejilla, se quitó las gafas y se fue a sentar a “su” sillón.

A ella no le pasó desapercibido el semblante de cansancio y las ojeras tan marcadas que traía, por lo que preocupada preguntó:

—Vaya, qué carita traes, pareces cansado. No era necesario que vinieras, ¿pasaste mala noche o te fuiste de fiesta?

—Gracias, tú también estás muy guapa. No me fui de fiesta, solo que no pegué ojo en toda la noche —respondió con un suspiro cansado.

—¿Y eso?, ¿te encuentras mal? ¿O te pasó algo? —dijo interesada, sentándose junto a él.

—Desde algún tiempo sufro de insomnio. Lo he tratado de muchas formas, a veces los remedios funcionan y luego dejan de hacer efecto. Hago ejercicio a diario por las noches para desestresarme y normalmente consigo por lo menos descansar tres o cuatro horas, pero anoche no pude dormir nada. Además, me pasó algo que yo creía tener superado, tuve una sensación de ansiedad que me dejó mucho más agotado.

No sabía por qué le había confesado aquello, de hecho, solo su familia cercana estaba al tanto de aquel desajuste que sufría. Pero al habérselo contado a Ana se sintió bien, en confianza, veía en sus ojos una preocupación sincera y cuando terminó de hablar se sintió un poco mejor.

—No te voy a preguntar nada más. Si quieres hablar sabes que aquí estoy para ti. Si quieres que intentemos buscar alguna solución, solo tienes que decírmelo —lo tranquilizó, apoyando la cabeza en su hombro, mirando hacia otro lado, queriendo evitarle un momento incómodo al sentirse expuesto en algo tan personal, trató de darle su espacio.

Andrés quiso decirle que un buen remedio era dormir en ese sofá, o en la cama de su dormitorio. Más bien lo que le aportaba un poco de paz y tranquilidad a su sueño era ella. Aquella palabra “intentemos” le caló hondo. En ese momento no encontró las palabras correctas para expresar lo que sentía, primero tenía que acabar de creérselo él para poder ordenar sus ideas y decírselo con toda certeza.

El sonido del portero rompió con el momento. Ana quería decirle que podían dejar el entrenamiento para otro día, pero Andrés se adelantó al levantarse de su asiento y con una mano la ayudó a que ella se levantara también. Antes de dejarla avanzar o decir algo le robó un beso

chiquitín y le dio las gracias.



Los cuatro se metieron en el coche de Luis para dirigirse al bosque de Tlalpan. Al llegar calentaron unos minutos haciendo estiramientos y dieron juntos una vuelta a trote lento por la pista marcada. Una vez preparados comenzaron a internarse en el bosque disfrutando del paseo, los cuatro llevaban buen ritmo, pero no iban muy deprisa en consideración a Ana.

Cuando les quedaba poco para terminar el recorrido que se habían marcado, Ana sintió la vibración constante de su teléfono y les hizo señas para que continuaran al ver que la pantalla indicaba el número teléfono de su madre. Nadie le hizo caso y todos se pararon ella su lado para esperarla. Ella contestó extrañada de que su madre la llamara desde el teléfono celular, ya que no sabía bien cómo funcionaba, por lo que casi sin aliento descolgó y escuchó atentamente.

—¡Hija, menos mal que te encuentro! —exclamó su madre alterada.

—¿Qué pasa, mamá? —contestó asustada de escuchar a Lucía así.

—Que tu padre se ha caído. Estaba arreglando la parte delantera del jardín, no recordó el desnivel y está muy lastimado del brazo. Pedimos un taxi y vamos camino al hospital que está cerca de casa. ¿Podrías venir? No localizo a tu hermana.

—No te preocupes, mami, voy para allá. Estoy en el bosque de Tlalpan con Luis, pero no creo que haya tráfico, ahora mismo llego. —Colgó muy aturdida.

Les explicó la situación a todos y sin perder tiempo se fueron con ella para acompañarla al hospital. En el camino Andrés intentó tranquilizarla. La mantuvo abrazada todo el tiempo y también llamó a su hermano Santiago para que le hiciera el gran favor de ir adelantándose al lugar para saber el estado del padre de Ana y tratar de agilizar los trámites para el ingreso y su atención inmediata. Afortunadamente Santiago Montero tenía su consulta ahí mismo y le quedaba muy cerca de su casa, por lo que llegaría en cuestión de minutos al hospital.



Al llegar la situación ya estaba controlada. Julio había sido ingresado inmediatamente gracias a que Santiago ya estaba ahí esperándolo, incluso él mismo se hizo cargo de supervisar las radiografías, medicamentos y curas que le estaban efectuando. No se había separado del paciente ni un momento. Todo esto se los contó Lucía, quien, ya más tranquila, estaba sentada en una comfortable sala esperando poder pasar a ver a su marido.

En el tiempo que duró la espera, estuvieron comentando principalmente el percance de Julio. Lucía se sorprendió de la presencia de Andrés y a pesar de la situación en la que estaban, trató de averiguar todo lo que pudo. A primera vista no se fijó bien, pero después de un rato se percató de que era un muchacho muy guapo, educado y muy agradable. Y no le pasó desapercibido tampoco el interés que mostraba en su pequeña y que no habían perdido aquellos dos el contacto físico desde que llegaron, siempre le daba la mano o la tenía abrazada.

No tuvo mucho tiempo de seguir indagando porque Santiago salió a comentarles la situación del paciente. Tras saludarlo, todos escucharon muy atentamente que todo estaba bien. Tenía una fisura en el codo, pero ya estaba controlado y medicado para evitar en la manera de lo posible el dolor. La recuperación sería larga e incómoda, pero su estado de salud en general era bueno, de hecho, le tendrían preparada el alta en un par de horas ya que no necesitaba operación, solo en un futuro cercano un poco de rehabilitación.

En lo que esperaban el alta para llevar a los padres de Ana a su casa, Lucía se fue a hacerle compañía a su marido, y Ana, después de pasar a verlo para darle un beso, se fue a la cafetería del hospital a desayunar con Andrés. Santiago pasó a despedirse, pues lo esperaba su esposa en casa, y Ana aprovechó para agradecerle de corazón su intervención y su presencia ahí.

Luis y Lisa, al ver que todo estaba bien, se disculparon porque tenían que irse. Ese día tenían que hacer el curso prematrimonial en la iglesia y era un requisito asistir para que hubiera boda. Ana también les agradeció su compañía y su cariño dándoles besos y abrazos.

Una vez solos, y ya en la cafetería, Ana se acercó a Andrés para darle un beso en la mejilla y agradecerle a él también todo su apoyo de aquella mañana.

—No tienes que darme las gracias. Somos un equipo, somos amigos, Perla. Somos muchas cosas por si no te has dado cuenta. —Y cuando quiso decirle algo más vio llegar a Lucía que los buscaba para que se fueran a casa.

Tomaron un taxi ya que los coches estaban en casa de Ana. Andrés conoció a Julio, el padre, y de inmediato hubo química entre ellos porque no dejaron de hablar en todo el camino. Andrés no solo la tenía encandilada a ella, sus padres también habían caído redonditos ante sus encantos. Nunca se planteó que los presentaría, pero sin duda esta había sido una situación peculiar y nada incómoda, porque como el tema central era el codo de Julio, lo de menos en ese momento era su no relación con él.

Andrés y Ana tomaron el coche de Julio para ir a comprar las medicinas que le habían recetado y también a hacer la compra de la semana para Lucía, ya que como esta no conducía le iba a ser complicado trasladarse. Fue muy divertido ir con Andrés al supermercado, ya que él nunca iba por esos lugares. Era un peligro para la economía, quería llenar el carrito de la compra con un sinfín de antojos y bebidas que no estaban en la lista que les había dado su madre.

Cuando regresaron dejaron todo acomodado y se despidieron de los padres de Ana ya que eran conscientes de que el enfermo necesitaba descanso y tranquilidad, en lugar de tener que atender visitas. Lucía no insistió en que se quedaran y cuando estos se fueron poco le faltó para brincar de gusto de haber visto a su hija acompañada de un muchacho tan guapo y especial.

Esa tarde la dedicaron a descansar, por supuesto en casa de Ana. Pasaron la televisión a la habitación. Alquilaron una película por cable y pidieron comida china a domicilio. Todo esto lo habían hecho en un acuerdo que no necesitó de permisos ni explicaciones, ya que era obvio que era el plan perfecto para los dos.

El previsor de Andrés, por no decir el mañoso de Andrés, tenía en la cajuela de su coche todas las compras del día anterior, además de la maleta del gimnasio muy bien preparada con todo lo necesario para poder quedarse ahí. No era buen momento para estrenar los pijamas nuevos, por lo menos así lo consideró Ana, quien después de un baño se puso uno de pingüinos. Andrés no pudo contenerse y al verla se burló por lo menos durante cinco minutos. Ana, en venganza, le dijo que, si quería ver la película en la cama y no en el suelo se tenía que poner el del Joker, que ella le había comprado.

La tarde pasó volando y por la noche pusieron la película. A Andrés seguramente le pareció

malísima, ya que se quedó dormido apenas había empezado. Andrés necesitaba su remedio para el insomnio y decidió tomarlo en ese momento ya que lo requería con urgencia. Se quedó a dormir, el día había estado cargado de emociones, confesiones y presentaciones improvisadas, pero también con muchos momentos divertidos y agradables. Sin olvidar mencionar que además de todo lo anterior, el día también tuvo muchos besos.



El comportamiento de Andrés durante la semana fue más cercano. La esperó para comer todos los días e incluso la acompañó una tarde a su oficina en Polanco para que firmara unos documentos. Ya conocía a Mónica porque se la habían presentado en San Miguel Regla, pero ese día conoció a Marco y de paso a Alejandro que casualmente estaba por ahí ayudando. Estuvieron apenas una hora en la oficina de Ana, pero Andrés, que era muy observador, tuvo la oportunidad de ver las miradas que Alejandro le dedicaba a ella.

Cuando terminaron y se despidieron de todos, Andrés la invitó a cenar antes de dejarla en su casa. Pidieron algo ligero en un restaurante japonés de ambiente tranquilo, fue entonces cuando Andrés se animó a preguntarle por su negocio y los proyectos que llevaba, aparte de Empresas Montero. Quedó gratamente sorprendido de saber lo tenaz y capaz que era esa mujer para llevar a cabo todos sus proyectos profesionales.

Ana, ya en confianza y viendo lo receptivo que estaba Andrés esa noche, le contó un poco la historia de cómo había montado su propio negocio. Fue inevitable abordar el tema de Alejandro cuando Andrés le preguntó por su participación en las consultorías. Ana le contó con sinceridad y sin dramas toda su historia con él. Trató de relatarle todo lo más objetivamente posible, sin caer en victimismo ni lamentaciones. Le dijo también que le tenía gran estima y que agradecía la ayuda que le estaba ofreciendo ahora que estaba tan saturada de trabajo. Le aclaró, por si le hubiera quedado alguna duda, que era un buen amigo y ya no le guardaba rencor por su comportamiento durante la relación que habían tenido. Existía respeto y una distancia lógica que tanto ella como Alex mantenían.

Andrés, mientras escuchaba toda la historia, pasó por diferentes estados de ánimo, primero celos, muchos celos de Alejandro porque la había tenido incondicionalmente durante mucho tiempo. Después mucha rabia al enterarse de lo que la había hecho sufrir, pero al final solo sintió lástima por aquel sujeto, la había perdido, pero sobre todo al recordar la nostalgia y resignación que reflejaban sus ojos cuando lo descubrió mirándola.

Al terminar la cena Andrés fue consciente de que el tema del que habían estado hablando no había afectado a Ana. No notaba añoranza ni tristeza y eso, sin duda, lo llenó de tranquilidad. Tendría que andarse con ojo con aquel amigo por si acaso, pero no lo sentía como un rival. ¿Rival? ¿Desde cuándo se había vuelto tan posesivo con ella?



Ya era viernes y Ana había salido temprano de la oficina para tener tiempo de arreglarse con calma para la fiesta de esa noche en casa de los Montero. Le pidió a su esteticista de confianza, Griselda, que fuera a su casa para que la peinara y le hiciera la manicura y la pedicura para quedar guapa.

Estuvo toda la tarde dejándose consentir por Gris, mascarilla de brillo y un baño de color en el cabello, depilación del contorno de las cejas y partes varias de su anatomía muy urgentes, *spa* de manos y pies con esmalte a juego y una mascarilla en el rostro para reponer frescura y quitar impurezas de la piel.

Cuando su hada madrina de la belleza se fue comprobó el reloj y vio que le quedaba una hora para estar lista antes de que su príncipe azul pasara a recogerla.

Se maquilló con mucho esmero haciendo resaltar sobre todo los ojos, había cuidado mucho de quedar muy guapa sin que se le fuera la mano con el maquillaje y parecer otra persona, o peor aún el payaso de la fiesta.

El vestido que había elegido de su guardarropa era nuevo, lo había comprado meses atrás en unas rebajas por insistencia de Lena, que era compradora compulsiva, además, en cuanto lo vio se había enamorado de él y al probárselo decidió que eran el uno para el otro, y esta era la ocasión perfecta para estrenarlo.

Ya vestida, maquillada, perfumada y con su bolso de mano y abrigo listos, decidió pasar el poco tiempo que le quedaba de espera haciéndose una foto para mandarla por mensaje a sus amigas y hermana por medio de un grupo de *WhatsApp* que tenían.

Todas le contestaron casi al instante acordando por decisión unánime que se veía como una princesa, tanto por la elección del atuendo como por su arreglo, pero sobre todo porque la mirada tan iluminada que tenía, la hacía que todo en conjunto quedase espectacular.

El timbre sonó y con un nudo de nervios en la garganta fue a abrir la puerta, como si detrás de ella la estuviera esperando la cita más importante del resto de su vida. Bueno, esto lo sentía, pero afortunadamente no tuvo mucho tiempo de meditarlo, si no se hubiera quedado muerta de miedo y sin abrir.

Cuando se miraron, los dos se quedaron sin palabras, Andrés iba vestido con un *smoking* que le quedaba como para dejar sin respiración a cualquier mujer que lo viera, recién afeitado, el peinado con un toque desenfadado y ese olor que la volvía literalmente loca.

Andrés, por su parte, haciendo gala de una amplia y sincera sonrisa, admiraba a Ana sin disimulo haciendo un escaneo completo de todos los detalles. Llevaba un vestido rojo fresa descubierto de un hombro y con un tirante de pedrería fina en el otro. La parte de arriba era ajustada con algunos pliegues y un buen escote que le daría más de un problema a lo largo de la noche a la hora de tratar de no mirarlo. La cintura estaba marcada iniciando la parte de abajo del vestido que era de doble gasa sin vuelo con abertura en ambos lados de las piernas.

El maquillaje y el peinado la hacían lucir preciosa sin perder su esencia, pero lo que más le gustó fue la mirada que le dedicó cuando lo vio.

Sabía que estaba perdido por ella, ya había tenido unos días para asimilarlo y tratar de darse ánimos él solito para dar el paso, para sentirse valiente y afrontar dignamente sus sentimientos con las ventajas y consecuencias que esto le trajera, pero al verla, en ese momento se declaró definitivamente enamorado y a sus pies.

Andrés se acercó y le tomó la mano depositando un beso en ella mientras la miraba.

—Estás preciosa, Perla.

Hubiera querido decir un millón de cosas más, pero las palabras se le quedaron atoradas por la

emoción. No importó, porque, al parecer, todo aquello que sentía lo pudo percibir Ana y feliz de la vida le contestó también sonriendo.

—Tú también estás muy guapo, ¿nos vamos?

—¿Y si te secuestro y te tengo solo para mí?, estás demasiado guapa para que todos te vean — propuso él pícaramente, medio en broma y medio en serio.

—No, señor, ahora me llevas a la fiesta para que pueda lucirme, tardé un buen rato para obtener este resultado, además de que soy invitada del homenajeado y no puedo fallar. Deja de molestarme, anda, vamos.

Y cogidos de la mano salieron del departamento de Ana hacia la primera cita de verdad que tendrían siendo conscientes cada uno de sus propios sentimientos.

Tenían una noche por delante que presagiaba que iba a marcar un antes y un después en esa “no relación” que ambos se habían empeñado en evitar.



CAPÍTULO 15

Iban llegando a casa de los Montero cuando Andrés recordó que tenía un regalo para Ana, el cual con la emoción del momento en que la vio cuando pasó a recogerla, se olvidó por completo de darle.

Una manzana antes de llegar a su destino, Andrés paró el coche y apagó el motor para poder girarse y mirarla.

—Perla, sé que lo apropiado hubiera sido hacerlo en tu casa, pero en cuanto te vi me olvidé... tengo un regalo para ti. —Se llevó la mano al bolsillo del pantalón y sacó una cajita negra.

Ana seguía sus movimientos y palabras sin entender nada. Se quedó muda a la espera de saber qué contenía la caja y el significado de sus palabras.

Andrés abrió el estuche y en el interior pudo ver una hermosa perla engarzada en oro blanco con una cadena delgada del mismo material. Con un gesto de seguridad, que distaba bastante de lo que estaba sintiendo por dentro, la sacó y se la mostró quedando a la espera de que ella dijera algo.

—Andrés, es preciosa —dijo emocionada mientras admiraba su regalo. De inmediato se llevó las manos al cuello para desabrochar el delicado collar que llevaba y le hizo una seña para que le pusiera su regalo.

Al ver la reacción tan positiva por parte de ella en aceptar su regalo, se sintió más tranquilo, y admirando la perla en su escote apenas atinó a hablar.

—Fíjate lo que son las cosas, ya me había dado cuenta de lo que eras para mí, pero estuve leyendo el significado de las perlas y averigüé que tienen muchas cualidades que no imaginaba. Mucha gente las usa para armonizar el cuerpo espiritual con el etéreo y así tratar de alcanzar un equilibrio. También ayuda a neutralizar el miedo a sentir, permitiendo manifestar emociones y miedos ocultos. ¿Qué te parece? —preguntó nervioso por conocer su respuesta a tan ambigua declaración de intenciones.

—Primero te vuelvo a decir que es precioso el regalo, pero sobre todo el detalle. Sobre lo demás... solo te digo que me alegra que me hayas puesto ese sobrenombre, ahora al saber que tiene un significado tan especial me gusta más. —Tomando ella la iniciativa sujetó su rostro de Andrés con las dos manos y le dio un beso en la nariz.

Ese gesto tan tierno provocó en Andrés una revolución emocional, ¡con qué poco se sentía tan pleno! Y con una sensación de felicidad por parte de ambos, reemprendieron la marcha dispuestos a disfrutar de la noche.

La casa de los Montero esa noche lucía espectacular. Había una gran carpa en el jardín con al menos veinte mesas vestidas muy elegantes y pequeñas lámparas casi al ras del césped que marcaban un camino para llegar a ellas. En el centro del lugar había una pista de baile de vidrio templado con iluminación en barras de luces de led de muchos colores que le daban una vista de lo más acogedora.

Tomados de la mano se dirigieron a la mesa donde se encontraba el festejado. Lo felicitaron y saludaron a toda la familia y amigos con los que se encontraron y se ubicaron en una mesa donde, además de los hermanos de Andrés, se estaban sentando algunos primos de su edad.

Para gran sorpresa de Ana, su acompañante, sin soltarla ni un solo momento, la presentaba a todos sus conocidos como su novia ¿cuándo se lo había pedido? Es más ¿en qué momento ella le

había dicho que estaba de acuerdo con semejante título?

La velada y la compañía fueron inmejorables. Degustaron algunos entrantes, para dar paso, después a una deliciosa cena de cuatro platos que disfrutaron al máximo, pues los dos, seguramente de los nervios, tenían mucho apetito. Había una carta de coctelería, vinos y licores de la mejor calidad, que no pudieron hacer menos que deleitarse con ellos.

Un grupo tocaba en vivo y amenizaba la fiesta. Todas eran melodías muy acordes al gusto del festejado, baladas, un poco de música de las grandes bandas y algunos clásicos en inglés. Pero en el momento en el que el grupo se estaba tomando un descanso aparecieron los mariachis, todos muy elegantes con sus trajes blancos impecables y botones en plata haciendo lucir más su atuendo.

Comenzaron cantando *Las mañanitas* en honor del cumpleaños. Le siguieron *Mujeres bonitas*, *La Bikina* y *El día que me quieras*, entre otras.

Estaban todos sentados disfrutando del espectáculo y en especial ellos dos que estaban muy cerca el uno del otro cuando comenzaron los acordes de una canción especial que hizo que Andrés se acercara a su oído para susurrarle:

—Esta canción es solo tuya. De mí para ti. Expresa mejor que yo lo que me haces sentir.

La mitad que me faltaba, melodía que se había hecho famosa interpretada en voz de Alejandro Fernández y que ahora con esos mariachis comenzó a sonar.

*Tú eres como el agua
Que bebí de la montaña
Tú eres esa lluvia
Con la que se baña el alma
Eres una estrella
Por la madrugada
Eres luz que llena
Todas mis mañanas
Tú, tienes en los ojos
Un lenguaje sin palabras
Tú llevas en los labios
Agua dulce azucarada
Tienes la belleza
Que jamás mirara
Eres una reina
Eres una dama
Tienes en los brazos
El calor que yo buscaba
Sabes comprenderme
Como yo necesitaba
Tienes la ternura
Que yo no encontraba
Eres simplemente
La mitad que me faltaba
Tú dejas a tu paso*

*La mejor de las fragancias
Tú entras en mis sueños
Cuando se te da la gana
Me gusta tu cuerpo
Me gusta tu cara
Y me gusta el ritmo
Que lleva tu falda.*

Ana no pudo evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas. Inspiró varias veces para no dar la nota echándose a llorar de la emoción ahí mismo, pero es que era demasiado. Estaba desbordada, nadie, nunca, había tenido un detalle tan maravilloso, ni le había dedicado una canción tan hermosa.

Ya eran muchas emociones, muchos detalles, muchas miradas, muchas horas juntos, muchos abrazos, muchos besos, ¿qué era lo que esperaba? Este hombre no era muy hábil para las declaraciones, pero si de algo estaba segura era de que lo había visto esforzarse y ser más valiente que ella.

Tenían mucho de qué hablar y mucho que contarse y aclarar antes de seguir por el camino que iban, pero si algo tenía claro era que no se iba a echar para atrás.

—¿Esto es una declaración, Sr. Montero? —le preguntó susurrando en su oído con una sonrisa juguetona cuando consiguió que le volviera la voz.

Y siguiendo toda la conversación en susurros para que los demás comensales que estaban cerca no tuvieran participación directa en aquella charla.

—Pues creo que sí. No se me ocurrió otra forma mejor que poniendo a alguien que lo dice mejor que yo. ¿Qué opinas? ¿Te gustó? —contestó Andrés para no verse tan cursi y quedando a la espera de su respuesta.

—Qué puedo decir si llevo dos horas siendo tu novia... eres un insolente, con eso solo querías que no te echara pleito, y por eso me ablandaste antes ¿verdad? Y sí, claro que me gustó.

—Ana, mi Perla... te quiero. —Se atrevió a decir.

—Yo también te quiero, Andrés —le confesó con emoción.

Y con un beso muy recatado, para no dar espectáculo, sellaron esas declaraciones, para seguir disfrutando de la fiesta... y de ellos mismos.

ANDRÉS

El joven Andrés Montero terminó la carrera de Negocios Internacionales con muy buenas notas, en una muy prestigiada universidad de la Ciudad de México.

Además de su idioma natal, dominaba perfectamente el inglés y el francés, pero se propuso que al terminar la carrera quería aprender a hablar también alemán a la perfección y poder cursar en ese país una especialización que le sería muy útil para su currículum.

Tenía algo de experiencia laboral por los ratos que dedicaba entre sus estudios a aprender un poco del gran negocio familiar que dirigía su padre, pero estos no eran compromisos laborales fijos que le impidieran detener sus sueños.

Cuando Andrés le contó a su familia los planes que tenía en mente, estos se mostraron muy entusiasmados y decidieron apoyarlo al cien por ciento para que pudiera conseguir lo que quería. Eran una familia muy unida, cariñosa y con los medios económicos suficientes para ayudarlo a lograr sus objetivos.

Andrés era un joven que, aunque siempre sacó buenas notas, no sacrificaba su juventud ni su diversión por estar metido entre libros, más bien era muy organizado, constante y con muy buenos métodos de estudio, que unidos a su inteligencia nata le dieron siempre muy buenos resultados en ese aspecto de su vida.

Era un muchacho normal, como cualquier otro. Cuando pasó por la adolescencia les dio varios disgustos a sus padres, pero nada fuera de lo que se considere normal para la edad. Le gustaba salir de fiesta, tenía muchos amigos con los que nunca le faltaba compañía y diversión.

Ya desde joven era muy alto, atractivo y varonil, por lo que lógicamente siempre tenía a más de una chica pendiente de sus pasos y suspirando por sus huesos.

No era muy enamorado, pero le gustaba divertirse sin compromisos como era lógico por la edad. Fue inevitable que en aquella época tuviera algunas novias. Cabe mencionar que les tenía cariño y había pasado buenos momentos, pero nunca sufrió de mal de amores. Nada que ver con lo que algunos amigos le contaban cuando estaban a punto de cortarse las venas por no ser correspondidos por la chica que aquellos consideraban el amor de su vida y se cogían unas borracheras de premio Guinness.

La relación que tenían en su casa a pesar de ser gente de mucho dinero era tan normal como muchas familias. Su madre siempre estuvo al cuidado de sus hijos, muy pendiente de sus necesidades. Su padre, a pesar de que tenía siempre mucho trabajo, dedicaba todos los fines de semana a pasarlos en familia. Le había enseñado a montar en bici y a conducir, cuando tuvo la edad para hacerlo.

Tenía un hermano mayor llamado Santiago, que le sacaba tres años, y una hermana menor llamada Tania, a quien le sacaba ocho años, y como son todos los hermanos, estaban de bronca constante por tonterías, pero a la hora de la verdad siempre estaban unidos.

Un par de meses después de que Andrés consiguiera el título profesional tenía ya todo listo para mudarse a Berlín y poder seguir con sus planes. Unos amigos de la familia que vivían ahí le ayudaron para agilizar los trámites de la matriculación en una escuela de idiomas y también a conseguir un pequeño departamento de alquiler para que viviera de manera independiente en su nueva etapa en aquella ciudad.

En México no dejaba novia esperándolo, solo muchos amigos con quienes prometió seguir en contacto por e-mail. Su familia estaba triste con su partida, siempre habían estado muy unidos, pero entendían que llegaba el momento en el que tenía que volar solo y ser independiente para tratar de alcanzar sus sueños. El verlo tan ilusionado ayudó a que se quedaran un poco más tranquilos, aunque también el dinero, algo a su favor, ya que podrían ir a verlo de manera regular.

Fue muy difícil para Andrés acostumbrarse a la vida independiente. Todo se lo tenía que hacer él solito. No le quedó más remedio que aprender a cocinar, si no quería morirse de hambre o ponerse como un tonel por comer siempre comida basura. También aprendió a lavar, a medio planchar, a limpiar y disfrutar de su soledad. Era una ventaja que se cayera bien a sí mismo, porque así siempre encontraba la manera de pasarlo bien.

Tuvo seis meses de clases intensivas de alemán, le costó mucho trabajo y esfuerzo poder aprender el idioma, ya que a pesar de que era muy listo y organizado, se le hizo complicado. En ese tiempo aprovechaba los días libres que tenía para, mochila al hombro, conocer y viajar por el

viejo continente.

En esa época hizo algunos amigos con quienes quedaba de vez en cuando, pero no llegó a conectar de manera demasiado personal con ninguno, o ninguna.

Su familia fue a verlo unas cuantas veces, aunque su permanencia era corta. Aun así, esas visitas le recargaban las pilas para continuar sus planes.

Cuando obtuvo un nivel aceptable del idioma hizo los trámites necesarios para entrar a hacer la especialización en una universidad de renombre en Berlín. Era un lugar muy grande, que ofrecía todo tipo de opciones académicas.

Un día que no le había dado tiempo de desayunar se pasó por la cafetería de la universidad para tomar algo antes de que empezara su clase. Estaba solo en una mesa mirando por el ventanal el trajín de la gente que iba y venía a esas horas, cuando de repente alguien llamó su atención, era una chica muy bonita que estaba sentada en un banco fuera del lugar, tenía unos papeles en las manos y estaba llorando. Consultó su reloj y vio que todavía le quedaban veinte minutos para la clase, pagó su consumición y salió para encontrarse con aquella muchacha que había llamado su atención. Al llegar a su altura se sentó junto a la joven y se presentó, ella agradeció el gesto y le dijo que se llamaba Hanna. Andrés le preguntó si podía hacer algo por ella y la chica sin pensarlo le dijo que sí, que le vendría bien hablar con alguien.

Ese día ninguno entró a clase, estuvieron paseando por un parque cercano, Hanna le contó que el motivo de su tristeza era que el novio que tenía desde el instituto se había mudado de país y solo le había dejado una carta de despedida. Después de mucho tiempo compartido no se había dignado a contarle sus planes y a despedirse en condiciones.

Hanna estaba muy triste, le contó también que desde que habían entrado en la universidad su relación ya no era la misma, el susodicho la evitaba en la medida de lo posible para tener vía libre y salir solo con sus nuevas amistades. Su noviazgo ya estaba deteriorado, pero, aun así, ella creía que merecía como despedida algo más que una simple carta dejada en el buzón.

Ese día comenzaron una gran amistad que en poco tiempo dio pie para empezar una relación amorosa. Hanna era más joven que Andrés, ya que ella apenas estaba comenzando la carrera de veterinaria, pues le encantaban los animales. Era una chica alta de cabello castaño oscuro, piel muy blanca, ojos azules muy claros y complexión delgada.

Pasaban mucho tiempo juntos y la joven poco a poco lo fue integrando en su círculo de amistades y también en su familia, quienes aceptaron a Andrés de muy buena gana, pues veían que a pesar de ser un poco mayor que ella la trataba con respeto y mucho cariño.

Su relación cada vez iba mejor, al pasar algunos meses el padre de Hanna le ofreció trabajo en una compañía farmacéutica de la cual este era directivo. Se integró en el área administrativa y le fue muy bien, tanto, que al terminar sus estudios le hicieron un contrato permanente en la empresa.

Andrés y Hanna estaban muy enamorados, hasta ese momento él no supo lo que era en realidad ese sentimiento. Creía que podría llegar a dar todo por ella. Su novia era una mujer dulce, entregada, leal y muy divertida.

Pasaron un par de años en los que tuvieron tiempo suficiente para conocerse, disfrutarse y consolidar su relación.

Cuando llevaban apenas unas semanas viviendo juntos Hanna comenzó a alternar los estudios con unas prácticas en centros veterinarios y granjas.

Ya pasadas las seis de la tarde de un martes, Andrés estaba en la oficina, le faltaba poco para irse a casa, pero estaba haciendo tiempo adelantando trabajo porque la lluvia no cesaba, había

caído una tormenta muy fuerte y, además, no tenía prisa ya que ese día Hanna le había avisado que llegaría más tarde porque tenía que visitar unas vacas en una granja a las afueras de la ciudad.

Estaba concentrado en lo que hacía cuando su teléfono sonó, vio la pantalla del celular y sonriente contestó pues era el número de Hanna. Pero no fue su voz la que escuchó.

—Buenas tardes, ¿es usted familiar de la señorita Hanna Endler?

—Sí, soy su pareja, Andrés Montero. ¿Qué le ocurre a Hanna? ¿Dónde está ella? —contestó de inmediato, preguntando al borde de un ataque de nervios.

—Señor Montero, la señorita Endler ha tenido un accidente con su automóvil. En estos momentos está siendo trasladada al hospital St. Josheph–Krankenhaus. Le pido, por favor, que se dirija ahí para que le puedan dar informes, yo soy oficial de policía, estoy en el lugar del accidente y tengo en mi poder sus pertenencias que más tarde pasaré a dejar al hospital. Solo quise informar de lo ocurrido y este número es el último marcado, por eso mi llamada la recibió usted.

Le agradeció al oficial la llamada mientras salía a toda prisa de la oficina para tomar un taxi. En el camino habló con el padre de Hanna para avisarle de lo ocurrido. El trayecto se le hizo eterno y cuando por fin consiguió llegar se fue directo al mostrador para pedir información sobre la salud de Hanna.

Después de minutos que le parecieron horas un médico se acercó, se presentó y le pidió que lo acompañara a un cubículo que estaba vacío para poder hablar en privado. Una vez sentados el doctor le dio la noticia que tanto había temido desde que se enteró del accidente... Hanna había muerto.

Aquel momento fue el inicio del hundimiento de Andrés Montero, su vida se desmoronó en segundos, quedó completamente roto, sin esperanzas y sumido en el vacío.

Los padres de Andrés al enterarse de lo ocurrido viajaron inmediatamente para estar con su hijo. Imaginaban que se encontraría mal, pero lo que encontraron los desarmó por completo.

Su familia tuvo que alternarse por meses para no dejarlo solo, Andrés no quería moverse de aquel país ni regresar a México. Le dio primero por beber hasta perderse, después accedió, más por fastidio que por ganas, a ponerse en tratamiento con un terapeuta, el cual no dio resultados inmediatos y al verse de nuevo desesperado fue derivado a un psiquiatra que lo empezó a medicar con un tratamiento de antidepresivos.

Pasaron muchos meses para que Andrés pudiera conseguir una estabilidad emocional y continuar con su vida, pero ya nada era igual, él y todos los que lo rodeaban creían que era más fuerte, sin embargo, se habían equivocado. Las dosis de los medicamentos iban bajando poco a poco, aunque tardó más de un año en poder prescindir de ellos. Las crisis de ansiedad que sufría por las noches habían desaparecido, más el insomnio quedó permanente.

Había renunciado a su anterior trabajo cuando estuvo en crisis, pero después de llevar un tiempo más estable consiguió otro en una empresa de ensamblaje de automóviles en esa misma ciudad. Había nacido un Andrés nuevo, un hombre que vivía al margen de los apegos sentimentales, una persona cínica, poco comprometida y sin metas a largo plazo que se dedicaba a vivir el día a día.

Después de mucho tiempo insistiendo, los padres de Andrés lograron convencerlo de regresar a la Ciudad de México. No lo presionaron para que decidiera de inmediato qué hacer con su vida, pero entre comentarios pudo notar lo que se esperaba que hiciera, así que con muy pocas ganas decidió incorporarse a Empresas Montero.

Todo en él era una apatía constante hasta que un día en que llegó tarde a una reunión en la empresa y descubrió a una hermosa joya que, aunque él no lo sabía aún, le cambiaría la vida para siempre.



CAPÍTULO 16

La fiesta terminó para ellos a la una de la madrugada y cuando estaban despidiéndose de los padres de Andrés, estos la tomaron por sorpresa ofreciéndole cada uno un emotivo abrazo, dándole la bienvenida a la familia.

Andrés, tan confiado como era, ni siquiera consultó con Ana si podría quedarse en su casa, ya iba preparado con una pequeña maleta para pasar el fin de semana con ella. ¡Qué bueno que actuara de aquella manera! Así ella no tenía opción de pensarse demasiado las cosas. Ya los dos se tenían tomada la medida, eran tal para cual.

Al entrar en el departamento los dos se miraban sin disimulo, sin esconderse nada, Andrés la abrazó sin perder aquel contacto visual que tenían.

—Perla, ¿sabías que tienes poderes? —preguntó con una sonrisa tierna y sincera.

Ella negó suavemente con la cabeza, embelesada de poder estar ahí con él de la forma que tanto ansiaba.

—Ana... haces magia. Ha aparecido en mi interior algo grande, muy grande, que quiero darte y que espero lo aceptes. Y si no es mucho pedirte, desearía que fueras generosa y te compadezcas de este pobre imbécil para ofrecerle, aunque sea, un poquito de aquello que te guardas y que no quieres que nadie tenga.

Ana no quería llorar, ya se parecía a su madre, pero es que ¡por Dios! Esa declaración tan honesta y hermosa era de novela. Mucho mejor de lo que podría haber soñado que le sucediera algún día. Perdida en esos ojos y en sus brazos no quiso ya quedarse con nada.

—Te doy todo lo que tengo guardado, es mucho, Andrés, va mi resto contigo, solo te pido que lo conserves tal y como te lo ofrezco ahora.

—De eso no tienes que preocuparte. No sé si lo merezco, pero sí sé que lo deseo como nunca había deseado nada. Sé que tenemos que hablar de muchas cosas, ¿quieres hacerlo ahora?

—No, Andrés, ahora solo te quiero a ti. Ya habrá tiempo de hablar.

Y tomándolo de la nuca lo acercó a ella para demostrarle todo lo que quería.

Aquella noche fue inolvidable, los dos se entregaron sin reservas dejando fluir todo lo que había nacido entre ellos. Hubo instantes de ternura, de irse descubriendo muy despacio y poco a poco, pero en algún momento al verse en aquella espiral de intensidad emocional dieron paso a la desesperación de querer ser uno solo sin excusas, sin reservas y sin miedos.

Ya de madrugada, Ana, agotada, satisfecha y pletórica, no podía dejar de pensar en que todo lo que le había pasado la había llevado a donde se encontraba en ese instante y con quien en ese momento la tenía abrazada. Había pasado malos momentos, pero ahora entendía que era parte del camino que le tocaba recorrer. De su corazón parchado ya ni se acordaba.

Pasaron un fin de semana intenso, dando rienda suelta a todas las demostraciones de amor que se les ocurrieron. También hablaron mucho y se sinceraron, Ana le contó con todo lujo de detalles el porqué de su recelo para abrir su corazón de nuevo, relatando todas y cada una de las veces que le habían fallado.

Andrés la escuchó muy atentamente, asimilando toda la información y tomando nota, (aunque no fuera necesario por el amor que le tenía), de todo lo estúpido que puede ser un hombre, para no caer ni por asomo en ninguna conducta parecida, que a ella le hiciera dudar de él.

Cuando llegó su turno, tomó una gran bocanada de aire y sin pensarlo comenzó.

—Se llamaba Hanna...

Para Andrés fue más difícil aún, pues aparte de tratar el tema con los terapeutas nunca había expresado ante nadie lo que significó esa etapa de su vida y lo que sintió cuando se quedó tan solo que se perdió a sí mismo.

Al terminar aquella catarsis emocional, los dos se sintieron en paz consigo mismos y como pareja, dejando ir de una vez por todas a todos sus fantasmas y temores.



Después de unas semanas en las que estuvieron viviendo en una nube y que prácticamente Andrés se había instalado en casa de Ana, llegó el día en que los proyectos por los que Ana fue contratada en Empresas Montero finalizaban. El señor Montero la fue a buscar a su oficina para hablar aprovechando que en ese momento estaba sola.

—Ana, magnífico trabajo, ya he revisado los informes finales del último encargo y estoy muy complacido con los resultados. Yo te quería proponer, más ahora que ya eres de la familia, que te instales de manera permanente en la empresa, te ofrezco un contrato fijo y una oficina para que puedas llevar algunos proyectos externos si así lo deseas. Te tengo mucho aprecio y te estaremos eternamente agradecidos de que hayas devuelto a mi hijo a la vida, es algo que no podré pagarte nunca. ¿Qué me dices?

—Señor Montero, agradezco la oferta, pero no sé ahora mismo qué decirle. Lo que ha pasado entre Andrés y yo ha sido sincero y ha llegado solo, yo no lo he salvado, nos hemos rescatado mutuamente y hemos tenido la suerte de encontrarnos en el camino y querer vivir esta historia juntos.

—De señor Montero nada, soy Adrián, para mi familia solo soy eso, y niña tú ya eres parte de ella, por la bendita suerte, por el destino o porque ya nos tocaba así. Ya nos tuteábamos, no sé a qué vino ese arranque de formalidad. No solo te lo ofrezco por Andrés, lo hago también porque eres una persona valiosa a nivel profesional y me gustaría contar contigo en mi negocio. Por lo menos piénsalo.

—Gracias, Adrián, te prometo que lo pensaré.

Ana quería hablar con su novio de la propuesta que le había hecho su padre. Llevaba toda la tarde sin verlo, le había mandado un mensaje al celular diciéndole que tenía un compromiso para la comida, pero no había especificado si lo esperaba para ir a casa o no.

A casa... sonaba bien, era precipitado pensarlo, pero no le desagradaba la idea.

Cuando salió decidida a irse en su coche y esperar su llamada mientras preparaba algo de cenar, Cristina, la Barbie recepcionista, la interceptó.

—Ana, yo ya me tengo que ir, pero te quería preguntar si tú sabes qué puedo hacer con esta maleta que me dejó encargada la chica que se fue a comer con Andrés.

—¿Qué chica, Cris? —le preguntó Ana, saltándole todas las alarmas en su interior.

—Espera, que lo anoté por aquí... es que el nombre era de lo más complicado. Mmm... Sí, aquí lo tengo, se llamaba Nadja, apenas nos pudimos entender porque la pobre no habla casi nada de español, dijo que era una vieja amiga que venía de Alemania. Y se ve que se conocían desde hace tiempo porque apenas lo vio y casi lo deja sin aire del abrazo que le plantó.

—¿Y era vieja? —Ana siguió con su interrogatorio al más puro estilo de su madre.

—No, de vieja nada, era una chica que no pasa seguro de los treinta, alta, muy guapa... — Entonces se calló de golpe al ver la cara de la pobre Ana, pero ¡qué tonta! Si era la novia del jefe a la que le estaba dando la descripción de la mujer que salió con él. Rectificando quiso animarla—. No, Ana, ni te creas que era tan bonita, era más bien delgaducha y sin gracia, muy sosa la mujer.

—Déjalo, Cris, no tengo idea de quién es esa persona y tampoco me puedo hacer cargo de sus pertenencias, déjalas con el vigilante. Hasta luego. —Y se marchó con la cabeza dándole vueltas a mil por hora.

Diría su madre *la burra no era arisca, la hicieron*.



Todo el camino fue tratando de centrarse en pensar en otra cosa, quiso poner su lista de canciones favoritas y cantar para pasar el rato, sin embargo, cada maldita canción que sonaba hablaba de amor y ella no estaba lo que se dice para esas melodías. ¿Por qué Andrés no le había dicho dónde iba?, ¿por qué todavía no la había llamado?

Estaba muy posesiva, sabía que no era un comportamiento muy adulto de su parte enojarse tanto, pero es que Andrés la tenía muy mal acostumbrada con tantos detalles y siendo siempre franco y transparente con ella.

¡»Bienvenida, furia! Hacía tanto tiempo que no te pasabas por aquí «! se dijo estacionándose en la cochera de muy malos modos, suerte que ya tenía memorizada la maniobra, si no, de menos se ganaba un buen rayón en la salpicadera.

Llegó sin hambre, solo se tomó un jugo de naranja que encontró en el refrigerador, se desmaquilló y escogió su pijama. Cuando dio con el que quería se dijo: «¡Qué se joda! Hoy toca el de pollos, ni seda, ni encaje, ni traje de Eva».

Se acostó con el teléfono en la mano, lo revisaba cada dos minutos y nada de noticias. Estuvo tentada de llamarle, pero el orgullo se lo impidió. Y elaborando una y mil historias, todas cabe mencionar, muy desfavorables para su tranquilidad, se quedó en un duermevela muy inquieto.



A la mañana siguiente lo primero que hizo fue revisar su teléfono y nada. Entonces tragándose el orgullo le llamó. Uno, dos, tres tonos y no contestaba, ya estaba por colgar cuando por fin atendió la llamada.

—Perla. —Su voz sonaba somnolienta y... ¿Resacosa?

—Solo quería saber si seguías vivo, y ya que lo comprobé te dejo, adiós. —Y le colgó el teléfono echando chispas.

Sonó entonces su celular, se quiso resistir a contestar, pero ya que tanto insistía, si quería escucharla, bien la escucharía.

—¿Qué quieres, Andrés? —respondió de manera ruda y contundente.

—Primero que nada, perdóname por no llamarte ayer, ya te lo explico después. Y segundo, cuando alguien muere por lo general te enteras muy rápido, y te hablo con conocimiento de causa.

A pesar del enojo que traía, aquel comentario le cayó como un jarro de agua fría, ¡esa boca, Ana! tanto criticar a su madre y ella hacía lo mismo.

—No lo dije por hacerte daño, Andrés, y no tienes que darme explicaciones, de hecho, no las quiero ni las necesito, tú sabrás lo que haces con tu tiempo y tu vida. La maleta de la “señorita” que salió contigo ayer se la dejaron al vigilante, por si te interesa saberlo. Te lo digo porque hoy ya no me presento en Empresas Montero. Adiós, Andrés. —Esta vez, al colgar, apagó el teléfono. Mente en blanco, sí, eso quería. Ocupar sus pensamientos en otra cosa o se desmoronaría... otra vez. Maldito karma.



Llamó a Lisa para decirle que se tomaba el día libre para ayudarla con los detalles que faltaban de la boda. Solo quedaba una semana para el gran día de sus amigos. Por suerte la encontró y esta, feliz, aceptó su ayuda sin pensarlo.

Andrés se quedó helado, ¡Ana lo había mandado al diablo! Así, sin dejar que se explicara. Había vuelto a ser un imbécil. Debió llamarla y acudir a su lado, pero se sentía mal y no había querido que ella lo viera así. Por eso, al ver que se había excedido de copas en la comida que tuvo con Nadja, decidió pasar la noche en casa de sus padres. Fue poner la cabeza en la almohada y quedarse profundamente dormido hasta que la llamada de Ana lo despertó.

Después de que le colgara por segunda vez, intentó muchas veces comunicarse con ella y todo el tiempo le desviaban la llamada al buzón de voz. Se dio un baño de agua helada para despejarse y salió deprisa para casa de su novia. Ya tenía llaves por lo que no tuvo que tocar el timbre. Entró y la buscó, pero su Perla no estaba ahí. Fue a su oficina de Polanco, sin embargo, Mónica le dijo que no se había presentado a trabajar y no sabía nada de ella.

Paró en la cafetería de la esquina y se tomó un café bien cargado pensando dónde podría encontrarla. Estuvo a punto de ir a casa de los padres de Ana, pero descartó la idea, mejor llamar a Luis y que él le ayudara a investigar.

—Luis, hola. Soy Andrés y necesito que me ayudes.

Le contó su versión de lo que había pasado. Después, en confianza, ya que sabía que era un buen amigo, se atrevió a añadir lo que estaba sintiendo en ese momento.

Luis que adoraba a Ana, pero que también era una persona inteligente y objetiva, lo escuchó y creyó todo lo que aquel pobre infeliz le había contado. Lo tranquilizó y le aconsejó que esperara en casa de Ana hasta que pudiera averiguar dónde estaba.

Le dijo también que era lógico que Ana hubiera reaccionado de esa manera. Le explicó que no tomara todo eso como un fallo de su relación, la Flaca (como Luis la llamaba) estaba ya muy escarmentada con situaciones de ese tipo, era normal que quisiera alejarse, estaba seguro de que lo había hecho para protegerse.

Más calmado hizo lo que su nuevo mejor amigo le había dicho, se fue a casa de Ana a esperar noticias.

Una hora después recibió la llamada de Luis, y nada más descolgar lo acribilló a preguntas.

—¿Sabes ya algo de ella? ¿Dónde está? Necesito verla.

—Tranquilo, colega, está con mi mujer. Salieron a recoger el vestido de novia y a hacer las pruebas de peinado, ¿te lo puedes creer? Pruebas de mil moños diferentes o yo qué sé. No le digo nada a Lisa, porque está toda ilusionada y luego dice que soy poco empático y cosas así. ¡Perdón, me pudo el tema! A lo que iba, se encuentra con Lisa y está muy enojada. No quiere ni que se mencione tu nombre. Eso me dijo mi mujer.

—Entonces ¿qué hago?, ¡ayúdame! ¿Me la llevo por la fuerza? ¿La ato? ¿O cómo consigo que me escuche?

—Mira, amigo, ahora sí lo tienes complicado, dicen que para situaciones desesperadas se requieren medidas desesperadas. ¿Hasta dónde estás dispuesto a llegar por ella? Porque se me ocurren un par de ideas.

—Hasta el final, Luis, lo que sea necesario. Ya te conté que no le he fallado. Pero necesito que me crea y que ella se crea de una maldita vez que esto que tenemos es real y que no la voy a dejar de lado nunca.

—Entonces, se me ocurre que... —Mientras Luis hablaba, por la cara de Andrés fueron pasando diferentes emociones, primero desconcierto, luego temor, pero al final convencimiento total. Asintió a todas y cada una de las indicaciones y consejos que su amigo le daba. Ya había cogido carrerilla, las ideas fluían entre los dos como viejos amigos imaginando el final de una novela, y sin ser conscientes de ello, armaron el plan perfecto. Solo faltaba un pequeño detalle, cómo engañar a Ana para llegar hasta donde necesitaban que estuviera.



Ana y Lisa llegaron cerca de las nueve de la noche a casa de los futuros novios, agotadas. Luis ya tenía la cena preparada y estaba de lo más atento con las dos. Le propuso, no, le ordenó a su amiga que se quedara a dormir con ellos esa noche.

Durante la sobremesa de la cena Luis le guiñó un ojo de manera cómplice a su mujer, quien sin saber qué significaba eso, se imaginaba que había querido decirle que le siguiera la corriente, algo se traía entre manos su futuro marido.

Ana trató de estar de buen ánimo, pero no pudo, pasó casi toda la cena contestando con monosílabos, se la veía triste. Su amigo puso cara de agobio y trató de confortarla.

—Flaca, necesito pedirte un favor, es algo importante. Sé que no cualquiera lo haría por mí, y no te lo pediría si yo mismo me pudiera encargar del asunto. Es algo relacionado con la boda.

—Ya deja de darle vueltas, dime de una vez qué necesitas, sabes que cuentas conmigo. Te pareces a Sofía, no es necesario que me hagas chantaje, solo dilo.

—Está bien ¿te acuerdas de mi tía Concha?, la que es mi madrina, la que vive en Puebla.

—Sí, la que te regaló tu primera bicicleta, que te daba los mejores regalos de Navidad a ti que eras su consentido, me sé la historia de memoria, ¿qué pasa con la tía Concha?

—Pues que la tía, como sabes, es un poco rara la pobre, se tomó unos días antes de la boda para ir a curarse el reuma de la pierna con un poco de calorcito a nivel del mar. Uno de sus nietos fue a dejarla en Acapulco, pero ahora se le metió en la cabeza que no quiere viajar sola de regreso y nadie puede ir por ella. Se le ocurrió que yo, que como bien dices soy su consentido y el interesado de que

venga a mi boda, vaya por ella para que esté en la ciudad unos días antes y así acostumbrarse a la altura de la ciudad.

—¡No me digas! Y la Flaca, o sea yo, tengo que ir por la tía Concha, ¿no?

—¡Bruja y lista! Exacto. Pero mira, te mando en avión y ella saca los billetes de vuelta. Si quieres no llesves equipaje, en cuanto vayas te la traes el mismo día, o sea mañana. Puedes ¿verdad, flaquita?

—Qué remedio. Paso para cambiarme mañana a mi casa y me das los datos del vuelo.

—¡No! Lisa te presta ropa. Cuanto más temprano te vayas, más pronto podrán estar de vuelta. Ya tengo el billete reservado para las ocho de la mañana. Te paso a dejar al aeropuerto, es lo menos que puedo hacer ¿no crees?

—Ya lo creo. Pues mañana me voy por la tía Concha... Que te sirva para valorar lo que te quiero.

Ana no lo sabía, pero le habían puesto unas gotitas de Melisa en el té para que estuviera relajada y pudiera tener más posibilidades de descansar esa noche, cosa que no sucedió.

Ya en la intimidad del dormitorio, Luis pudo contarle a su futura mujer con todo lujo de detalles toda la historia de Andrés, el malentendido y lo que habían pensado para solucionarlo.

Lisa estaba loca de amor por Luis, pero ese día al ver lo buen amigo, celestino y romántico que era, se enamoró un poquito más de él, si eso era posible.



CAPÍTULO 17

Toda desmañanada subió al avión. Lo bueno era que en su bolso llevaba unas gafas de sol oscuras, porque las ojeras le llegaban hasta los pies y los ojos los tenía rojos de haber llorado por la noche.

Cuando llegó al puerto de Acapulco tomó un taxi y le indicó al chofer la dirección del hotel donde se encontraba la tía Concha. Cuando llegó lo primero que pensó fue que la tía tenía muy buen gusto para elegir hospedaje. Se dirigió a la recepción y pidió el número de habitación de la persona que buscaba. El recepcionista demasiado sonriente le indicó el camino para la *suite* presidencial.

En el recorrido hacia la *suite* pudo apreciar que el hotel era precioso, de hecho, no estaba en la zona hotelera, se encontraba en una urbanización de casas de muy alto nivel económico. Estaba situado entre dos cerros y la playa, aunque no era muy extensa, era privada, el agua del mar era completamente cristalina y la arena se veía que estaba tibia y suave. Tomó el ascensor y pulsó el número del piso deseado. Salió y caminó hacia una gran puerta que estaba al fondo y que indicaba que era donde encontraría a la adorable anciana.

Llamó la puerta, pero esta se abrió con el poco impulso de sus nudillos. Entró despacio y buscó a la tía en aquella *suite* que parecía un departamento. No la veía y entonces con voz modulada comenzó a llamarla.

—Conchita, ¿está por ahí? Soy Ana, la amiga de Luisito, vine a buscarla... ¿Conchita?

De Conchita ni sus luces. Entró en la habitación y vio la cama llena de pétalos de rosas rojas, «¡Anda con la tía Concha!, ¡qué romántica!», pensó.

El balcón estaba entreabierto, pero las cortinas de gasa no permitían ver el exterior, ondeaban con el viento que venía de fuera, seguro que la viejecita ya estaba medio sorda. Dejó su bolso en un mueble que encontró por el camino y dirigió lentamente sus pasos para ir a su encuentro, pues no quería asustarla llegando de sopetón.

Una vez puso un pie en el balcón vio que la tía no estaba, pero en su lugar se encontró con un hombre endiabladamente guapo apoyado en la barandilla y que la miraba. Su expresión pasó de la sorpresa a la furia en cuestión de segundos.

—¡Pero qué demonios!

—Ana, aunque tenga que atarte a la cama me vas a escuchar. Ya avisé en el hotel que mi mujer está un poco loca, así que no te servirá de nada gritar —le dijo Andrés muy decidido acercándose cautelosamente, como si de verdad estuviera considerando la idea de atarla.

Mmm... atarla, no sonaba mal, en esa enorme cama, con todos esos pétalos y el calor que hacía, la brisa del mar que se colaba por el balcón y con lo guapo que estaba... «¡Céntrate, Ana! Por impulsos así, por andar de ligera mira cómo estamos», la regañaba aquella voz interior. Volviendo a su actitud fría se sentó en un camastro que tenía cerca.

—Tienes cinco minutos para hablar antes de que salga por aquella puerta —contestó señalando hacia el interior de la *suite* alzando una ceja al más puro estilo de María Félix. De algo había servido ver las películas mexicanas antiguas con su abuela cuando la visitaba, le salió igualito.

—Suficientes, mi amor. —Se puso en cuclillas a su altura y mirándola con esos ojazos siguió hablando—. Te amo como jamás pensé que una persona podría hacerlo, y mucho menos yo. Es un

amor maduro, consciente, intenso y real. Te necesito en mi vida. La mujer con la que fui ayer a comer se llama Nadja y es la hermana de Hanna. Estaba de paso en México, va camino a Dallas a encontrarse con su esposo, pero quiso pasar a verme para entregarme unas joyas que yo le había regalado a su hermana. Dijo que me pertenecían y por eso me las dio. Fue una sorpresa verla, me pareció cortés invitarla a comer y durante la comida estuvimos hablando de ella.

Ana lo miraba con los ojos muy abiertos, no se atrevía a abrir la boca por miedo a meter la pata.

—A Hanna yo ya la dejé ir, ya me despedí de ella definitivamente cuando decidí empezar algo contigo. Ahora solo es un hermoso recuerdo. Y eso fue lo que le dije a Nadja, le hablé de ti y ella se alegró de verme feliz, le devolví las joyas y le dije que estarían mejor con ella. Lo que bebí me cayó mal, seguro tantos recuerdos me agarraron con la guardia baja y cuando me despedí y salí a la calle me sentía mal. No quería que me vieras así y pensaras que había bebido por el anhelo de ella. Me fui a casa de mis padres y al tumbarme en la cama caí rendido.

—¿Ya terminaste? —intervino Ana indecisa de lo que debería hacer en ese momento.

—No, todavía me quedan dos minutos.

Entonces metió la mano en el bolsillo de su pantalón y por arte de magia apareció en su mano un anillo con un enorme diamante que brillaba intensamente con la luz del sol.

A Ana se le escapó el aire de los pulmones quedando muda con los ojos abiertos como platos. Miraba alternativamente el anillo y aquellos ojos vidriosos que le decían millones de cosas sin necesidad de palabras.

Andrés apoyó una rodilla en el suelo y antes de que Ana pudiera caer desmayada de la impresión siguió hablando.

—Este anillo es una prueba real de que lo que siento por ti es inmenso y definitivo. Te lo quiero entregar con la promesa de compartir una vida a tu lado, en donde tú eres y serás siempre la única, porque no necesito nada ni a nadie para ser feliz si tú estás conmigo. Te lo doy consciente de saber que estaremos juntos en los buenos y en los malos momentos. No me veo siguiendo el camino si no vas de la mano conmigo. Por eso y, como ya se acabaron mis cinco minutos, te pregunto ¿Ana, mi perla, quieres casarte conmigo?

Ana se abalanzó sobre él cayendo los dos al suelo y se lo comió a besos. Después de unos minutos, estiró la mano y se la ofreció, fue entonces que por fin se le permitió volver a hablar.

—Quiero pensar que eso es un sí ¿verdad?

—Verdad —le contestó Ana mientras miraba el anillo ya puesto sobre su mano con una sonrisa digna del mejor anuncio de dentífrico.

Por supuesto, estuvieron varios días en aquella *suite* de Acapulco. Andrés había llevado una maleta preparada con todas las cosas que ambos iban a necesitar.

Disfrutaron de paseos por la playa, cenaron en restaurantes que tenían una vista privilegiada del mar, se dieron su buen adelanto de la luna de miel, nadaron en las aguas cristalinas del hotel a la luz de la luna, dieron buen uso al *jacuzzi* que estaba en la habitación y hasta habían salido a bailar un día.

Habían hablado con sus amigos por teléfono para comunicarles sus planes, y en uno de esos momentos cuando estaba hablando con Luis por el celular, muy abrazada de su amor, a tono de broma le reclamó.

—Con que la tía Concha... traidor, y yo que sigo creyendo todo lo que me dices.

—Era por una causa noble, Flaca, debes saber que lo hice justamente porque te quiero.

—Lo sé, que sepas tú también que te lo agradezco en el alma. Sin tu ayuda no sería tan feliz.

¡La tía Concha está que te mueres...! Me hace ver estrellitas como cinco veces al día.

—Cállate, tonta, no es necesario que me des detalles, ni que fuéramos amigas, no me gusta imaginar a mi hermanita en esa tesitura, ¡más respeto!

—Ja, ja, ja. Me encanta hacerte enojar, de verdad que lo disfruto.

Cuando hablaron con los padres de Andrés casi podían imaginar que poco les faltó para dar saltos de gusto con la noticia. De inmediato Sonia, su suegra, pidió hablar con Ana para darle mil ideas de lo que tenía pensado en cuestión de segundos para la boda, que tal como pintaba sería muy pronto.

Cuando les tocó el turno de comunicar la noticia a los padres de Ana, esta se hacía pequeña imaginando la reprimenda que se iba a llevar, primero por andar viviendo en pecado en Acapulco con su novio, y después, por soltarles semejante noticia por teléfono y sin previa autorización por su parte, pero para su sorpresa no fue así.

Lucía, como era de esperar empezó a llorar, pero de felicidad por su pequeña. No solo el sueño de Ana se hacía realidad, también los anhelos de verla feliz, formando su propia familia, la tenían tremendamente conmovida. Julio, su padre, no puso ningún tipo de objeción, los felicitó y se comprometió a tener lista para su regreso una comida familiar en donde la familia de Andrés estaba invitada al igual que los amigos más cercanos para festejar el futuro enlace.

Con su hermana fue un poco más de lo mismo. También lloró de la emoción y se alegró de que hubiera seguido su consejo al haberse arriesgado de nuevo a vivir. Tardó un buen rato con esa llamada, pues todos quisieron hablar con los novios, además de su hermana, su cuñado y sus sobrinos que se arrebataban el teléfono para interrogarlos y felicitarlos.

Era el primer día del resto de sus vidas, ya eran una pareja para siempre, aunque todavía no estuvieran casados, ellos ya se habían dado el sí quiero. Ya estaban juntos sin prisas y lo que venía solo era un futuro lleno de promesas y vivir de la mano realizando todos sus sueños.

Porque los sueños, aunque a veces parezca que nunca los podrás alcanzar, de repente vienen con una oportunidad y si estás atento, eres valiente y te atreves... puedes sacar la mano para tomarla al vuelo, entonces tu vida puede cambiar y lograr que estos se hagan realidad.

Al día siguiente tenían que volver para la boda de sus amigos, estaban tumbados en una hamaca de la playa viendo el atardecer.

—Me robaste el corazón, Perla, este mismo que late por ti —declaró tomando su delicada mano y colocándola en su corazón—. ¿Sabes lo que es? —continuó muy dulce acariciando su mejilla con la mano que le quedaba libre.

Ana negó haciéndose la inocente, pero se sorprendió cuando Andrés se puso en pie y agachándose en la orilla escribió en la arena:

“Es un corazón para Ana”



EPÍLOGO

Las hermanas estaban sentadas en la alfombra del amplio e iluminado salón de la casa de Ana. Tenían desperdigadas por el suelo algo así como mil fotografías que se había empeñado en imprimir. A Ana le gustaba hacer algunas cosas a la antigua, tener los álbumes de fotos palpables en las manos para poder pasar las hojas y acariciar con los dedos los recuerdos que habían quedado capturados.

Los momentos más felices e inolvidables de su vida estaban esparcidos ante sus ojos.

—Pásame primero las de antes de la boda, Sofía. Las vamos a poner en estos que tengo aquí preparados.

Las fue colocando por orden. Primero una foto familiar en la casa de sus padres donde todas las personas que querían estaban conociéndose y compartiendo su felicidad. Después fotos de ellos como pareja en diferentes poses y lugares donde habían estado. Su despedida de soltera versión familiar en donde no pudo faltar la tía Concha, que, a pesar de ser tía de Luis, ya era parte importante de su historia (había foto especial con ella).

Después la despedida de soltera con sus amigas tuvo que elegir con cuidado porque había unas muy pasadas de tono. Le hicieron bromas y juegos dignos de película xxx y remataron la noche con un *stripper*, que quien más gozó de su espectáculo fue Lena.

Le tocó el turno a la boda, las instantáneas de cuando se estaba arreglando en su antigua habitación de casa de sus padres ayudada por Lucía y Sofía, quienes se tuvieron que maquillar ya casi al final porque no paraban de llorar y hacer pucheros. Una muy hermosa en donde su padre le extendía la mano para ayudarla a bajar del coche y entrar en la iglesia. Otra donde, juntos, padre e hija, caminaban por una alfombra roja dirigiéndose al altar bajo la atenta mirada de todos los invitados. Muchas de la ceremonia religiosa en donde los novios tenían una mirada de amor cuando pronunciaban sus votos y se prometían caminar juntos lo que les quedara de vida.

Había fotos de la fiesta, donde se veía sobre todo mucha alegría, mucho baile, demostraciones de afecto por parte de todos los invitados y alguna travesura de sus sobrinos. Su sobrina preciosa vestida como princesa sintiéndose la dama de honor.

Después de un buen rato, apareció Andrés, su marido, que llegaba de trabajar. No se pudo levantar porque ya a esas alturas le costaba trabajo. Él, como sabía de sus limitaciones, se acercó para ayudarla y saludarla con un beso arrollador importándole poco la presencia de su cuñada.

—¿Cómo están mis princesas hoy? —preguntó el guapísimo y orgulloso Andrés, acariciando la abultada barriga de su mujer.

—La madre lo va llevando como puede; la pulga de aquí dentro, dando mucha guerra. Se ve que ya tiene prisa por salir. Y la princesa que hoy es la sirenita Ariel, jugando con su abuela en su habitación.

Y como si la hubieran invocado, llegó como un huracán la pequeña Ana Paula de apenas tres añitos para colgarse del cuello de su padre y así darle la bienvenida a su persona favorita: Su papi.

Ana estaba de casi ocho meses de embarazo, en breve daría a luz a su segunda hija a quien llamarían Regina. Llevaba de incapacidad en el trabajo unos días y los quería aprovechar para organizar todos los preparativos de su casa.

Finalmente, Ana se instaló en Empresas Montero y trabajaba media jornada, una ventaja de ser la nuera del dueño y esposa del director comercial.

Había tardado en encontrar su camino, se tropezó muchas veces, pero todo aquello había valido la pena, estaba convencida de que todo fue parte de un plan perfecto para esperarlo a él, a Andrés.
Y ahora sí, colorín colorado, que esta historia se ha acabado.

FIN



Un regalo para tu corazón es el siguiente relato, donde podrás conocer la historia de amor de Luis y Lisa, los grandes amigos de Ana que estuvieron acompañándola a lo largo de la novela.

NAVIDAD, AÑO NUEVO
Y... ¿TÚ?



NAVIDAD, AÑO NUEVO Y... ¿TÚ?

Navidad... época de compartir, de dar amor, de estar en familia.

Eso dice la publicidad del centro comercial, con carteles en todos los pasillos de las tiendas, en donde se muestran caras felices y sonrientes de familias perfectas con gorros de Santa Claus.

Yo ya tuve mi ración obligada del año, seguramente mi familia nunca podría ser parte de uno de esos carteles publicitarios, ya que estamos a siglos de celebrarlo como Dios manda.

Mi madre no cocina y, por consiguiente, ninguno heredamos ni el gusto ni la sazón para atrevernos a hacer semejante cosa; si no fuera por mi tía Josefina y a recientes fechas por mi cuñada Verónica, terminaríamos pidiendo una *pizza*.

Eso sí, con algo de pavo para sentir que estamos en sintonía con la celebración.

En la casa nunca hubo árbol ni regalos de navidad, mi padre decía que no había que dejarse llevar por el consumismo de las fechas, más bien yo creo que era una buena excusa porque es un tacaño consumado. Y mi madre como vivía para su trabajo, no le daba el tiempo ni las ganas para ocuparse de esas cosas.

Como mucho algún adorno colgado en la puerta o en alguna ventana.

Nos entregaban a mi hermano Roberto y a mí, un sobre con dinero para poder gastarlo en ropa y una mínima parte en algún capricho, claro está, después del día 26 que empiezan las rebajas.

Es por esa razón que a mí me da igual si viene Navidad, no tengo arraigada la tradición, y, la verdad, no me hace ninguna ilusión. Más bien me pongo a temblar, porque donde se le ocurra a la tía Rosaura llegar con su ejército de hijos, nietos y agregados, ¡ahí sí se arma la fiesta!, —nótese el tono irónico— ya que la tía tiene una memoria excepcional, pero para todas las anécdotas negativas y para quejarse de todo el mundo sobre lo que le han hecho los últimos 45 años de su vida. Debería mostrarse en mi casa un cartel que dijera: Navidad... época de paciencia, tolerancia y oídos sordos.

¿A qué viene todo lo anterior?, pues que estoy hasta el moño de la época, afortunadamente solo me falta el brindis de la oficina por el fin de año, y de ahí directo a disfrutar de unas merecidas vacaciones en la playa con mis amigas Esther y Tania. Ahí recibiremos el Año Nuevo



Trabajo en una empresa mexicana importadora de productos provenientes de China, y soy la encargada del área de Recursos Humanos. Por lo que el brindis lo organizo yo. He contratado un *catering* para las cuatro de la tarde y calculo estar a lo sumo un par de horas, ya que mi vuelo a Puerto Vallarta sale a las nueve de la noche.

A la hora señalada, todos los empleados se encuentran reunidos, y la sala de conferencias ha sido transformada en un lindo salón de coctel, en donde los bocadillos y las bebidas están colocados de manera tan elegante y armoniosa que hasta pena da desacomodar tan laborioso montaje.

Somos casi cien personas, en su mayoría hombres, que como es lógico miran de reojo su reloj de

tanto en tanto, cuando han pasado casi cuarenta minutos y seguimos sin empezar, ya que el gran jefe no ha aparecido todavía.

Yo la verdad ya me estoy desesperando un poco, tengo el tiempo medido para llegar al aeropuerto y por ningún motivo estoy dispuesta a perder mi vuelo, pero también soy la responsable de este evento en la oficina y, aunque quisiera, no podría desaparecerme sin más. Trato de sonreír y captar algo de las conversaciones de unos y otros, pero, la verdad, me importa un pepino. Estoy tentada a marcar al celular del Sr. Ortiz para preguntarle ¿por qué demonios no está donde debe a la hora que él mismo propuso!

Ya casi me estaba convirtiendo en una mujer valiente a punto de llamarle, lo veo entrar a la sala, ¡uff! Me vuelve el alma al cuerpo. ¡Con lo que me urge que acabe este trámite!

—Buenas tardes, Elisa. —Se dirige a mí el señor Ortiz con toda calma dándome un apretón de manos—. Le ha quedado todo muy agradable para el brindis, buen trabajo. —Y se va, dejándome ahí plantada, a saludar a los demás empleados, así, con su calma de siempre, pero emanando esa autoridad que lo caracteriza y que hace que con una simple mirada se intimide cualquier mortal.

Ya quiero ver que alguno se atreva a contradecirle en algo.

Pasan los minutos y cuando estoy a punto de comerme la última uña que me queda sin mordisquear de la mano derecha, el Sr. Ortiz toma la palabra y comienza con su discurso para los empleados.

Bla, bla, bla... Un gran año, buen esfuerzo de todos... el nuevo director comercial..., yo apenas presto atención al discurso, pues estoy repasando mi lista mental de lo que llevo en el neceser para mi viaje, pero la última parte sí me interesa, nuevo director, ¿y yo, estoy aquí de adorno? ¡Si soy la de Recursos Humanos! Y no se me informa, ¿cómo dijo este hombre? Bueno, ya después de reyes averiguamos. Termina el discurso, todos directos a los canapés y a brindar.

Después al abrazo... me es incómodo, no soy mucho de recibir tantas muestras de cariño juntas y menos tantos abrazos sobeteados de parte de los compañeros. Aguanto como una campeona y dejo de último a mi jefe, así aprovecho para despedirme y recordarle que nos veremos hasta el seis de enero.

Salgo como un rayo hacia el estacionamiento, enciendo el motor y el reloj del auto me indica que son las siete con quince minutos. Necesito un milagro para llegar a tiempo.



Es diciembre, toda la gente está en la calle, todos los coches circulando y me encuentro en la vía rápida a paso de tortuga; digamos que la velocidad máxima que he alcanzado han sido los veinte kilómetros por hora.

Ya llevo cantadas ocho canciones de mi lista de favoritos, cuando escucho sonar mi celular. Sin perder la concentración de mis deberes de conductora responsable —según yo—, me estiro para tratar de alcanzar el bolso y buscar a tientas el aparato.

Fue un segundo, tal vez dos. Al tiempo que logro pescar el celular, siento un golpe en el auto que me hace parame en seco.

¡Madre mía, le choqué al coche de adelante!

Por supuesto, el conductor afectado para el vehículo y se baja de su auto. Lo veo venir hacia

mí. En primer lugar, le echo un escaneo rápido y apreciativo, ¡qué alto! Y esa espalda... —seguro es nadador—, buen gusto para vestir, y esa sonrisa... me quedo como boba.

¿Sonrisa? Si él me hubiera pegado a mí, de menos ya se hubiera llevado tres gritos.

De acuerdo, ¡qué remedio! Tengo que bajar a ver la tontería que he provocado. Intento abrir la puerta de mi auto, intento, porque no se abre, ni con un empujón, ni con dos, ni con tres. ¡Perfecto, he descuadrado el coche al punto que ni la puerta del conductor puedo abrir!

Me acomodo la falda todo lo que puedo, sin perder el *glamour*, y me paso con muchas dificultades al asiento del copiloto.

¡Bingo, esa sí se abre! Bajo lo más dignamente posible después de todo el espectáculo anterior, me aliso la falda y me acomodo el cabello. Todo lo anterior bajo la atenta y resignada mirada del guapo, alto y según yo, nadador afectado en este percance de tránsito.

Le dirijo mi mejor mirada, con caída de pestañas y todo, y le ofrezco la mano para estrechársela al tiempo que trato de hablar lo más tranquila que puedo.

—Hola, soy Elisa Macías, encantada. Te pido una disculpa por este pequeño percance, sin embargo, te dejo mis datos para que me pases la factura de los gastos. Lo siento, pero ahora tengo mucha prisa. Un gusto. Hasta luego. —Todo lo anterior se lo digo de corrido, sin apenas tomar aire (por aquello de no perder más tiempo, que ya de por sí tengo muy escaso para llegar a mi destino) le tomo la mano y le deposito ahí una de mis tarjetas de presentación.

Cuando estoy por darme la vuelta para regresar a mi auto, siento que me toma suavemente de la muñeca derecha, al tiempo que conectamos con la mirada.

—Espera. —Esos ojos... tiene una mirada muy dulce y penetrante a la vez—. Encantado, Elisa, mi nombre es Luis Arana, lamento mucho tener que contradecirte, pero no te puedes ir —me dice el muy... sin perder la sonrisa y esa calma que ya me está empezando a hartar.

—No me digas... —Alargo la última palabra con fingida incredulidad, agregando—: Y eso, ¿por qué razón? Si te acabo de dar mis datos y también te he dicho que te voy a pagar y que ahora mismo tengo mucha prisa. —En cada sílaba se puede apreciar perfectamente que los decibeles de mi voz van subiendo al punto de terminar la última palabra, (coloquialmente dicho) como una vieja loca e histérica.

Luis, el nadador, solo me señala con un alzamiento de cejas para que dirija la mirada hacia mi auto. Me quedo muda de la impresión. ¡Es oficial! , ahora sí voy a llorar. Cuando lo miro me doy cuenta de que está hecho un acordeón el cofre, ¡cómo no me di cuenta antes!

Y ya perdiendo la vergüenza, pues ya hice suficiente ridículo los pasados diez minutos, me tiro a los brazos del nadador para dar rienda suelta a todo mi berrinche, empapándole la camisa al pobre conductor afectado por mi culpa.

Pasan los minutos y yo ahí sigo, muy a gusto abrazada al desconocido, hasta que las sirenas de una patrulla interrumpen mi momento de desahogo con aquel sujeto que —tema aparte—, huele de maravilla. Me separo de él y miro su camisa blanca almidonada, empapada de todos los fluidos que salieron de mi angelical rostro, aderezado con rímel *waterproof* negro, muy bien esparcido y solo entonces, haciéndome chiquita, atino a pronunciar unas cuantas palabras.

—Lo siento. —Y ahora sí mi caída de pestañas es sincera y avergonzada, que conste.

Mi nadador me dedica una sonrisa condescendiente y se dirige a conversar con los oficiales de azul que acaban de bajar de su patrulla y miran mi auto moviendo la cabeza de manera negativa y con algo de lástima, diría yo. Veo que Luis está hablando en su teléfono y que después de unos minutos despide a los oficiales, los cuales se retiran a hacer algo de provecho por fin. Van a agilizar el tránsito, según creo.

Ya son las ocho de la noche, en este momento debería estar abordando el avión. Ya ni para qué me angustio más, he perdido mis vacaciones. Seguramente será imposible conseguir otro vuelo justo un treinta de diciembre. Se me escapan otras lagrimillas cuando lo veo venir hacia mí.

—Los del seguro no tardan en llegar y pedí una grúa para tu auto. En el caso del que yo conduzco, como es rentado, vienen para acá los encargados y me sustituirán la unidad. ¿Ya estás más tranquila, Elisa? —me lo dice con esa voz, que si estuviéramos en otras circunstancias le propondría patentar para comerciales de esos que solo salen de noche. Pero a pesar de su voz, me molesta su pregunta y trato de responderle siendo amable, cosa que no consigo.

—Tranquila... ¡Claro que no estoy tranquila! Estoy enojada, frustrada, avergonzada, con el auto destrozado, el rímel corrido y las vacaciones arruinadas. ¡Perdón!, pero así no creo que se pueda estar tranquila, ¿no crees?

—Y se puede saber ¿por qué me regañas a mí? Si mi única culpa fue que el destino me pusiera circulando delante de una mujer que no se fija por dónde va y se olvidó de pisar el freno de manera oportuna por estar buscando no sé qué, se-ño-ri-ta. —Ya esto último fue en tono de ironía, por supuesto.

—Y tú, nadador, ¿cómo sabes que me distraje buscando algo? —le pregunto muy envalentonada.

—Llevo observándote desde mi retrovisor, yo creo que cuatro interpretaciones, supongo que muy buenas, porque a leguas se notaba que se te iba la vida con cada melodía. Esos gestos, y hasta los ademanes con las manos, se te notaba la pasión. Y, por cierto, no soy nadador, no sé de dónde lo sacaste, pero dime ¿tú eres cantante?

Mi exnadador, ahora sí logró sacarme una carcajada. Debo parecerle una loca bipolar, pero de verdad, no puedo parar de reír.

Mientras esperamos la grúa, el ajustador del seguro y demás individuos que estarán involucrados por mi estupidez, nos ponemos a charlar. Me entero de que es nuevo en la ciudad, viene de León, Guanajuato, a trabajar aquí. Llegó antes para instalarse y poder ir adaptándose al ritmo vertiginoso de la gran urbe.

Yo le aclaro, primero que nada, que no soy cantante —de hecho, soy muy desafinada—, pero que me gusta mucho hacerlo, aunque sea solo para mí. Me disculpo por decimoquinta vez, de impactar mi auto contra el suyo, de ensuciarle la camisa y de todos los inconvenientes que le haya generado con este desafortunado incidente.

Y ya en confianza, también le cuento mi triste historia con mis vacaciones arruinadas, lo que odio estas fechas navideñas y de fin año, y lo cansada que me siento después de tantos meses de trabajo arduo. Con la nueva frustración de tener que pasar el fin de año encerrada en mi departamento viendo la televisión sola. Le comento de pasada, que como cada quien en mi familia tiene sus propios compromisos para estas fechas y mis dos únicas amigas de verdad están en la playa, ese será mi único plan para recibir el 2016.

Es muy probable que el melodrama que le acabo de narrar le haya conmovido hasta la médula, capaz que hasta ojitos y mirada del gato de Shrek le hice.

—No tiene por qué ser así, Elisa. Dime, ¿qué te gustaría hacer?, si pudieras pedir un deseo ahora mismo, ¿cuál sería para que cambies esa hermosa carita de pena, por una sonrisa? —me dice de inmediato, tomando mi mano y dándome un ligero apretón cargado de solidaridad.

Lo miro, y lo primero que me cruza la mente antes de derretirme por ese sujeto es «Comérmelo a besos», este hombre además de guapo es adorable, aunque no sea nadador.

Pero, a pesar de que sé que parezco una desquiciada muchas veces, me contengo, aplaco los

cochinos pensamientos que empiezan a inundar mi mente y respondo lo más cuerdo, honesto e inofensivo que se me ocurre primero.

—Poder pasar el Año Nuevo en Puerto Vallarta, como lo tenía planeado. —En ese momento solo escucho una palabra salir de sus labios.

—Hecho.

Decidimos que no hay motivo para esperar a la mañana siguiente a iniciar el viaje. Tratamos de conseguir pasajes aéreos, pero, por supuesto, fue absurdo siquiera haberlo considerado; en ninguna aerolínea y en ningún horario había un solo lugar disponible. Así que después de cenar algo rápido en un *Burger King* y recargar el depósito de gasolina del auto rentado de mi exnadador, tomamos la autopista a las doce de la noche, con destino a nuestra primera escala del viaje: Guadalajara, Jalisco.



Cómo pueden cambiar las cosas en un segundo, tal vez dos... Ahora estoy de camino en una carretera desierta, en plena madrugada, cantando a dueto *California Dreamin* —versión Sia—, con un completo desconocido, que lo único que sé es que se llama Luis Arana, no es nadador, es de León, trae un auto alquilado, es un caballero, está guapísimo, huele a gloria... Vale, con los tres últimos datos me ha sido suficiente para ir feliz, a pesar de todo lo que ha pasado hoy, en el asiento del copiloto, como si fuéramos colegas de toda la vida. Llámenme superficial, pero es un hecho real.

A las cinco de la mañana estamos entrando a Tlaquepaque, todavía es de noche, estamos muertos de sueño y cansancio, pero ya llevamos la mitad del viaje por lo menos avanzado.

Decidimos parar en un pequeño hotel *boutique*, muy chulo por cierto, para descansar un par de horas y darnos un baño antes de reanudar nuestro camino.

Paramos el auto y nos dirigimos a la pintoresca recepción del pequeño hotel, en donde tenemos que despertar con cuidado al encargado, que está roncando y durmiendo a pierna suelta en su silla. Luis es el encargado de dicha tarea.

—Disculpe, señor, buenos días. Necesitamos una habitación solo por unas horas.

El señor encargado, al despertar, se queda mirándonos, completamente inexpresivo durante al menos un minuto, ya hasta me empieza a dar un poco de “yuyu” este tipo.

De repente pestañea varias veces y se levanta como si nada.

—Buenos días, caballero y bella dama. Me apena decirles que no tenemos habitaciones disponibles para el día de hoy. Les dejo una tarjeta para que puedan hacer su reservación en algún otro momento. Estamos para servirles, porque aquí en Hotel Confort Tlaquepaque Resort México, nuestra misión es tener a nuestros clientes satisfechos —finaliza muy orgulloso, su discurso aprendido de memoria.

¡Vaya!, yo estaré ahora mismo muy cansada, pero de confort y de *resort* no le veo nada a este sitio. Que está bonito, eso sí, pero parece más una pensión que hotel. Le dirijo una mirada compungida al encargado y otra a mi exnadador, y este de nuevo toma la palabra, acercándose en plan cómplice al sujeto.

—Amigo, necesito de su ayuda. Solo serán unas horas, veré... —Y bajando un poco la voz

continúa—: Estoy tratando de quedar bien con esta hermosa mujer y necesito un poco de privacidad, usted me entiende, ¿no? Por fin he encontrado el amor, ¡no sabe lo que ha sido mi vida, querido amigo! Un verdadero viacrucis de decepciones y soledad. No puedo dejar escapar la oportunidad. ¡Imagínese que se me arrepiente!, quedará en su conciencia —termina con una cara de pena, que hasta yo estoy conmovida y se me antoja jurarle amor eterno en ese momento, a pesar de saber que está engañando al pobre hombre.

El encargado ha quedado impactado con aquella sentida confesión, nos mira, y soltando un suspiro de condescendencia nos informa que puede darnos una habitación, además, no nos va a cobrar nada. Corre por cuenta de la casa.

Se da la vuelta para salir del mostrador y le estrecha la mano a mi exnador acompañado de una palmada amistosa en la espalda.

—Suerte amigo, que es usted un gran hombre y se merece ser feliz —concluye, mirándolo conmovido.

Bueno, ¡casi me hace llorar de la emoción! Definitivamente, Luis se ha ganado un Oscar con esa actuación magistral. Tomo nota, mmm... por eso no hay que fiarse de los hombres.

Y al encargado, estoy a punto de abrazarlo por tener un corazón tan grande.

Nos dirigimos a nuestro “nido de amor”, y yo me pregunto «¿qué se pensará este?, ¿que de verdad vamos a dormir juntos?, espero que no». Yo soy una mujer muy actual y sin prejuicios, pero de eso, a encamarme con un desconocido, así como así, pues va a ser que no. Por muy guapo, exnador, caballero, que huele divino, con cuerpo de infarto, sonrisa sincera, ojos de... ¡YA! No y punto. Solo hay una cama de matrimonio, ni un sillón, nada más. No es una habitación cutre, aunque sí es minúscula. Muy limpia, con su mini baño y nada más.

—Pues a dormir un rato, Lisa, ¿te puedo llamar así? —me dice al tiempo que se va desprendiendo de su chaqueta, desabotonando la camisa, después le sigue el cinturón y cuando va por la cremallera del pantalón por fin puedo reaccionar.

—Sí. —Tengo que hacer un esfuerzo por que me salga la voz de nuevo—. Lisa está bien. Oye, disculpa, una observación ¿piensas dormir conmigo? Y así, ¿sin ropa?

—Pues no uso pijama, no tengo. Lo siento. Sería muy incómodo dormir con el traje puesto —responde como si fuera algo de lo más lógico.

—Está bien —murmuro zanjando el tema—. Me voy a dar la vuelta para darte algo de privacidad y cuando estés ya listo me dices. Me refiero, bueno, listo, dentro de las sábanas, ya preparado para, bueno... ya me entiendes... —termino, frustrada de parecer una retrasada libidinosa.

¡Si no gana una para vergüenzas, la verdad!

—Ya. —Escucho que me dice después de unos momentos.

— ¿Ya qué? —le contesto todavía mirando hacia la pared.

—Pues que te estoy avisando que ya estoy listo, ya seguí tus indicaciones, y ya estoy debajo de las sábanas esperándote para poder dormir. A este paso no descansamos nada y no llegas a recibir el año en la playa como quieres.

¡»Felicidades! Y el premio por la lunática del año es para: Elisa Macías ,«pienso mientras me giro y tratando de no mirarle descaradamente, acomodo en medio de ambos una almohada; no es que dude de él ,que se ve todo un caballero, más bien dudo de mí ,porque ya me está poniendo cardíaca mirarle el torso.

Lo único que me quito son las zapatillas y me suelto el cabello. Me acuesto en mi lado de la cama, muy en la orillita, digamos que con un cuarto de nalga en el aire y me quedo en posición de momia mirando al techo.

La verdad me muero de sueño y me urge descansar, pero entonces empiezo a pensar... qué tal si al quedarme dormida me caigo de la cama, o tal vez roco, o tal vez babeo.

No, mejor no me duermo.

—Lisa, ¿no piensas dormir un rato al menos? Puse la alarma de mi celular, no te preocupes, llegaremos a tiempo para recibir el nuevo año en la playa —me tranquiliza mirándome solo con uno de sus ojitos somnolientos.

—Estoy bien, gracias. ¡Si estoy descansando de maravilla!, tú duermes, no te preocupes.

—Bien —dice no muy convencido

—Bien —le contesto. No sé qué está bien, pero tampoco me gusta quedarme callada.

Pasan unos minutos y cuando creo que ya se durmió, me permito girarme un poco para mirarlo a descaro. No sé qué me pasa con él. Tiene como un imán que me atrae, no solo por estar tan guapetón, tiene un halo especial, irradia una energía muy positiva. Creo que hasta se me ha escapado algún suspiro, y de repente no sé más.

—Lisa, escúchame, ya es hora de despertar, bella durmiente. —Escucho que una voz me llama a lo lejos, bueno, no tan lejos. Abro los ojos y me encuentro a escasos cinco centímetros con el rostro de mi exnador.

—Tú primero, ve a vestirme y me dices cuando termines, así aprovecho dos minutitos más —respondo y me vuelvo a acomodar para disfrutar de mis ciento veinte segundos extras de sueño.

—Lisa —me susurra al oído, casi.

—Mmmmm.

—¿Me podrías soltar para que me pueda levantar? —Sin comentarios, está de más decir que aparte de loca, bipolar, amargada de las fiestas navideñas, choca autos y lo que se haya acumulado en las anteriores horas, ahora he quedado como acosadora. Me tapo la cara con la sábana y hago mutis.



Hemos tomado la autopista que nos llevará a mi tan ansiado destino, les he llamado a mis amigas para avisarles que llego a tiempo. No quise ponerme a dar explicaciones de todo lo acontecido porque sé que son unas chismosas y me hubieran tenido de menos veinte minutos al teléfono.

Esto de autopista es un decir, ya que estamos en un camino, con un carril de ida y uno de vuelta; lleno de curvas, pero eso sí, con un paisaje inmejorable, lleno de árboles y naturaleza.

Hemos estado charlando todo el camino, un poco de todo y nada a la vez. Ha sido contratado en una empresa a la cual se tendrá que incorporar en pocos días. Es el menor de tres hermanos y ya había vivido en la ciudad cuando estuvo en la universidad.

Pasamos por un lugar llamado El Puerto de San Blas, ¡vaya! Me lo imaginaba algo más *chic*, más... no sé, es bastante sin chiste, no entiendo cómo los de Maná hicieron su canción tan famosa, llamada con el mismo nombre, inspirados aquí. Pero como dicen, para gustos los colores y hay mucho excéntrico pululando por el mundo...

Nos detenemos a comer algo en una playa que nos recomendaron por su belleza, se llama Guayabitos. Es un lugar de ensueño, pero hay mucha gente y bastante escandalosa, por cierto. Como no me puedo poner en plan princesa, me quito los zapatos y nos dirigimos al puestecito

menos concurrido.

Ya estamos esperando nuestros platillos cuando Luis recibe una llamada y me pongo oído alerta para no perder detalle, y así escucho lo que dice.

—Que sí, Flaca. Llegué perfecto. Lo siento, no podré ir a casa de tus padres a la cena —se queda escuchando—, no te enojas, sabes que te quiero, que eres muy importante para mí... sí, ya tendremos tiempo de hablar y recuperar el tiempo perdido.

Ya me estoy empezando a enojar y mucho. Esa Flaca ¿qué? ¿Quién demonios es? ¿Quién se puede llamar Flaca? ¿Que no tiene nombre o qué? Pero cuando sí me da la estocada final es cuando escucho decirle a la tal *Flaca* sus palabras finales.

—Ya sabes que te adoro, que te deseo lo mejor y que tengo muchos abrazos guardados para ti. Besos, hermosa. —Cuelga feliz de haber recibido esa llamada, porque se le nota.

Mi corazón está hecho trizas. Como por comer y no digo ni pío. Me pongo triste, no es que esperara que me declarara su amor eterno, pero, para ser sincera, sí estaba ya un pelín ilusionada y de manera inconsciente tenía esperanzas. Ya sé que lo acabo de conocer, que sé poco de él.

Pudiera ser una mala persona, un criminal, un mafioso, un loco... pero en el fondo algo me dice que no es nada de eso. Y por eso lo lamento aún más.



Reanudamos el camino, y una hora y media después estamos entrando en el pueblo de Puerto Vallarta. Hablamos en su momento de que me iba a cumplir el sueño de traerme para que pudiera pasar un Año Nuevo decente y divertido, como lo tenía planeado. Pero nunca tocamos el tema de su participación en mi festejo.

Por supuesto, no le voy a hacer la grosería de despedirlo en la puerta del hotel, como si fuera solo un chofer alquilado, así que me armo de valor para preguntarle sus planes.

—Pues... ¡Ya casi llegamos al hotel! Has sido muy amable conmigo y quiero agradecerte todo lo que has hecho por mí, a pesar de la manera tan peculiar en la que nos conocimos.

—¿Me estás despidiendo, o es mi imaginación, Lisa? —me dice ya un poco más serio de lo que ha estado desde que lo conozco, sin quitar la mirada del camino.

—No, son ideas tuyas. Solo que me pareció oportuno decírtelo. Además, no me gustaría que te sintieras comprometido conmigo, ya has hecho bastante. Seguramente tendrás una familia o *alguien* esperando para pasar este día. ¿O me equivoco?

—No te equivocas. Pero mi plan ahora mismo es pasarla en este puerto... y contigo. ¿Tú tienes *alguien*, que se pudiera sentir invadido con mi presencia cerca de ti?

—No, nadie. De hecho, mis amigas están con sus novios en el hotel, yo vengo sola. Pero como tenemos una amistad ya de tiempo, no me sentí incómoda de venir de “salero” a festejar el Año Nuevo con ellos.

—Bien. —Ese odioso *bien*. No me basta con eso. ¡Necesito que me diga algo más que *bien*!

Hemos llegado al hotel después de otras tantas curvas, ya que está entre dos montañas. Esto sí es un *resort* y no la broma que fue el de Tlaquepaque. Aunque aquel tenía su encanto y seguramente no olvidaré mi paso por ahí.

En el camino Luis me dice que trae equipaje en su maletero, ya que tenía pensado salir de fin de

semana, así que no hubo necesidad de pasar a comprar nada extra para él en este viaje improvisado. Ya no quise preguntarle más de sus planes frustrados, porque no tengo cara después de habérselos arruinado, así que asumo que trae lo necesario.

En la recepción del hotel pido mi habitación reservada y ruego mentalmente —sin querer reconocer del todo ante mí misma—, que brincaría de gusto si no hubiera disponibles para mi exnador y tuviera que verme *muy forzada* a compartir la mía con él.

No tengo tanta suerte, ya que sí hay habitaciones disponibles. Por lo menos nos tocó a los dos en el tercer piso.



Ya son las ocho de la noche, reviví con la ducha tan prolongada que me acabo de regalar, una verdadera delicia. En cuanto arribamos les llamé a mis amigas para avisarlas de mi llegada, no me pude reunir con ellas ya que estaban en un paseo por el pueblo. Quedamos de vernos a las nueve de la noche en el bar del *lobby* y el mismo plan hice con Luis.

Me quiero poner muy bonita esta noche, por lo que me esmero en hacerme un recogido en el cabello que me haga lucir el rostro y un maquillaje discreto, aunque cuidando todos los detalles. Y el vestido... es de un tono azul turquesa con un sutil veteado plateado, completamente descubierto de los hombros y largo; bueno, el forro es de minifalda, pero encima está una tela de gasa en los mismos tonos casi transparente, que me llega hasta los tobillos.

Accesorios, bolso de mano, perfume, *gloss* sabor menta y una actitud de lo más ilusionada. ¿Ilusionada? Sí, eso he dicho.

Toda la decoración del hotel es acorde con la época y lo que se celebra hoy. Un árbol de navidad inmenso, natural y decorado con pequeñas artesanías mexicanas muy coloridas, es el centro de las miradas de los que pasan caminando por el *lobby*. Me acomodo en una estancia muy confortable al fondo de todo el trajín, mientras espero paciente a que sea la hora acordada por todos, para disfrutar de las vistas de la playa que está muy iluminada y con un montaje espectacular para celebrar la última noche de este año.

A las nueve en punto veo venir a mis amigas que esta noche están espectaculares, agarradas cada una del brazo de su chico. Esther es una mujer muy bonita y llamativa. Morena, de estatura media, cabello liso, muy bien combinado y arreglado, que desprende a su paso un aire muy *sexy* y que se nota a leguas que trae atontado al atractivo y altísimo de su Jonathan.

Tania es hermosa también, posee un rostro con facciones muy bonitas y delicadas, que sumado a la dulzura que desprenden sus ojos y su sonrisa, la hacen una mujer que atrae las miradas de todos, incluyendo la de su guapo y musculoso, Oscar.

—Ya nos estás contando el porqué de tanta demora y tanto misterio cuando llamaste para avisar mil horas después de tu retraso —regaña Esther, directa y concisa como siempre.

Y cuando estoy a punto de contestarle, algo atrae mi mirada y me quedo helada.

Fue un segundo, tal vez dos... lo que tardé en terminar de enamorarme de Luis, mi ex exnador y compañero de aventuras de las últimas horas.

Creo que hasta me olvidé de respirar. ¡Viene guapísimo!

Vestido con un conjunto de lino azul añil y una camisa color crudo, lo veo venir dedicando por

completo su mirada y su sonrisa hacia mí, como si nada más existiera a nuestro alrededor. (Tipo película romántica, solo falta la música de fondo, tara ra rara...).

¡Por favor! Quién me viera y quién me ve ahora, estoy hecha una ñoña por su culpa.

—Hola, preciosa —me dice al llegar hasta mí, dándome un prolongado beso en la mejilla que me supo a poco.

—Mmmm... —Bastante estúpida mi contestación, lo sé.

Afortunadamente el ángel de mi amiga Tania sale al rescate para presentar a todo mi grupo de amigos y así distraer un poco la atención de mi estado de pasmo.

Nos dirigimos a la playa para acomodarnos en la mesa que ya teníamos reservada para la celebración y, no es por presumir, pero desde que nos encontramos en el *lobby* Luis y yo, he sido objeto casi exclusivo de su atención y de su mano que no ha soltado la mía desde entonces.

Cenamos en un ambiente muy relajado y divertido. Casi hasta les disculpo a mis amigos las dos horas de burlas hacia mí, por haber chocado el coche de mi acompañante y provocar tantas aventuras. Todos están encantados con Luis y, mis chicas, como tienen tan buen gusto, no han dejado de guiñarme el ojo en señal de aprobación por la pareja que me cargo esta noche.

Ya tenemos las uvas listas y el animador del hotel, micrófono en mano, empieza la cuenta regresiva para las doce de la noche. Cuatro, tres, dos, uno...

—¡Feliz Año Nuevo! —Comienzan a sonar las doce campanadas y pongo mucha atención al llevarme a la boca cada uva para no atragantarme. Ya estoy harta de hacerle al tonto.

El primer abrazo que recibo no podía ser mejor. Luis me estrecha entre sus brazos con firmeza y ternura, agacha un poco la cabeza para acercar su boca casi a mi oído y antes de caer muerta y derretida me dice:

—Feliz Año Nuevo, te deseo que disfrutes de momentos mágicos todos los días, al lado de la persona que te hará feliz.

Qué felicitación tan linda, pero qué extraño, primero tengo que encontrar a *esa persona* para poder disfrutar de los momentos mágicos, y eso, está en chino. El que quiero no creo que esté disponible.

—Igualmente. — «¡Qué digo!, igualmente no, ojalá no encuentre a nadie y se quede solo como hongo para que me valore y se dé cuenta lo que dejó pasar». Sigo con mi monólogo interior modo furia-frustrada, cuando escucho que contesta una llamada.

—¡Flaca!, ya te habías tardado... obviamente, ja, ja, ja, ja, noooooooooo, que te adoro... sí, salúdalos también de mi parte... yo también te quiero. Este es nuestro año, cariño... ¡felicidades a ti también!

Maldito traidor... “Cariño”, “Te adoro”, “Este es nuestro año”. No me importa que no esté enterado de mis ilusiones, estoy enojada de igual manera. Voy a poner un poco de distancia para ubicarme en mi realidad. Me disculpo dejándolo con la palabra en la boca, para felicitar a mis amigos y darles muchos abrazos, que no sé por qué me hacen tanta falta hoy.

Les informo a Tania y a Esther discretamente que voy a dar una vuelta... sola.

Entre tanta algarabía de todos los asistentes y la música del grupo en vivo que empieza a tocar para abrir el baile, logro escabullirme hacia la orilla de mar, sin ser vista, y así dar inicio a mi paseo.

Pretendía no pensar en la nula importancia que debería tener Luis en mi vida, lo conozco literal, de la nada. No me puede afectar de esa manera que hable con la tal *Flaca*, además, es horrible el nombre, apodo o lo que sea. Pero la muy zorra se tiene merecido el mote.

Es inevitable, camino proyectando imágenes en mi mente de su sonrisa, su mirada, del tacto de

sus dedos entrelazados con los míos, el calor con el que me envolvieron sus brazos y de ese olor fresco a cítricos que deja a su paso. Y me siento más desgraciada aún, nunca me había pasado algo así, seguramente me estoy haciendo mayor o ya me saturé de novelas románticas. La realidad es diferente, nada que ver con *Resurgiendo en tu Mirada* o cualquier otra de las historias de novela que me encantan.

—¡Lisa! —Pego un buen brinco del susto, me detengo y giro para ver caminando o más bien casi corriendo al traidor de mi exnador que viene muy apurado a mi encuentro.

—¿Por qué te fuiste así?, llevo buscándote un buen rato —me reclama el susodicho, poniéndose ya a mi altura.

—Aquí paseando... tú estabas muy ocupado con tus llamadas ¿no? —revira mi lengua ardida y venenosa, no yo, claro.

—Ya veo —murmura sonriendo y parece que muy satisfecho, a saber de qué. Se quita la chaqueta y la coloca en la arena a un lado de los zapatos que ya traía en la mano, se sienta y hace un gesto con la cabeza.

—Ven, siéntate conmigo. Quiero contarte algo. —Lo miro como si tuviera tres cabezas.

—No traigo ropa adecuada para acampar en la playa, Luis. —Entonces veo que hace un ademán con la mano indicándome que me siente en sus piernas. Indecisa me acerco, pero en el fondo sí que voy feliz.

—No muerdo, lo prometo. —Está bien, me siento con cuidado de dejarme caer en un lugar apropiado y decoroso para no generar malos entendidos—. Te quiero compartir mis deseos de año nuevo, ¿te gustaría escucharlos? —me pregunta con los ojitos llenos de ilusión.

—Por supuesto, si tú quieres compartirlos conmigo, adelante —respondo y me quedé expectante a sus palabras.

—El primero, quiero darle un beso a la mujer más hermosa que haya visto en mi vida.

—¿Y ya la conoces, o la estás buscando? —le pregunto con muy pocas ganas, más bien por cortesía.

—La conozco, no mucho, pero sí lo suficiente como para haberme enamorado de ella en solo unas horas y necesitarla como nunca había necesitado a nadie. Creo que no canta muy afinada y sus habilidades al volante dejan mucho qué desear, pero es maravillosa. —Me quedo sin palabras, solo por unos momentos, porque ya se sabe a estas alturas que no me gusta quedarme callada.

—Pues dáselo —le digo sin pensármelo más tiempo. Muy despacio, sin dejar de mirarme, midiendo mi grado de aprobación, se acerca y me envuelve en la magia de un abrazo que me hace estremecer, para a los pocos segundos, cumplir su primer deseo al besarme trasladándome al mismísimo cielo.



La habitación de Luis quedó cancelada y vacía al día siguiente.

He de mencionar que cumplió dos deseos más esa misma noche, y ya en confianza puedo confesar que yo también cumplí los míos. Se instaló de manera permanente en mi habitación. No es nadador, pero ¡tiene un aguante! Perdón, demasiada información para un relato navideño.

Los siguientes días la pasamos en la gloria, de todo tipo. Luis se turnaba para integrarse al

grupo de amigos, salía un rato por las mañanas para acompañar a Oscar a correr por la playa, y así yo podía aprovechar para reponer un poco el sueño perdido.

No se despegaba de mí en casi ningún momento, solo cuando hacían partidos en línea con los iPod entre Jonathan y él. Es que nuestro grandulón es fanático de los juegos en línea.

Todo quedó bastante claro cuando se tocó el espinoso tema de la *Flaca*.

La tal Flaca en realidad no se llamaba de esa manera, su nombre era Ana y era la mejor amiga de Luis. Se conocieron en la universidad y de inmediato se adoptaron como hermanos. Como vio que no me creía ni un pelo lo que me decía, para mi vergüenza, me la comunicó al teléfono. Y he de confesar que me cayó de maravilla, era una chica encantadora y no hubo necesidad de preguntar nada, enseguida se notaba que el cariño que se tenían esos dos era de familia.

Fueron unas vacaciones inolvidables y el camino de regreso a la ciudad lo hicimos en avión. Dejamos el auto alquilado de Luis para que lo recogieran los de la empresa en Puerto Vallarta.

—Nena, estás muy callada. Ya te conozco, aunque no lo quieras creer, y a ti te pasa algo —comenta ya aterrizando a la Ciudad de México, el ahora mi vidente novio. Sí, novio, porque ese era su deseo de la uva número cuatro.

—Pensaba qué va a pasar con nosotros a partir de ahora —le confieso muy sincera.

—No te he dicho mi deseo número cinco —añade, para después quedarse callado, ¡qué manía de tenerme en suspenso!

—¡Sorpréndeme! —respondo cruzando todos los dedos para que me diga lo que quiero escuchar.

—¿Me das asilo en tu sofá en lo que encuentro un departamento cerca del tuyo? — ¡Vaya!, algo que me sale bien a la primera, todos los dedos cruzados si funcionaron.

Luis se instaló de manera *temporal* en mi departamento. Por supuesto, el sofá solo lo usa para ver la televisión y para disfrutarlo conmigo, cuando no alcanzamos a llegar a la habitación. Se desocupó el piso de la planta de arriba y lo alquiló para habitarlo, pero la realidad era que pasábamos juntos todas las noches, ya fuera en su espacio o en el mío.

Cuando regresé al trabajo entrevisté al nuevo director comercial y le hice, como es mi labor, su contrato permanente. De ahí nos fuimos a festejar, que las casualidades existen, pero también el destino.

Llevamos un año no viviendo juntos, pero abrazados todas las noches. No puedo ser más feliz, Luis es el amor de mi vida y para mi tranquilidad mental, tengo la certeza de ser lo mismo para él.

Nunca me gustaron estas fiestas navideñas, pero a partir de ese momento fue mi época favorita del año. Acabamos de comprar nuestro árbol de navidad y lo estamos decorando con esferas de colores, miles de besos y un costal lleno de ilusiones para nuestro futuro... juntos.

FIN

AGRADECIMIENTOS

A Dios por darme la oportunidad de encontrar la escritura como un camino de realización y felicidad.

Lorena Sampedro, mi editora, gracias por darme una oportunidad y, sobre todo, por brindarme tu amistad. Gracias por tantas charlas, mensajes y por estar ahí siempre para mí.

A Luis Endrino Fuentes, mi gran amigo por apoyarme desde el inicio de mi aventura en este mundo mágico de las letras, por sus consejos y ayuda incondicional al llevar el diseño editorial de este libro en este 2023 de manera tan profesional e impecable.

A Ricardo González por la hermosa pintura que hizo de mi Ana.

A Isaura Tapia por la disposición, el espacio y el cariño con el que hizo la corrección de esta historia.

Mercedes Alonso, es un privilegio conocerte y leerte, pero, sobre todo, soy muy afortunada de tener cerca a alguien tan generosa, solidaria y gran ser humano. Gracias por permitirme poner al inicio de esta historia esas palabras tan hermosas que escribiste.

Papá, gracias por ilusionarte tanto como yo con este proyecto y estar dispuesto a vivirlo conmigo.

Verónica mi prima, mi hermana, mi mejor amiga y mi mayor apoyo en todo momento en este proyecto y en todo lo he hecho siempre en la vida.

Mi familia y amigos, que en cuanto les he platicado, no dudaron ni un segundo para ofrecerme su apoyo y cariño.

Gracias infinitas a Ana, porque mi gran amor de hermana me llevó a descubrir una chispa dentro de mí que me marcó desde la primera publicación de este libro en el año 2015.

A ti lect@r, que me has dado una oportunidad al leer *Un corazón para Ana*, muchas gracias.

SELECCIÓN MUSICAL

- Canción *Adiós*, cantante *Ricky Martin*. Septiembre 2014. *Sony Music Latin*.
Del álbum, *A quien quiera escuchar*.
- Canción *Suave (Kiss Me)*, cantante *Nayer* con *Mohombi* y *Pitbull*. *Mr 305/2101 records*. 13 de agosto de 2011
- Canción *Detrás de mi ventana*, cantante *Yuri*, 1992, *Sony*. Autor *Ricardo Arjona*
- Canción *Dangerous*, *David Guetta* con *Sam Martin*, octubre de 2014. Discográfica *Parlophone*. Del álbum, *Listen*.
- Canción *Titanium*, *David Guetta* y *Sia*, año 2011, *Virgin Emi*. Del álbum, *Nothing But the Beat*.
- Canción *Without You*, *David Guetta* con *Usher*. Discográfica *Virgin Records Emi*. 27 de septiembre de 2011. Del álbum *Nothing But the Beat*.
- Canción *La Mitad que me Faltaba*, cantante *Alejandro Fernández*. 2 de mayo de 1995. Discográfica *Columbia Records*. Del álbum de estudio de *Alejandro Fernández*, *Que seas muy feliz*.

ACERCA DE LA AUTORA



Paula Guzmán, su vida laboral siempre lo dedicó al mundo financiero, aunque siempre ha sido una apasionada de la literatura.

Inicia su sueño de escritora en diciembre de 2015, publicando en España su primera novela “**Un Corazón para Ana**” bajo el sello de Editorial Leibros, teniendo muy buena acogida entre los lectores

dándose a conocer simultáneamente en México, España y Latinoamérica.

En mayo de 2016, sale publicada su segunda novela **“Resurgiendo en tu Mirada”**, en coautoría con el escritor y poeta español, Luis Endrino Fuentes, ofreciendo al lector una propuesta diferente al crear una historia a cuatro manos, en donde la narrativa contemporánea y la poesía se unen para crear una novela llena de emociones, la cual ha sorprendido a todos sus lectores.

En mayo de 2017, sale a la venta el cuento infantil **“El Hada de los Peluches”**.

“Todo por un beso”, relato de comedia romántica versión digital en Amazon.

“Amelia, en el beso que te encontré”, novela de narrativa contemporánea repitiendo la fórmula de narrativa y poesía en coautoría con el escritor y poeta español Luis Endrino Fuentes.

“Detrás de la magia de un beso, solo tú”, libro de relatos propios de comedia romántica.

“Quince alcatraces en una noche de verano”, libro de relatos propios de diversos géneros.

Ha participado en diferentes Antologías con relatos de su autoría publicadas en Amazon digital y también en tapa blanda: **“Un sueño de Amor”**, **“Navidad, Año nuevo y... ¿Tú?”**, **“Por siempre en mi corazón”**, **“Mi Princesa Rett”**, **“El resurgir de la luna”**, **“La voz de mi recuerdo”**, **“No te mientas, Susana”**, **“Anoche soñé contigo”**, **“Si fuera tú, siendo yo”**, **“El niño de los zapatos rotos”**, **“El despertar de Giselle”**, **“El día que volví a nacer”**, **“Persiguiendo mi destino”**, **“Hechizo en la noche de San Juan”**, Antologías para **Libros que dejan Huella**, Antologías **Romance en tinta**, **Pequeños Héroes**, entre muchas más.

Miembro del grupo de escritoras mexicanas: **“Romance en Tinta”**.

Co fundadora del grupo de mujeres de autoayuda y ayuda mutua Maitri, el arte del bien amarse y estudiosa constante del desarrollo espiritual y herramientas de auto conocimiento con terapias alternativas.

Miembro certificado de la Cámara Internacional de Conferencistas Brasil y América Latina.

Coach en formación de vida y herramientas potencializadoras, PNL por Human Ecology avalado por Global Coaching Federation.

Co fundador y Directora de **Radio Passion Us**, seduciendo tus sentidos, emisora radial online con 5 años al aire llegando a todo el mundo.

Locutora de Radio Passion Us, en sus programas: Entre letras y otras pasiones y Entre letras y otras pasiones, especiales SER.

Redes Sociales:

. Email: paulagzm03@gmail.com

. Facebook e Instagram: Paula Guzmán Autor

. TikTok: @paula_passion

. Web: www.radiopassionus.com